COLECCIÓN
de los
MEJORES AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS
NACIONALES Y EXTRANJEROS

TOMO 116

—

PLAUTO

—

LA AULULARIA
LOS CAUTIVOS

—

MADRID
PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA
Arenal, núm. 11.

Precio: 0,50 cénts. en toda España.

DC
1
auto

VOLÚMENES EN VENTA

	TOMOS
Romancero del Cid....	1
La Celestina.....	2 y 3
La Edad Media.....	4
Fray Luis de León y San Juan de la Cruz.	5
Poesías alemanas.....	6
Proudhon.....	7
Romancero morisco. .	8 y 10
Cervantes.—Novelas.	9
Herculano.—Novelas..	11
Espronceda.—Poesías.	12 y 19
Goethe.—Werter.....	13
Larra.—Artículos.. ..	14 y 15
Romancero caballeresco.....	16
Tesoro de la poesía castellana.....	17-18-20-22-30
Dante.—Tasso—Petrarca.....	21
Tirso de Molina	23
Calderon de la Barca..	24-138
Fray Lope de Vega...	25
Zorrilla.....	26
Quevedo.....	27-36-91-94
Soulié.....	28-32-43-50
Balzac	29
Santa Teresa.....	31
Alarcón.....	33
La perfecta casada....	34
D Ramon de la Cruz.	35 y 133
Moratin.....	37
Lope.—Nieto de Molina	38
Castillejo.....	39
Schiller.—Dramas.	40-68-69

	TOMOS
Eusebio Blasco.—Poesías	41
Victor Hugo.....	42-44-8
Poesías mejicanas....	45
Melo.—Guerra de Cataluña.....	46-47-4
Campoamor	4
Mesonero Romanos..	51 y 5
Bossuet.—Oraciones fúnebres.....	53
Mirabeau.—Discursos.	5
Euripides.....	5
Voltaire.....	5
Victor Balaguer.....	57
Escritoras españolas..	5
Nicolás Gogol.....	5
Poetas americanos....	6
Jovellanos.....	61-80-8
Poetas contemporáneos.....	62 y 6
Lord Byron.—Poemas.	6
Ventura R. Aguilera..	6
Marco Polo.....	6
Cristóbal Colón.....	6
El Universo en la Ciencia.....	7
Poesías inéditas de Calderon.....	7
Argumento de Amadis de Gaula.....	72
Lope de Vega.—Novelas.....	73
Demóstenes y Esquines	74
Fabulistas extranjeros	75

Bc 11422/DC

BIBLIOTECA UNIVERSAL

pa! 566999
CDC 821 Plauto

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS

NACIONALES Y EXTRANJEROS

TOMO CXVI

PLAUTO

LA AULULARIA Y LOS CAUTIVOS

COMEDIAS

VERSIÓN CASTELLANA

D. A. González Garbín

MADRID

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Madera, 8, bajo

1887

CEU Biblioteca B. Díez del Corral

Campuzano, impresor, Plaza del Biombo, 4

PLAUTO Y SU TEATRO

Hacia el año 527 de la fundación de Roma, según la opinión más común, ó sea el 226 antes de nuestra era, nació en Sarsinia, hoy Forli, ciudad de la Umbría, el popularísimo poeta, padre de la comedia romana, T. Maccio Plauto (1), gloria del teatro latino y uno de esos genios de primera magnitud que, para bien de la humanidad, aparecen de tiempo en tiempo, dejando siempre tras sí, á manera de estela inextinguible, testimonio eterno de su paso por el cielo del arte. Nada se sabe acerca de la familia y de la niñez del poeta. Las primeras noticias que de él tenemos coinciden con su aparición en la escena literaria. Muy

(1) Ritschl y Hertz, siguiendo el palimpsesto de Milán, sostienen que el nombre de nuestro poeta es *Maccius* y no *M. Accius*, como se le ha llamado generalmente.

joven aún debió de llegar á Roma, pues conjetúrase que alcanzó sus primeros laureles escénicos á la edad de diecisiete años.

Consagrado á escribir comedias, que vendía á buen precio á los ediles encargados de las fiestas públicas, y siendo él á menudo representante de sus propias obras, llegó á ser muy luego empresario de aquellas representaciones, tan en boga á la sazón. Valióle esto desde un principio considerables ganancias, que fueren base de una gran fortuna, si desgraciadas especulaciones mercantiles, según unos, ó su mucha prodigalidad en los aparatos pomposos y magníficos con que adornaba sus representaciones teatrales, según otros, no le hubieran traído al apurado trance de presentarse en quiebra, como diríamos hoy, viéndose reducido á poco, por virtud de la ley romana, á la durísima condición del esclavo. Las *Doce Tablas*, de severidad draconiana, disponían que el que no pagase con dinero á su acreedor, le pagara con su persona; y el gran poeta se vió de pronto sumido en repugnante ser-

vidumbre, acibarada doblemente por la estolidez de su antiguo acreedor y ahora despiadado amo, que le obligó á trabajar en las rudas faenas de un molino (1).

La servidumbre no apagó la llama de su genio, y es fama que en tan precaria situación compuso algunas de sus obras, con cuyo producto logró comprar su libertad, entregándose desde entonces nuevamente y por entero al teatro, robustecida ahora su poderosa inteligencia con el profundo conocimiento de las ínfimas clases sociales que, merced á su espíritu observador, proporcionárale, durante el período de su servidumbre, el roce é íntimo trato que hubo de tener con ellas.

Cuando PLAUTO nació á la vida del arte encontró la escena romana todavía en un estado de atraso grande, si bien en condiciones muy favorables de progreso y de

(1) Lo que Aulo Gelio trae sobre este punto difiere en algo de lo que en el texto consignamos, siguiendo el parecer de respetables críticos modernos.

perfección, merced á la semilla que veinte años atrás arrojara en aquel suelo Livio Andrónico, aportando á la entonces bárbara Italia el artístico drama griego, el cual, dando al traste con los antiguos juegos *fescenninos* y con las farsas *atellanas*, logró atraer hácia sí toda la atención de los romanos, y operó profunda transformación en las ideas, en los gustos y en las costumbres; siendo este momento, puede decirse, el en que se despierta en Roma el gusto por las artes y por las letras, y comienza el período de las civilizadoras importaciones de la ciencia y el arte helénicos.

Pero de todas estas importaciones, ninguna fué tan popular ni alcanzó tan general éxito como la comedia; y no la *comedia antigua* ática, la comedia política, libre y llena de ardimiento, al modo, corte é intención de las de Aristófanes, que, ensayada por Nevio, costara al valiente poeta la cárcel y el destierro; sino la *media* y la *nueva comedia*, la de los poetas de la Grecia esclava, la comedia de Menandro, de Demófilo, de Epi-

charmo y de Filemón, que era por entonces la única posible en la escena romana. No se verá en ésta al patricio activo y orgulloso, ni á la noble y grave matrona; que ni la división de castas ni la majestad del ciudadano romano, podían consentir tales *atrevimientos*. Tipos y personajes de otra estofa y laya, y aun éstos, vestidos siempre con ropaje extranjero, eran los únicos de que podía disponer el poeta dramático. Pues en tan estrechos límites, y con tan escasos elementos, PLAUTO, el fecundo PLAUTO (1), supo

(1) En tiempo de Varrón se atribuían á PLAUTO hasta 130 comedias, número que su esquisita diligencia redujo á 21, considerando apócrifas todas las demás. Los títulos de dichas 21 comedias, llamadas *varronianas* por Aulo Gelio, son:

La Aulularia y *Los Cautivos*, cuya traducción castellana comprende el presente tomo; el *Anfitrión*, la *Asinaria*, *Curculius*, *Casina*, *Cistellaria* y *Epidicus*. Estas ocho, conocidas de antiguo. Las 13 restantes fueron descubiertas á mediados del siglo XV, y sus títulos, que se conforman con los que ya conocíamos por Varrón, son los siguientes:

Bacchides, *Menœchmi*, *Mostellaria*, *Miles gloriosus* (el soldado fanfarrón), *Mercator*, *Pseudolus*, *Pœnulus*, *Persa*, *Rudens*, *Stichus*, *Trinummus*, *Truculentus* y *Vidularia*. De esta última,

moverse con desembarazo, crear, á pesar de lo poco complicado de la fábula escénica de entónces, situaciones interesantísimas, imprimir á la acción gran movimiento y vida, y animar á sus personajes con todos los atractivos de la realidad. Y todo esto, llevado á cabo con tanto conocimiento del corazón humano, con tal ingenio, con tanta sal, con tal amenidad, gracia y soltura en el diálogo, y con tan esquisita *vis cómica*, que el pueblo se encantaba con aquellas escenas, deleitábase en aquellas delicadezas de lenguaje y pureza de estilo, y aplaudía entusiasmado y fuera de sí los chistes de todo género, gracias y donaires que matizan las obras del saladísimo poeta; á cuyas riquísimas preseas y á cuyas geniales virtudes hay que atribuir forzosamente, no solo el que el nombre de PLAUTO haya pasado á la

---

que existía aún en algunos manuscritos del siglo XV, sólo quedan hoy unos pocos versos.

Aulo Gelio cita los títulos de cinco comedias más, que considera como auténticas de PLAUTO. Pero de ninguna de ellas existe sino algún que otro fragmento.

posteridad rodeado de eterna gloria, sino también el fenómeno, nada común por cierto, de que sus obras hayan servido y sirvan de modelo á los más grandes poetas cómicos de todas las naciones. Ese es el verdadero genio, y esas son sus conquistas. El oscuro poeta de Sarsinia, el esclavo de ayer, sin mecenas (que entonces no abundaban, ni en el teatro fueron nunca eficaces), sin más auxilio que el de su propio valer, ayudado sólo de su inspiración fecunda y brillante, logra obtener, como poquísimos poetas, los aplausos frenéticos de un pueblo que le adora y á quien tienen sojuzgado su arte maravilloso y su soberana fantasía, y hacerse admirar á través de millares de años, y en el seno de sociedades como las de ahora, tan distintas y separadas de aquella, aún más que por los siglos, por las instituciones, por las costumbres y por las creencias.

Aunque PLAUTO siguió las huellas de Menandro y demás poetas griegos de la *nueva comedia*, no fué nunca traductor ser-

vil de las obras de aquellos ingenios de la escena helénica. Tomaba, sí, de sus modelos los personajes y aún los argumentos, pero los acomodaba con notable originalidad á los usos y costumbres del pueblo romano; por lo que puede decirse con toda verdad que en el teatro de PLAUTO late el espíritu de Roma. Y no podía menos de ser así, porque esta fué la constante intención del poeta al pensar sus obras, siendo palpable el estudio que pone en que, tras el ropaje griego de sus comedias, se vea siempre y adivine, hasta por los más miopes de entendimiento, la sociedad romana. Por esta razón la lectura de PLAUTO, como la de los grandes dramáticos de todos los tiempos, es, no solo útil bajo el punto de vista del arte, sino también como fuente de conocimiento para el estudio de la historia.

Hánse lanzado contra el poeta de Sarsinia graves censuras por la excesiva licencia de sus diálogos, que de consuno condenan la moral y el decoro. Las censuras, á la verdad, son justas, y no es posible discul-

parle; defenderle sí, y su defensa más cumplida queda hecha con sólo presentarle á nuestra consideración por el lado bueno y simpático. Como su contemporáneo el severo Catón, PLAUTO duélese constantemente de la pérdida de las sencillas antiguas costumbres, esmalta sus obras con las sentencias más puras de la moral antigua, lanza atrevidas sátiras contra los dioses del paganismo, proclama el dogma de la Providencia, hace que humildes siervos den públicas lecciones de justicia á los Senadores y á los optímates, delata las intrigas que abren el camino del poder, combate la disipación y el lujo, censura con vehemencia las inhumanidades que se cometen con los míseros esclavos; en suma, procura inculcar en la juventud romana toda suerte de nobles sentimientos y un puro y santo amor á la libertad y á la patria, proclamando elocuentemente que no perece nunca en la memoria de los hombres el que muere por la virtud (1).

(1) «*Qui per virtutem peritat, non interit.*»—CAPITVI, act. III, esc. V, *v.* 683.

Añádase, que su alma honrada muéstrase llena de regocijo cuando, como sucede en el interesante prólogo de uno de sus dramas más bellos y morales, se le presenta ocasión de decir á los espectadores: «*Aquí no vais á oir versos cínicos; mi comedia es un cuadro de buenas costumbres.*»

Murió el padre de la comedia romana el año 154 antes de J. C., y en edad bien avanzada, si no hay error en esa fecha que Cicerón nos ha trasmitido. Como Nevio y como Ennio, y como más tarde Tibulo y otros poetas, PLAUTO dejó escrito su propio epitafio, que nos ha conservado el autor de las *Noches áticas*, apoyado en la autoridad de Varrón, y en el cual se dice que *Despues de la muerte de Plauto, la Comedia llora, la Escena queda desierta, y la Risa, los Juegos, las Gracias, la Poesía y la Prosa, derraman á la par copiosas lágrimas* (1).

(1) *Postquam morte captu'st Plautus, Comoedia luget*
Scena est deserta; dein Risus, Ludu', Jocusque
Et numeri Innumeri simul omnes collacrumarunt
(Aulo Gelio, I, cap. XXIV.)

A pesar de los grandes merecimientos de PLAUTO, Horacio calificaba á sus antepasados de «excesivamente indulgentes, por no decir estúpidos,» al tributar sus aplausos y al hacer objeto de su admiración al arcáico poeta de la Umbría. La posteridad, desoyendo en este punto al legislador del Parnaso, ha vengado de tan injusto desdén al gran fundador del teatro romano, yéndose al partido de Cicerón, entusiasta admirador de la vigorosa frase plautina, y cuya delicia la constituyeron las inmortales comedias del poeta; de Aulio Gelio, que le apellida ornamento de la lengua del Lacio, y de Varrón, que afirmaba, al decir de Quintiliano, que *si las musas quisieran hablar la lengua latina, elegirían la expresiva lengua de Plauto.*

No fueron solamente los contemporáneos del egregio poeta los que tributaron aplausos y elogios merecidísimos á sus soberanas dotes y á su genio colosal. Si en su tiempo alcanzaron sus obras éxitos prodigiosos, estos éxitos se agigantan con la gloria in-

signe que ha cabido á PLAUTO de seguir ejerciendo en el arte dramático poderosa influencia á través de los siglos; de tal suerte, que después de haber sido representadas sus comedias en tiempo de Diocleciano (1), sobrevivido á la ruina del Imperio y triunfado del período caótico de la Edad Media; después de haber sido puestas en escena, según cuentan las crónicas, hasta mediados del siglo XV; por una singularidad notabilísima en la historia de las letras, el que supo ganar laureles inmarcesibles en la antigua escena romana, hálos conquistado también en nuestros días, al ser representadas sus comedias, en su mismo original latino, en las márgenes del Sprée, del Sena y del Manzanares, ni más ni menos que como lo fueran dos mil años há bajo los muros del Ca-

(1) Romanelli, en su *Viaje á Pompeya*, habla de una *téssera* ó contraseña de entrada,—hallada entre las ruinas del teatro de la ciudad sepultada por la lava del Vesubio,—que dice así: «Cav. II, cun. III, grad. VIII. CASINA PLAUTI.» —(A. Vannucci, *Studi sulla letteratura latina*).

pitolio (1). Ni es menos elocuente y expresivo el aplauso que á coro ha tributado y tributa al gran poeta la cultura moderna por boca de

(1) El 5 de Mayo de 1844, para solemnizar una gran fiesta literaria, fué representada en Berlin, por los estudiantes de la Universidad, y en la propia lengua de Plauto, su famosa comedia *Los Cautivos*, á cuya magnífica cuanto rara representación, que obtuvo gran aplauso, asistieron el Rey y los Príncipes y un numeroso auditorio compuesto de hombres de Estado, de literatos y de artistas. Las decoraciones reproducían una calle y una plaza de Pompeya; los trajes, de la más exacta verdad, fueron regalados por el monarca, y en los intermedios, ¡oh crueldad alemanisca! cantaronse *Odas de Horacio,* puesta en música por el gran Meyerbeer.

En España tuvo, no hace muchos años, ilustrados imitadores la culta Alemania. Entre los diferentes espectáculos realizados en Madrid, en socorro de los inundados de Murcia, fué uno de los más notables la representación, por los estudiantes de la Universidad, de la misma comedia latina *Los Cautivos*, puesta en escena bajo la sabia dirección de nuestro respetable y querido maestro el Doctor D. Alfredo Adolfo Camús.

Finalmente, en 1880 representáronse en el teatro de *Las Naciones*, de París, dos comedias en latín, de Plauto la una y la otra de Terencio; siendo lo más singular de este curioso é interesante espectáculo, el haber precedido á dichas representaciones una conferencia sobre el teatro latino, que con suma erudición dió, para

los más eminentes críticos y, sobre todo, por el inmenso número de sus traductores é imitadores. Nuestro insigne Villalobos en el siglo de oro de las letras hispanas, y Boccacio, Piareta, Ludovico Dolce, Molière, Dryden y otros, con sus excelentes trabajos sobre el *Amphitruo*; Nicolás Maquiavelo tomando de la *Casina* el asunto para su *Clizia;* Regnard copiando el *Curculius*, imitando los *Menœchmi*, calcando en la *Mostellaria* su *Vuelta imprevista*, é inspirándose en la *Casina* al escribir su comedia *Locuras amorosas;* Beaumarchais, sacando de la misma la suya titulada *Casamiento de Fígaro*; Addison y Destouches, con sus imitaciones de la *Mostellaria*; Larrivey, tomando esta misma comedia para modelo de *Los*

honra suya, de su nación y de su sexo, una distinguida señorita, Mlle. María Deraismes. Entre nosotros ya no se estilan las Luisas Sigeas, las Catalinas de Trillo, las Beatrices Galindos, ni tantas otras como en pasadas centurias cultivaban en nuestro suelo la majestuosa lengua del Lacio.—Espectáculos semejantes á estos debieran tener lugar como medio grato de estudiar el arte antiguo en todos sus detalles, expresión y colorido.

Espíritus; Shakspeare, eligiendo para una de sus grandes producciones el argumento de los *Menœchmi;* Donato Giannotti, semitraduciendo el *Mercator* en su *Vecchio amoroso;* Riccoboni y Dolce, con sus imitaciones de el *Rudens;* Cecchi, modelando en el *Trinummus* la primorosa comedia que él intitulara *La dote;* Rotrou, con su magnífica imitación de *Los Cautivos,* tan elogiada por Voltaire; el eminente Schlegel, exaltando la *Aulularia,* ó Marmita, sobre el *Avaro* de Moliére y el de Goldoni, sobre la *Sporta* de Florentino Gelli, el *Honrado aventurero* de Ottavio, el *The Miser* de Fielding y el *Goldingham* de Shadvell, imitaciones todas ellas de aquella incomparable y magnífica creación del arte latino; el insigne humanista Samuel Werenfels, crítico de PLAUTO en el siglo XVII; el lombardo Pedro Luis Domini, con su excelente traducción de las comedias de nuestro poeta; el torinense Angelo de Gubernatis, con sus trabajos sobre las mismas, y con sus versiones, en latín plautino, de algunas comedias de los citados

Maquiavelo y Cecchi; los solertes biógrafos, espositores ó comentadores Felipe Pareus, Lessing, Roquefort, Naudet, François y tantos otros; y finalmente, viniendo á la España de nuestros días, por no prolongar por modo indefinido esta enumeración, el sabio y eruditísimo Camús, el diligentísimo Costanzo, el diserto Canalejas y el laborioso y ameno González Garbín, honra este último de la Universidad granadina; todos afamadísimos críticos y preclarísimos ingenios, que han tejido con inmarcesibles laureles la eterna corona que ciñe las sienes de PLAUTO, ungiéndolo así y consagrándole rey inmortal de la comedia antigua.

Tal es el esclarecido autor dramático, cuyo *Teatro selecto* no tardará en darnos á conocer en lengua española el ilustre catedrático de la Universidad de Granada; quien, en prosa fácil, suelta y castiza, nos presenta hoy, como feliz ensayo, la *Aulularia* y *Los Cautivos*, las dos más afamadas comedias del Príncipe de la escena romana. Leyendo esas primorosas versiones, ciertamente no

se necesita acudir al texto latino para saborear con deleite todas las gracias y bellezas que derrama en los originales el inmortal poeta de Sarsinia.

JUAN QUIRÓS DE LOS RÍOS.

Madrid 28 de Marzo de 1887.

LA AULULARIA

ó

LA MARMITA

PERSONAJES DEL DRAMA

El dios LAR.
El viejo EUCLIÓN (el avaro).
FEDRA, su hija.
La vieja ESTÁFILA, criada de Euclión.
EUNOMIA, hermana de
El rico anciano MEGADORO.
ESTRÓBILO, su esclavo.
ANTHRAX. } cocineros.
CONGRIÓN. }
PYTHÓDICO, siervo también de Megadoro.
ESTRÓFILO (1), esclavo de
LYCÓNIDES, amante de la hija de Euclión.
Criados, cocineros, tocadoras de flauta, personajes mudos.

La escena en Athenas.—Á un lado el templo de la Buena Fé.

(1) En todos los manuscritos se llama á este personaje *Strobilus*, del mismo modo que al siervo de Megadoro, lo cual parece ser un descuido del autor quien, sin preocuparse de la confusión que podría resultar, dió á dos personajes el mismo nombre. Para evitarla, llamamos nosotros Estrófilo al esclavo de Lycónides, siguiendo la práctica de muchos comentadores.

LA MARMITA

PRÓLOGO

EL LAR DOMÉSTICO

Para que ninguno de vosotros se pregunte atónico ¿quién será este? voy yo mismo á declarároslo en pocas palabras.— Pues sabed que yo soy el dios Lar de esta casa (*señalándola*), de donde me habeis visto salir. Há ya muchos años que en ella habito, y la vengo protegiendo de padres á hijos hasta el dueño que hoy la posee. El abuelo de éste me confió un tesoro, que escondió en medio del hogar, suplicándome encarecidamente que se lo custodiase. Al morir, no quiso revelar el secreto ni aún á su propio hijo (¡tal era el hombre de avaro!) y prefirió dejarle sumido en la indigencia, pues no heredó el infeliz sino un

pequeño pedazo de tierra, con lo que el pobre vivia á fuerza de trabajos y de miseria. Después de morir el avariento viejo, comencé á observar si el hijo me consagraba mayor devoción que la que me habia tenido el padre; pero lejos de ello, de dia en dia se disminuian en la casa los honores que me eran debidos. Yo le pagué de igual modo, y murió á su vez. El impío dejó un hijo, el actual dueño de la casa, que es el idéntico retrato de su padre y de su abuelo; pero tiene el tal una hija, que ni un solo dia deja de consagrarme incienso, vino, coronas ú otra cualquiera ofrenda y para premiar su devoción, he hecho que el viejo Euclión, su padre, descubra la riqueza á fin de que, si gusta, pueda casarla ventajosamente. Un joven de distinción la ha seducido, el cual sabe quién es la muchacha; mas ella no conoce á su seductor. El padre ignora lo sucedido. Yo haré de manera que un señor viejo pida la mano de la joven para asegurar al amante la ocasión de casarse con ella, porque el anciano vecino de ésta, que la pedirá en matrimonio, es tio del mancebo que atentó

contra el honor de la moza, en la fiesta nocturna de Céres... Mas oíd: el viejo Euclión está ya dando gritos en su casa, según acostumbra: ¿sabeis lo que es? que quiere echar fuera á la vieja que le sirve para que no se entere de nada. Sin duda se propone dar un vistazo á la MARMITA del dinero, temeroso de que se la hayan atrapado.

ACTO PRIMERO

Escena primera

—

EUCLIÓN, ESTÁFILA

EUCLIÓN

Que salgas de aquí te he dicho. Vamos, lárgate... ¡Por vida de Hércules! que es menester que te salgas fuera, espía maldita, con esos ojos que te se saltan del casco... *(La empuja hacia fuera.)*

ESTÁFILA

Pero ¿por qué me maltratáis, misera de mí?

EUCLIÓN

Para que seas desdichada de veras. Una tunanta, como tú, debe llevar la mala vida que se merece.

ESTÁFILA

¿Pero queréis decirme á qué viene ahora el echarme fuera de la casa?

EUCLIÓN

¿Y tengo yo que darte á tí por ventura cuenta de mis actos, picaronaza, *campo sembrado de espinas?*... A ver si te alejas de esa puerta!... ¡Por aquí! ¡Por aquí te digo!... Miren, miren, qué prisa se da la... Vamos, ésta no sabe cómo puede concluir para ella el asunto. Pues yo te juro que si llego á coger con mi mano un palo ó un látigo, te he de hacer que alargues ese pasito de tortuga.

ESTÁFILA

¡Oh dioses! Cuánto más me valiera que me hubierais destinado para el patíbulo, y no para servir á este precio á un amo semejante!

EUCLIÓN

¿Qué es lo que irá esa malvada murmurando entre dientes?... Yo te arrancaré los ojos para impedirte que observes mis operaciones. *(Alto)*. ¡Aléjate más... más todavía.... más.... quieta ahí! Y ¡por Hércules! que si te separas un dedo de ese sitio, si te apartas de él tanto como el grueso de una uña, si te atreves á volver la cabeza ántes de que yo lo permita... te mando al punto á la horca para que te sirva de lección. *(Aparte)*. No he conocido en todos los dias de mi vida una vieja más infernal que ésta. Y me estoy temiendo que la pérfida,

sacándome alguna palabra insidiosamente, se aperciba del escondrijo donde tengo oculto mi tesoro: esa maldita que además tiene ojos en el cogote. Ahora vamos á echar un ojo á esa dichosa marmita, que tantos tormentos me causa, á ver si está como yo la dejé. *(Vase.)*

Escena II

ESTÁFILA

Por Cástor! No puedo comprender que especie de cosa mala, qué clase de locura es esta, que se ha apoderado de mi amo. Le ha dado por arrojarme de la casa: á veces ¡pobre de mí! me echa fuera diez veces al día. No sé, no sé que agitaciones son las que se han apoderado de este hombre: él no pega en toda la noche un ojo; y el dia se lo pasa como si fuera un sastre cojo, sin levantarse jamás del asiento. Por otro lado el percance de la muchacha no hay medio de podérselo seguir ocultando, puesto que el negocio toca ya á su término... ¡Ay!... Bien mirado, lo mejor para mí sería alargarme como una I, echándome un cordel al cuello...

Escena III

EUCLIÓN

(Sale de casa.) Vamos, ahora salgo de mi

casa con espíritu más tranquilo, pues me he cerciorado que dentro está todo asegurado: *(dirigiéndose á la vieja)* y tú, ya puedes volverte dentro, y... ¡mucho cuidado con la casa!

ESTÁFILA

¿De verdad?... Y ¿qué cosas son las que me mandáis guardar en la casa? Es por ventura no sea que se vayan á llevar la casa misma? ¡Bah!... á fe mia, que no hay en ella otra cosa de que puedan aprovecharse los ladrones; pues no se encontrarían dentro más que los agujeros y las telarañas.

EUCLIÓN

(Con ironía.) Lástima, infame bruja, que, por darte á ti gusto no me hubiese hecho Júpiter un rey Filipo ó Darío. Pues mira, yo quiero que esas telarañas se me guarden... (1) Soy pobre, lo confieso; pero lo llevo con paciencia: con lo que los dioses me dan vivo satisfecho. Conque métete dentro, y cierra bien la puerta; estaré aquí en un segundo. Cuidado con que me introduzcas en la casa á ninguna persona extraña. Y si alguien viene á pedirte lumbre... apágala, y así no habrá motivo para que vengan á pedirtela. Y si cuando yo vuelva me encuentro que el fogón se halla ardiendo, á ti si que te *extingo* yo entonces sin misericordia. Si vienen pidiendo agua,

contesta que se ha escapado. Si te piden el cuchillo, el hacha, la mano del almirez, el mortero, cualquiera de los utensilios que suelen exigir los vecinos, respondes que han venido unos ladrones y se los han llevado. No quiero que nadie, absolutamente nadie, entre en mi casa durante mi ausencia ¿estamos? Aunque viniera á visitarme la Buena Fortuna... no le des entrada en la casa.

ESTÁFILA

¡Por Pólux! se guarda ella muy mucho de visitaros: pues ni una sola vez se nos ha aproximado, á pesar de tenerla tan vecina. *(Alusion al inmediato templo de la diosa).*

EUCLIÓN

Cállate y vete dentro.

ESTÁFILA

Me callo, pues: y me retiro.

EUCLIÓN

Que me cierres la puerta con los dos cerrojos. Yo estoy aquí á seguida. *(Vase Estáfila)* Sufro un gran tormento en el alma, teniendo que ausentarme de la casa. ¡Por Hércules! bien á pesar mío me voy; pero yo bien sé lo que me hago: el *Jefe de nuestra curia* ha anunciado una distribución de dinero entre los padre de familia; si aban-

dono mi parte y no la reclamo, al punto sospecharán todos, creo yo, que debo tener dinero en casa; pues no es verosímil que un pobre desprecie una liberalidad, por insignificante que sea, mucho ménos que deje de acudir á reclamar una pieza *(numo)* de plata.

Con todo, yo no sé qué es lo que ahora me ocurre: cuanto más me afano por ocultar á todo el mundo mi secreto, más enterados me parecen todos de él: me saludan todas las personas más afectuosamente que antes; se me acercan; me paran; me aprietan la mano; me preguntan cómo lo paso, y qué es lo que hago; cómo andan mis negocios, en fin... vamos á lo que vamos sin perder tiempo, y así podremos regresar más pronto á nuestra casa.

ACTO SEGUNDO

Escena primera

EUNOMIA, MEGADORO

EUNOMIA

Quiero ante todo, hermano mio, que hagas justicia á mis intenciones, y que estimes lo que voy á decirte como dictado por el afecto y en interés tuyo: como debe hacerlo una buena hermana. Yo no ignoro que á las pobres mujeres se nos tiene siempre por importunas; que con razón somos consideradas como muy habladoras, y que por esto se dice lo de «*en todos los siglos hasta hoy no se ha encontrado una mujer muda.*» Pero, aun así y todo, piensa, hermano mio, que yo no tengo en el mundo más próximo pariente que tú, ni tú tienes tampoco más que á mí; y por lo tanto, que es muy natural que miremos el uno por el otro; que nos aconsejemos recíprocamente lo que cada cual juzgue para el otro conveniente; que nada oculto haya entre nosotros; que

no nos callemos nada por timidez, dejando yo de hacerte partícipe de mis pensamientos y tú á mí de los tuyos. Por esto te he sacado aquí fuera; para que hablemos en secreto, de asuntos que te tocan personalmente.

MEGADORO

Echa esa mano, ¡oh, la más perfecta de las mujeres!

EUNOMIA

(Mirando en torno suyo.) ¿En dónde está esa mujer perfecta? ¿Quién es ella?

MEGADORO

Tú misma.

EUNOMIA

Tú misma, ¿has dicho?...

MEGADORO

Si te empeñas en que no, yo me retracto.

EUNOMIA

Lo mejor, hermano mío, es que digas la verdad; y la verdad es que ninguna mujer puede ser considerada como perfecta, pues cada una de nosotras es peor que la otra.

MEGADORO

Algo de eso creo yo también; y decidida-

mente pienso no contrariarte, hermana, en este particular.

EUNOMIA

Escúchame ahora, si gustas.

MEGADORO

Estoy á tu disposición, di cuanto quieras.

EUNOMIA

Pues bien, voy á aconsejarte una cosa que la considero muy necesaria para tu bien.

MEGADORO

¡Querida hermana! tú siempre la misma...

EUNOMIA

Es que quiero que la cosa sea un hecho.

MEGADORO

Pero, ¿qué es ello? ¿de qué se trata, hermana?

EUNOMIA

De lo que puede labrar tu dicha para siempre, con la ayuda de los dioses; de que seas padre de una numerosa familia: quiero que te cases.

MEGADORO

¡Me has muerto, Eunomia!

EUNOMIA

Pero ¿qué es eso?

MEGADORO

Que tus palabras me han aplastado el cerebro, hermana mía; has arrojado peñones y no palabras.

EUNOMIA

¡Oh Megadoro! haz lo que tu hermana te aconseja.

MEGADORO

Lo haré... pero si me agrada, hermana.

EUNOMIA

Mira que es en interés tuyo.

MEGADORO

Antes la muerte que el matrimonio; búscame una mujer á quien yo vea entrar mañana y salir pasado mañana para el otro mundo, y, con tales condiciones, admito que me prepares la boda.

EUNOMIA

Lo que puedo hacer, hermano, es proporcionarte una esposa ricamente dotada; la futura es algo jamona, una mujer ya de edad regular. Si tú me autorizas para que pida su mano, la pediré.

MEGADORO

Y tú ¿me autorizas para que te dirija una pregunta?

EUNOMIA

Pregunta lo que quieras.

MEGADORO

Cuando un hombre de edad algo avanzada se enlaza con una mujer de edad madura, si ésta se llega por casualidad á quedar en cinta, ¿podrá dudarse que el nombre del niño está ya indicado? Deberá llamarse *Póstumo*, (2) vamos! quiero ahorrarte, hermana mía, ese trabajo, esas inquietudes. Gracias á los dioses y á nuestros antepasados, soy suficientemente rico: no me seduce ni el esplendor ni los honores, ni la rica dote, ni el gran tren, ni el poderío, ni los carruajes de marfil, ni los mantos de púrpura, ni ninguna de esas suntuosidades que convierten á los maridos en esclavos.

EUNOMIA

¿Con qué mujer pretendes unirte entonces?

MEGADORO

Voy á decírtelo. ¿Conoces al pobre viejo Euclión, nuestro vecino?

EUNOMIA

Le conozco. Un hombre que no parece malo, á fé mia.

MEGADORO

Pues bien: con la hija de Euclión deseo casarme. No pronuncieis una palabra, hermana; sé lo que vas á decirme; que es pobre. Pues esa joven pobre es la que me place.

EUNOMIA

¡Que los dioses vengan en tu ayuda!

MEGADORO

Así lo espero, hermana mia.

EUNOMIA

¿Me quieres decir algo más?

MEGADORO

Que lo pases bien.

EUNOMIA

Y tú también, hermano mio. (*Váse.*)

MEGADORO

Voy á ver si encuentro á Euclión en su casa. Pero héle aquí. ¿De dónde podrá venir ahora?

Escena II

EUCLIÓN

(Sin ver á Megadoro.) Me daba el corazón que mi salida de casa iba á ser infructuosa; por esto me ausenté de tan mala gana. No se ha presentado ninguno de mis compañeros de curia, ni el jefe de ella que debía hacernos la tal distribución de dinero. Ahora me vuelvo á toda prisa á mi casa: porque, aunque mi cuerpo se halla aquí, mi alma la tengo allí. *(Señalando su casa.)*

MEGADORO

Te deseo salud y dicha, amigo Euclión.

EUCLIÓN

Que los dioses te protejan, Megadoro.

MEGADORO

¿Qué tal?... ¿Cómo va esa salud, amigo mío?

EUCLIÓN

(Aparte.) Cuando un rico saluda afectuosamente á un pobre es con algún motivo... Este sabe ya sin duda que yo tengo dinero, y por eso me saluda tan cariñosamente.

MEGADORO

Conque ¿qué dices... lo pasas bien?

EUCLIÓN

¡Por Pólux! no muy bien por lo que hace á los cuartos.

MEGADORO

No obstante, si tienes tranquilidad de alma, tienes cuanto se necesita para pasarlo bien.

EUCLIÓN

(Aparte.) ¡Por vida de Hércules! la vieja le ha dado algún indicio acerca de mi tesoro: esto es claro como la luz del día: ¡maldita vieja! ya le cortaré yo la lengua y le arrancaré los ojos.

MEGADORO

Pero ¿qué estás ahí hablando á solas?

EUCLIÓN

Me lamento de mi pobreza, amigo mio. Tengo una hija ya moza, pero que no tiene dote; y por lo tanto, no es fácil colocarla bien: y por otro lado, tampoco he de entregarla al primero que se presente...

MEGADORO

Cállate, Euclión; ten buen ánimo. *Ya se la dotará:* yo te ayudaré. Habla, dí lo que necesitas, mándame cuanto quieras.

EUCLIÓN

(Aparte.) Cuando éste ofrece, es que

quiere algo en este mismo instante: es decir, que le veo con la boca abierta para devorar mi tesoro. Lleva la piedra en una mano, y me enseña el pan con la otra. No me fio del rico que se muestra tan zalamero con un pobre: algún perjuicio va á imponerme cuando tan benignamente me larga la mano. ¡Ah! Conozco bien á estos pólipos: cuando llegan á agarrar no sueltan la presa.

MEGADORO

Sírvete prestarme atención un ligero momento, amigo Euclión. Tengo que hablarte unas palabras sobre un asunto de interés común para ambos.

EUCLIÓN

(Aparte.) ¡Ah! ¡desgraciado de mí!... Me han robado mi tesoro, y ahora querrá éste, de seguro, entrar conmigo en arreglos. Corro, pues, á revisar mi casa. *(Márchase apresuradamente.)*

MEGADORO

Pero ¿adónde vas tan de prisa?

EUCLIÓN

Vuelvo, vuelvo á seguida. Tengo una cosa que ver ahí dentro. *(Entrase en su casa.)*

MEGADORO

(Solo.) Creo, á fe mia, que tan luego

como le hable de su hija para que me la dé en matrimonio, se va á creer que me burlo de él; y en verdad que entre toda la pobretería no se encuentra un hombre más mezquino que éste.

EUCLIÓN

(Aparte saliendo de la casa.) Gracias á los dioses, todo se ha salvado... todo, si no se ha perdido algo. Buen susto he llevado antes de entrar; iba más muerto que vivo. *(Alto.)* Héme ya aquí de vuelta, Megadoro, y dispuesto á escucharte.

MEGADORO

Gracias, Euclión. Te ruego, pues, que dés inmediata contestación á lo que voy á preguntarte.

EUCLIÓN

Con tal que no me preguntes cosa á la que no me sea dado responder.

MEGADORO

Dime: ¿qué concepto tienes de la *gente* de que yo desciendo?

EUCLIÓN

Bueno.

MEGADORO

¿Y de mi probidad?

EUCLIÓN

Bueno.

MEGADORO

¿Y de mis acciones?

EUCLIÓN

Ni bueno ni malo.

MEGADORO

¿Sabes tú mi edad?

EUCLIÓN

Sé que eres rico en años como en dinero.

MEGADORO

Pues yo, por mi parte, te he considerado siempre, y te considero en la actualidad, como un hombre de bien.

EUCLIÓN

(Aparte.) ¡Nada! que ha olido mi dinero. *(Alto.)* Y ¿qué me quieres ahora?

MEGADORO

Puesto que tú sabes quién y cómo yo soy, y yo también quién tú eres, te pido para mí, en calidad de esposa, á tu hija: cosa que creo puede redundar en bien tuyo y mío, y en el de la muchacha. Dame, pues, tu palabra.

EUCLIÓN

¡Ah Megadoro! acabas de ejecutar una acción indigna de ti: te estás burlando de un pobre hombre, que ningun daño ha causado ni á ti ni á los tuyos: ni por mis palabras ni por mis obras merezco que hagas lo que haces conmigo.

MEGADORO

Ni yo, por mi vida, he venido á mofarme de ti, ni me burlo, ni te juzgo acreedor á ello.

EUCLIÓN

¿Para qué entonces me pides la mano de mi hija?

MEGADORO

Para hacer tu felicidad á la par que tú y los tuyos labreis la mia.

EUCLIÓN

Pues se me ocurre, Megadoro, lo siguiente. Tú eres un hombre poderoso y opulento; yo el más pobre de los pobres. Si ahora coloco mi hija contigo, me imagino que tú vas á hacer el papel del buey y yo el del asno. Luego que el buey se encuentre uncido con el jumento, como éste no ha de poder soportar la carga del propio modo que aquel, sucederá entonces que yo, el humilde pollino, me quedaré tendido en el lodo,

y tú, el señor buey, no te dignarás volver los ojos hacia mí: ni más ni menos que si jamás hubiese yo existido. Es decir, que tú me tratarás sín piedad, y los de mi clase se burlarán de mí; que ni en el uno ni en el otro lado encontraré establo seguro, como tengamos que separarnos; pues los asnos me despedazarán á mordiscos y los bueyes me despedirán á cornadas, Es, pues, de gran peligro para mí pasarme de los jumentos á los bueyes.

MEGADORO

Lo principal para ti es aproximarte por medio del parentesco á gentes honradas. Acepta mi proposición, no te hagas sordo á mis ruegos, y prométeme tu hija.

EUCLIÓN

Pero cuidado que yo no tengo dote que darla.

MEGADORO

Corriente, no le des nada. Venga ella con buenas costumbres, y está bien dotada con esto.

EUCLIÓN

Lo digo porque no vayas á figurarte que yo me he encontrado ningunos tesoros.

MEGADORO

Lo sé bien: no es menester que me lo adviertas. Pero venga la palabra...

EUCLIÓN

Hágase. (Óyense unos golpes de azadón.) Cielos! Estoy perdido!

MEGADORO

Qué te ocurre?

EUCLIÓN

¿Qué golpes con instrumento de hierro acabo de oir? *(Váse.)*

MEGADORO

Es que he ordenado cavar el jardín de aqui de mi casa. *(Volviendose.)* Pero ¿dónde se ha ido mi hombre? Se ha marchado sin darme una contestación definitiva. Me desdeña porque ve que solicito su amistad: los hombres son así. Se dirige el rico á pedir un favor al pobre, y el pobre teme comprometerse: la inquietud misma impide á los pobres ver su bien; pero luego cuando la ocasión se ha perdido, la desean; es decir, cuando ya es tarde.

EUCLIÓN

(De vuelta, á Estáfila que queda en la casa.) Si no te hago cortar la lengua de raiz, consiento que me hagan á mi eunuco.

MEGADORO

Veo, ¡por Hércules! Euclión, que tú me has considerado á pesar de mis canas como

un hombre con quien puedes *hacer juegos.*

EUCLIÓN

No *los hago,* ¡por Pólux! Megadoro, ni aunque deseara *hacerlos*, tengo recursos para ello (3.)

MEGADORO

En fin, ¿me prometes tu hija?

EUCLIÓN

Con las condiciones y la dote que tengo dicho.

MEGADORO

¿Me la prometes, pues?

EUCLIÓN

Te la prometo.

MEGADORO

¡Que los dioses te sean propicios!

EUCLIÓN

¡Ojalá! pero que hagas por tener bien presente lo que queda convenido; que mi hija no te ha de aportar ninguna dote.

MEGADORO

No lo he olvidado.

EUCLIÓN

Es que yo sé lo que suele enredar la

gente de tu clase: lo pactado no es pactado, y lo no convenido es convenido, según se os antoja.

MEGADORO

No habrá, nó, cuestión entre nosotros. Pero ¿existe por ventura alguna causa para que no celebremos hoy mismo las bodas?

EUCLIÓN

Antes al contrario, te juro que hay una buena razón para celebrarla.

MEGADORO

Pues me marcho á prepararlo todo. ¿Tienes algo más que decirme?

EUCLIÓN

Nada: que estamos conformes.

MEGADORO

Muy bien. Adios. (*Á su esclavo.*) ¡Hola! Estróbilo, sígueme inmediatamente al mercado. (*Vase.*)

EUCLIÓN

Ya se ha marchado. ¡Oh dioses inmortales, cuán grande es el poder del oro! Estoy plenamente convencido que ha oido ya hablar de la riqueza que tengo escondida, y quiere devorármela... hé ahí el motivo de obstinarse tanto en esta alianza.

Escena III

EUCLIÓN

¿Dónde estás tú, charlatana, la que has divulgado entre los vecinos que yo voy á dar dote á mi hija?... ¡Estáfila!... ¡Estáfila! ¿No oyes que te llamo? *(Viene Estáfila.)* Apresúrate á lavar y á purificar los vasitos consagrados. Acabo en este momento de prometer la mano de mi hija. Hoy mismo la voy á dar en matrimonio á nuestro vecino Megadoro.

ESTÁFILA

¡Que los dioses bendigan ese deseo!... Pero, ¡por Cástor! no puede ser.. Es demasiado pronto.

EUCLIÓN

Cállate tú y vete. Y que cuando yo vuelva de la plaza se encuentre todo listo, cierra bien la puerta: estaré aquí á seguida. *(Váse.)*

ESTÁFILA

¿Y qué vamor á hacer? Una tremenda desdicha nos amenaza á la hija de mi amo y á mi: la gran vergüenza se nos viene encima, y todo se va hacer público. No puede, por lo tanto, seguir en secreto lo que hasta hoy ha podido ocultarse. En fin,

vamos á hacer que se hallen cumplimentadas las órdenes del señor para cuando vuelva á casa. ¡Ay! me temo en verdad una triste desgracia: que lo voy á tener que *beber mezclado* (4).

Escena IV

ESTRÓBILO

Mi amo ha hecho provisiones y ajustado unos cocineros, y á estas tocadoras de flauta en el mercado, y me ha encargado que haga aquí de todo esto dos partes iguales.

ANTHRAX

Por lo que toca á mí, yo te respondo que no me has de dividir en dos. Si quieres que vaya *entero* á cualquier parte, me prestaré á ello de buen grado; pero...

ESTRÓBILO

Lo que yo decía, Anthrax, era en otro sentido, que en el que tú aparentas haberlo tomado. Mi amo se nos casa hoy.

ANTHRAX

¿Con quién?

ESTRÓBILO

Con la hija del viejo Euclión, nuestro

vecino. Por lo cual ha querido que se le den al buen hombre la mitad de las viandas, y además un cocinero y una flautista de éstas.

CONGRIÓN

Conque la mitad para aquí *(señalando la casa de Euclión)* y la otra mitad para allí.

ESTRÓBILO

Precisamente.

CONGRIÓN

¿Pues qué, no podía el viejo éste hacer el gasto que le corresponde en las bodas de su hija?

ESTPÓBILO

¡Bah!... ¡bah!...

CONGRIÓN

¿Pues qué negocio es éste?

ESTRÓBILO

¿Qué negocio es éste? Una piedra pomez es menos seca que el corazón del tal viejo.

CONGRIÓN

¿Pero es verdad lo que dices?

ESTRÓBILO

Escucha, y juzga por tí mismo. Es un hombre tal que llama en su auxilio á los

dioses y á los hombres y jura que está perdido, completamente arruinado, si ve arder la más pequeña é insignificante astilla en su hogar; y, cuando se va á acostar, se tapa la boca con una bolsa.

CONGRIÓN

¿Para qué?

ESTRÓBILO

¿Para qué ha de ser? para que no se pierda el aliento mientras duerme. *(Congrión hace un gesto de incredulidad.)* Pues debes creerme lo que te estoy contando; ¿no creo yo las cosas que tú me dices?

CONGRIÓN

Si te creo, hombre; si te creo...

ESTRÓBILO

Pues hay más. Cuando se está lavando, gimotea por el agua que se derrama.

CONGRIÓN

¿No te parece que bien podríamos obtener de ese viejo usurero un buen *talento* (5) para comprar nuestra libertad?

ESTRÓBILO

¿De él? Si le pidieras prestada el hambre no te la daría; pues si días atras le cortó su barbero las uñas, y se llevó las recortaduras, despues de haberlas recogido con el mayor cuidado...

CONGRIÓN

¡Por el dios Pólux! que me estais pintando la mezquindad en persona. Pero en verdad, ¿es posible que ese viejo viva, tan ruin y miseramente?

ESTRÓBILO

Un día le pilló un milano su comida. El hombre se presentó inmediatamente ante el pretor, demandándole con lágrimas y gemidos que le permitiesen que su milano fuese citado á juicio. En fin, si estuviera despacio, podría referiros más de seiscientos lances de ese género. Pero ea, decidme: ¿cuál es el más vivo de vosotros dos?

CONGRIÓN

Yo, sin comparación.

ESTRÓBILO

Lo que yo necesito es un cocinero, no un ladrón.

CONGRIÓN

Pues yo soy lo que se llama un cocinero.

ESTRÓBILO

(Á Anthrax) Y tú ¿qué dices?

ANTHRAX

Yo soy... como tú ves.

CONGRIÓN

Un cocinero de *día de feria*... de cada *nueve días* anda uno en la cocina.

ANTHRAX

Y tú hombre de *seis letras*, (6) ¿te atreves á despreciarme?

CONGRIÓN

¿A mí llamarme *ladrón*?.. Tú si que eres ladrón y mil veces ladrón.

ESTRÓBILO

A ver si os callais ya. Vamos, ¿cuál de estos dos cabritos es mejor?

ANTHRAX

Es posible que...

ESTRÓBILO

Tú, Congrión, carga á seguida con él, y llévalo ahí dentro: vosotros seguidle... y los demás á la casa.

ANTHRAX

¡Por Hércules! No has hecho la partición con equidad... éstos se quedan con el cabrito más gordo.

ESTRÓBILO

En cambio á tí te se dará ahora la más obesa de las tocadoras de flauta. Vaya,

Phrygia, vete con él. Y tú, Eleusia, éntrate en esa casa.

CONGRIÓN

¡Oh, pérfido Estróbilo! tú me envías con el viejo avaro, del que nada he de conseguir, si algo necesito, así se lo esté pidiendo hasta quedarme sin pulmones.

ESTRÓBILO

Eres un estúpido y sin gracia. ¡Hacerte favores á tí!... Cuanto se haga á hombres como tú, es siempre perdido.

CONGRIÓN

Pues ¿cómo es eso?

ESTRÓBILO

Valiente pregunta. Mira: en la casa del viejo, por lo mismo que no hay ningún tropel de criados, si quieres hacer uso de algo que haya en ella, puedes desde luego tomarlo sin que tengas necesidad de pedirlo. Pero en la nuestra estamos allí medio mundo; y además de que la servidumbre es mucha, la casa está lujosamente amueblada, hay en ella muchas alhajas, preciosos tapices, mucho oro y rica vajilla de plata. Si se pierde algo (y yo sé que tú solo te puedes contener cuando no tienes nada por delante) al instante se dirá: los cocineros han sido... cogedlos, amarradlos azotadlos, arrojadlos al pozo. Nada de esto

puede ocurrirte ahí; porque no hay nada que puedas robar tampoco. Sígueme por aquí.

CONGRIÓN

Te sigo.

Escena V

ESTRÓBILO

¡Hola! Estáfila, acude á abrir la puerta.

ESTÁFILA

¿Quién está ahí?

ESTRÓBILO

Estróbilo.

ESTÁFILA

¿Qué quieres?

ESTRÓBILO

Vén y entrégate en estos cocineros, esta tocadora de flauta y estas provisiones para la boda. Megadoro me ha ordenado regalar todo esto á Euclión, en su nombre.

ESTÁFILA

¿Ireis á celebrar sin duda las nupcias de *Céres?*

ESTRÓBILO

¿Por qué dices eso?

ESTÁFILA

Porque no veo que me traigais *cosa de vino.*

ESTRÓBILO

Se traerá cuando mi amo haya regresado del mercado.

ESTÁFILA

Mirad que en nuestra casa no hay leña.

CONGRIÓN

Pero, ¿no hay maderos en ella?

ESTÁFILA

Si los hay.

CONGRIÓN

Pues entonces leña tenemos; no hay necesidad de buscarla fuera.

ESTÁFILA

¿Qué dices, infame? aunque tú seas devoto de Vulcano, ¿es preciso para que ganes tu comida y tu salario, que le pegues fuego á nuestra casa?

CONGRIÓN

No quiero nada de eso.

ESTRÓBILO

(*Á Estáfila*) Llévate dentro á esta gente

ESTÁFILA

Venid.

Escena VI

PYTHODICO, *saliendo de casa de Megadoro.*

¡Mucho cuidado! mirad que yo mismo voy á examinar lo que los cocineros hagan. Y á fé mía, que para observarlos en un día como hoy, se necesitan cien ojos; á menos que no les hiciéramos aderezar las viandas en el fondo *del pozo*, y que se hubieran de ir sirviendo, trayéndolas de abajo á arriba; y, aún así, si ellos en la parte de abajo se iban comiendo los platos que se iban aderezando, entónces los *inferiores* se quedarían repletos; pero los *superiores*... en ayunas. Y á todo esto me estoy aquí charlando, como si nada tuviera que hacer, cuando tanto pillastre hay hoy en esta casa. *(Vase.)*

Escena VII

EUCLION, CONGRION

EUCLIÓN

(Sólo.) Quise hoy hacer un esfuerzo de ánimo y regalarme en las bodas de mi hija. ¿Y qué hago? me voy á la plaza; pre-

gunto por el pescado, y me piden un ojo de la cara... pregunto por la carne de cabrito, y... cara; la de vaca... cara; la de ternera... carísima, y tanto más caro todo, cuanto que yo no tengo dinero. Me fuí de allí encolerizado, porque nada había que pudiera yo comprar; y eso que se la *dí de puño* á aquella canalla... Mas después he reflexionado por el camino, y me he dicho: el que lo prodiga todo en el día de fiesta, es posible que no tenga que comer en el día de trabajo. Y después de haber hecho esta prudente reflexión á mi estómago y á mis deseos, he tomado la resolución de celebrar las bodas de mi hija con el menor gasto posible. He comprado un poquito de incienso y unas coronas de flores para adornar con ellas á nuestro dios Lar, que se halla en el hogar, á fin de que haga afortunado el matrimonio de mi hija. Pero... ¿qué es esto que veo? ¡mi casa abierta!!!... ¡Cielos! ¡qué estrépito hay en ella!... ¡Ahora sí que he sido saqueado, infeliz, infeliz de mí!...

CONGRIÓN

(En el interior de la casa.)—Id y pedid, si se puede. una *olla* más grande en casa de un vecino; ésta es pequeña, no tiene capacidad bastante.

EUCLIÓN

¡Ah! ¡Estoy perdido! me han robado mi

dinero y están hablando de la *olla*. Me muero, si no corro allá al instante. Apolo, yo te conjuro, auxíliame, protéjeme, lanza tus flechas á los ladrones de mi tesoro. Tú me favoreciste ántes de ahora en otro trance semejante... Pero, ¿qué hago? estoy perdiendo aquí el tiempo, en vez de ir allá ántes que mi ruina sea completa. *(Entrase en la casa.)*

Escena VIII

ANTHRAX, *saliendo de la casa de Megadoro*

Dromón, quita la escama á los pescados; tú, Maquerión, levanta el pellejo á ese congrio y á esa murena, lo más pronto posible. Voy á pedir de aquí al lado á Congrión una *vizcochera* que hemos de necesitar. Tú, pélame ese gallo y déjamelo como un lidio afeitado. Pero ¿qué significan esos gritos en casa del vecino? ¡Por Hércules! los cocineros sin duda están haciendo de las suyas. Pues me meto á seguida dentro, no sea que se vaya á armar aquí la misma batahola.

ACTO TERCERO

Escena primera

CONGRIÓN

Mis queridos conciudadanos, compatriotas, gentes de la ciudad y de los arrabales, y vosotros, extranjeros, hacedme lado, dejadme escapar, dejadme las calles libres. En mi vida me he hallado en una zahurda semejante á la de esa cocina. ¡Qué bacanal! ¡cómo llovian los palos sobre mis espaldas y las de mis pobres galopines! Tengo el cuerpo molido, estoy medio muerto; de tal manera ese maldito viejo se ha ejercitado sobre mí á manera de atleta. ¡Oh! en ninguna parte del mundo he visto repartirse palos con más liberalidad: ¡buena ración hemos llevado todos ántes de ser expulsados de la casa!... Pero... ¡por Hércules!... ¡estoy perdido!... ¡el viejo energúmeno abre de nuevo la puerta!... ya está aquí... va á comenzar otra vez la tempestad... Mas yá se lo que tengo que hacer... él me lo ha enseñado. *(Vase huyendo.)*

Escena II

EUCLIÓN

(Gritando.) ¡Ven acá! ¿Dónde vas huyendo? ¡Alto ahí! ¡estáte quieto ahí!...

CONGRIÓN

Pero ¿á qué vienen esos gritos, viejo imbécil?

EUCLIÓN

Voy á denunciarte ante los triunviros.

CONGRIÓN

Y á mí ¿por qué?

EUCLIÓN

Por ese cuchillo que llevas.

CONGRIÓN

Es la herramienta propia de un cocinero.

EUCLIÓN

Y dime, bribon, ¿por qué me has amenazado?

CONGRIÓN

Eso es lo que creo que he hecho malamente; no haberos rajado el costado.

EUCLIÓN

El primer infame que hay sobre la tierra sí que eres tú: bien saben los dioses que te aplastaría con todo el gusto de mi alma.

CONGRIÓN

No necesitais decirlo: los hechos bien lo han demostrado: vuestro garrote me ha puesto más ligero que un danzarin. ¿Y con qué derecho me habeis sacudido, viejo pordiosero?.. ¿Qué es lo que teneis conmigo?

EUCLIÓN

¿Y te atreves á preguntármelo? Vamos, eso es porque hice menos de lo que debía. Permíteme, permíteme...

CONGRIÓN

¡Por Hércules! os habeis de arrepentir... si es que esta cabeza no ha perdido la sensibilidad.

EUCLIÓN

No sé lo que sucederá más tarde; pero por el momento la tienes bien sensible.— Y me podrás decir ahora, ¿qué tenías tú que hacer en mi casa, no estando yo en ella, y sin permiso mio? Tendría gusto en saberlo.

CONGRIÓN

¡Calle!... si nosotros habíamos venido á aderezaros la comida de la boda.

EUCLIÓN

Y á tí ¿qué te importa, infame, que yo me lo coma crudo ó cocido? ¿Eres tú acaso mi tutor?

CONGRIÓN

¡Ea! pues yo también deseo que me digais de una vez si quereis ó no que os preparemos esa cena.

EUCLIÓN

Y yo deseo saber si han de quedar á salvo las cosas de mi casa.

CONGRIÓN

¡Ojalá sacase yo á salvo los utensilios míos, que he aportado á ella!

EUCLIÓN

Estoy bastante contento con lo mio, so necio, para venirme ahora á codiciar las cosas tuyas.

CONGRIÓN

Lo sé; no necesito que me lo advirtais. Pero ¿por qué motivo no nos permites que preparemos esa comida? ¿Qué hemos hecho, qué hemos dicho nosotros, que os pueda haber chocado?

EUCLIÓN

¡Y me lo preguntas tú, picaronazo; tú que andabas huroneando por todos los rincones

de mi casa, y que has dado entrada en mi aposento á toda esa canalla que traes contigo? Si hubieras estado al lado del fogón, como era tu deber, te hubieras ahorrado verte ahora con la cabeza aporreada. Te se ha hecho lo que te mereces... Y escucha, para que sepas bien mi propósito: como vuelvas á poner el pié en el dintel de mi puerta, sin licencia mia, te pondré de manera que seas el más desdichado de los mortales. ¿Sabes ya mi resolución?... ¿Dónde vas tú?... Vuélvete, vuélvete aquí. *(Vase.)*

GONGRIÓN

(Solo.) ¡Por Laverna, mi protectora! que si no hace que me entreguen todos mis utensilios, buena griteria le doy en su misma puerta. Y despues de todo, ¿qué voy á hacerme yo ahora? ¡Por el dios Polux! sin duda he sido conducido aquí por una mala estrella: me han ajustado en un *numo* y tendré necesidad de pagar mucho más al médico.

Escena III

EUCLIÓN CONGRIÓN

EUCLIÓN

(*Saliendo de su casa con la marmita en brazos y sin reparar en Congrión.*) ¡Ollita de mi vida! Tú irás siempre conmigo, yo te

llevaré conmigo donde quiera que fuere, y no volveré jamás á cometer la imprevisión de dejarte sola en tamaño peligro. *(Alto.)* Ya podeis entrar ahora, marmitones y tocadores de flauta; *(á Congrión)* y tú, introduce ya, si quieres, toda esa raza venal. Cocinad, trastead ahora, ya podeis daros toda la prisa que querais.

CONGRIÓN

A buena hora, despues de habernos molido á todos los huesos.

EUCLIÓN

Entrad, os digo. Aquí se os ha traido para trabajar y no para charlar.

CONGRIÓN

¡Hola, el viejo! pues entónces también debemos pediros un sobresueldo por los palos que nos habeis dado: porque aquí se nos habia traido para guisar y no para ser apaleados.

EUCLIÓN

Corriente, demándame ante los tribunales; pero no me seas más importuno. Entra á preparar esa cena... ó vete de aquí y haz que te crucifiquen.

CONGRIÓN

Id vos, si quereis. *(Entranse los cocineros en la casa.)*

Escena IV

EUCLIÓN

¡Gracias al cielo que se han ido! ¡Dioses inmortales, qué audaz temeridad es la del pobre que se atreve á tener relaciones con un rico! ¡El tal Megadoro!... finge enviarme esos cocineros para obsequiarme, y, en verdad, su intento es despojarme y reducirme á la miseria... Pero, en mi casa, hasta el gallo parecía que estaba en inteligencia con la diosa vieja para arruinarme: pues comenzó el maldito á escarbar con las patas precisamente donde yo tenía enterrado mi tesoro. ¿Qué habia de hacer? El corazón se me inflamó de cólera, y cogiendo un garrote, dejé en el sitio al infame gallo... ladrón manifiesto. Juraría que esos pillastres de galopines le habrían prometido alguna recompensa, si les descubría mi riqueza. Mas ya les he arrancado el *mango de la mano*. Y á todo esto... ¿para qué tanta conversación? La muerte del ave ha terminado el asunto.—Pero he aquí mi futuro yerno Megadoro, que sin duda regresa del Mercado. No me atrevo á dejarle pasar sin pararle, y hablar con él algunas palabras.

Escena V

MEGADORO, EUCLIÓN

MEGADORO

(Sin ver á Euclión.) He participado á mis amigos mi proyecto de establecerme, y todos hacen elogios de la hija de Euclión, y me aseguran que obro con discreción y que he tomado una determinación excelente. Y á mi juicio, si los demás hiciesen lo propio, si los hombres de posición eligiesen para esposas á las hijas de los pobres indotadas, en la sociedad habria más armonia, y nosotros seríamos menos envidiados de lo que somos. Las mujeres temerían dar un mal paso más de lo que ahora lo temen, y nosotros no tendríamos que soportarlas tanto boato. Esta costumbre sería la más provechosa para todos, no encontraría oposición, sino en un insignificante número de personas ávidas, insaciables, cuyas codicias no reconocen ni ley, ni tutor, ni freno. Pero se dirá: si se estableciera semejante privilegio en favor de las jóvenes sin fortuna, ¿con quienes se habrían de enlazar las hijas de los ricos que tienen dote?—Cásense con quienes les agrade; pero con tal que no las acompañe la dote. ¡Ah! Si así se hiciera, ya procurarían ellas aportar como dote, mejores cos-

tumbres que las que llevan hoy. Yo, como por mi parte, haría que los mulos, que se tienen en más estima hoy que á los caballos, viniesen á tener precio más bajo que los capones de la Galia...

EUCLIÓN

(Aparte.) ¡Que los dioses me ayuden según con el gusto con que le estoy escuchando! Ha hablado admirablemente con respecto á la economía.

MEGADORO

No diría entonces ninguna mujer á su marido: la dote que yo te he traido es superior á tu fortuna: por lo tanto, ya puedes costearme mulos, cocheros, esclavos, saludadores, carruajes para pasearme...

EUCLIÓN

(Aparte) ¡Cómo conoce las pretensiones de nuestras matronas! Me alegraría que le nombrasen inspector de las costumbres de las mujeres.

MEGADORO

Hoy día, donde quiera que vá uno, ve más carruajes en las casas de la ciudad que en las casas del campo. Y todo esto es nada en comparación de otro millon de gastos: pues luego vienen el batanero, el bordador de oro, el platero, el lanero, y... un tropel de mercaderes; los guarnicione-

ros, los camiseros, los tintoreros en color de fuego, los que tiñen de color de violeta, los que tiñen de color de cera, los revendedores de alhajas, los tejedores de lienzos, los zapateros á la griega, los zapateros á la romana, los fabricantes de pantuflas, los de sandalias, los moloquinarios, los quitamanchas, los sastres, los que os piden el importe de los ceñidores y cinturones; y cuando ya creeis á todo el mundo satisfecho, os asedian en el atrio á manera de guardianes de esclavos, los tejedores, los pasamaneros, los cofreros, ó alguna otra de las mil calamidades que siempre hay dispuestas á aniquilaros el bolsillo.

EUCLIÓN

(Aparte) Le dirigiria la palabra, si no temiese interrupir su tan precioso razonamiento sobre las costumbres de las hembras. Dejémosle continuar.

MEGADORO

¿Y qué sucede luego? Que cuando os dejan en paz los expendedores de superfluidades, se os acerca el infeliz soldado, reclamándoos el impuesto, y entonces teneis que llegaros á ajustar cuentas con vuestro banquero, quedándose en el entretanto el pobre soldado esperando, con el vientre vacío, la contribución que se le debe. Mas hecha la liquidación, resulta que salís vosotros debiendo á vuestro banquero, y hay

que aplazar al mísero soldado para mejor ocasión... Estos y otros muchos inconvenientes y despilfarros intolerables traen consigo las ponderadas ricas dotes. La mujer que nada tiene, depende de su marido: las mujeres dotadas nos sacrifican y nos arruinan.—Pero hé ahí á mi futuro suegro en la puerta de su casa. ¿Qué dices de bueno, mi querido Euclión?

EUCLIÓN

Que tu discurso me ha proporcionado un gran placer.

MEGADORO

¿Pues qué, me has estado escuchando?

EUCLIÓN

Desde el principio hasta el fin.

MEGADORO

A propósito, me parece que obrarías mejor, si te presentáras algo más decentemente en las bodas de tu hija.

EUCLIÓN

Cada uno debe hacer que su esplendor venga bien con su fortuna, y su magnificencia con sus riquezas. Los grandes señores son los que deben tener en cuenta su rango; pero yo, amigo Megadoro, yo y cualquiera otro pobre como yo, no poseemos en

nuestra casa más que aquello que todo el mundo sabe.

MEGADORO

¡Que los dioses quieran conservártelo, y aumentarte más y más *lo que tienes hoy!*

EUCLIÓN

(Aparte.) Esa frase no me ha gustado... «*lo que tienes hoy*»... Nada, nada, sabe lo mismo que yo cuanto tengo: la aborrecible vieja lo habrá descubierto todo...

MEGADORO

¿Se puede saber por qué motivo te apartas para hablar á solas?

EUCLIÓN

¡Por Pólux! Estaba pensando dirigirte graves inculpaciones.

MEGADORO

Pues ¿qué hay?

EUCLION

¡Y me preguntas lo que hay, tú, que me has llenado de ladrones los rincones todos de mi pobre casa; tú, que me has metido en ella quinientos cocineros, con seis manos cada uno, verdaderos hijos de Gerión, á los que Argos, el de los cien ojos, aquel que puso Juno al lado de Io para vigilarla, el mismo Argos no sería bastante para vi-

gilarlos á ellos; y luego una tocadora de flauta, que ella sola sería capaz de beberse la fuente Pirene de Corinto, si manara de ella vino? Y en cuanto á viandas... ¡por Pólux! devoran más que una legión.

MEGADORO

Y bien, tambien te he enviado un cordero.

EUCLIÓN

Por cierto que en mi vida he visto animal más *curión* (7).

MEGADORO

Deseo que me expliques eso de *curión*.

EUCLIÓN

Pues nada, que el pobre animal es todo hueso y pellejo, un verdadero esqueleto; que se le pueden ver las entrañas al sol á través de su cuerpo; que es trasparente como una linterna púnica...

MEGADORO

Es que yo lo he comprado para matarlo.

EUCLIÓN

(Aparte.) Mejor sería que pagases por enterrarlo, porque por muerto ya le tengo.

MEGADORO

Euclión, me prometo que apuremos hoy juntos una buena copa.

EUCLIÓN

No pienso beber en el dia de hoy.

MEGADORO

¿Y si yo te enviare un tonel de exquisito vino?...

EUCLIÓN

Muchas gracias, pero he jurado no beber más que agua.

MEGADORO

Si los dioses me dan salud, te he de poner hoy bien remojado, pero de vino generoso, á pesar de tu juramento de no beber más que agua.

EUCLIÓN

(Aparte.) ¡Ah! bien sé lo que querría hacer: se propone sepultarme en vino, para luego desenterrar mi marmita y hacerla mudar de domicilio. ¡Oh! ya tomaré yo mis precauciones. Voy á ocultarla en este mismo instante en cierto lugar, fuera de la casa, de manera que pierda el vino y el trabajo.

MEGADORO

Si no tienes nada que mandarme, voy á darme un baño, antes de que hagamos el sacrificio. *(Vase.)*

Escena VI

—

EUCLIÓN

¡Oh, marmita mía! Cuántos enemigos conjurados contra tí y contra el oro que guardas! Lo que por ahora puedo hacer es depositarte en el templo de la Buena Fé; dejarte en él bien escondida.

¡Oh, Buena Fé !Yo te conozco y tú me conoces tambien. No vayas á desmentir tu nombre en lo tocante á mí, ya que á tí plenamente me confío. A ti me dirijo, ¡oh, buena diosa! lleno de entera confianza.

ACTO CUARTO

Escena primera

—

ESTRÓFILO

El deber de un buen esclavo es hacer lo que yo hago: ejecutar las órdenes del amo con buena voluntad y sin tardanza. El esclavo que desea servir cumplidamente á su dueño, ha de ejecutar las cosas de su señor con mayor diligencia que las suyas propias: hasta cuando duerme debe dormir acordándose de su condición de esclavo. Así, pues, el que sirve á un amo enamorado, como lo está ahora el mio, si ve que el amor le domina, debe, á mi entender, contenerle, en bien suyo, y no empujarle hácia donde su pasión le inclina. Como á los niños que aprenden á nadar se les ponen balsas de entrelazados juncos para que se fatiguen ménos, y para que naden y muevan sus manos más libremente, tal juzgo que ha de hacer el buen siervo con el amo enamorado, á fin de po-

der sostenerle é impedir que se vaya á fondo. Es indispensable que el esclavo, á la manera de los augures, adivine á un golpe de vista la voluntad de su amo, por el sólo aire de su frente y que corra á realizarla con la velocidad de la rápida cuadriga. Con esta conducta, ni tendrá el siervo que temer las reprimendas á latigazos, ni dará lustre á sus hierros á fuerza de llevarlos. Ahora bien, mi señor está perdidamente enamorado de la hija de Euclión, de ese pobre hombre. Acaba de saber que está prometida en matrimonio á Megadoro, y me envía para que observe y le entere de lo que aquí pasa, Voy, pues, para no despertar en nadie sospecha, á sentarme junto á ese altar, y desde allí veré lo que acontece en una y otra parte.

Escena II

EUCLIÓN, ESTRÓFILO

EUCLIÓN

(Saliendo del templo y sin reparar en Estrófilo) ¡Oh, Buena Fé! guardate de revelar á nadie que se encuentra ahí mi preciado tesoro. Por mi parte no temo que nadie lo descubra, pues bien escondido queda. ¡Por el dios Pólux! buen botín lograría el que se encontrarse mi olla repleta de oro... ¡Oh

diosa!... te suplico que no lo permitas.

Ahora vamos á lavarnos para hacer el sacrificio. Además, es menester no hacer aguardar á mi yerno, y que pueda llevarse la muchacha tan luego como venga por ella.

Vela, vigila, ¡oh, Buena Fé! haz que yo me encuentre, cuando vuelva, mi cara marmita sana y salva. Te he confiado mi fortuna, excelsa diosa: en tu bosque sagrado, en tu templo acabo de depositarla. *(Sale del Templo.)*

ESTRÓFILO

¡Dioses inmortales! ¿qué es lo que acabo de escuchar? Ese hombre ha escondido en el templo una olla llena de monedas de oro. ¡Oh, buena Fé! no seas con él más fiel que conmigo.—Y, si no me engaño, es el padre de la muchacha por quien suspira mi amo. Entremos en el templo, y lo escudriñaremos todo, á ver si en algún sitio encontramos ese magnifico tesoro, mientras el viejo anda ocupado en otra parte. —Si doy con él, ¡oh, diosa! te ofrezco una cántara, de cabida de un *cóngio*, de vino dulce como la miel. Eso lo que haré en tu obsequio... que por mi parte me empinaré también un buen trago. (*Entrase en el Templo.*)

EUCLIÓN

(*Volviéndose.*) No sin motivo acababa de

graznar el cuervo hacia mi izquierda; y escarbaba á la par la tierra, gritando de una manera extraña. El corazón me brinca y parece que se me quiere salir del pecho... Mas yo no me estoy dando mucha prisa. (*A Estrófilo, cuando entra en el Templo.*) ¡Fuera, fuera de aquí, gusano vil, que sales rastreando del fondo de la tierra; tú, que hasta ahora mismo no has sido visto en parte alguna, ahora que te atreves á presentarte, vas á perecer!... ¡Por Pólux! yo te recibiré á mi manera, maldito encantador.

ESTRÓFILO

¿Pero qué malas furias os agitan? ¿Qué relación hay, demonio de viejo, entre vos y yo? ¿Por qué me empujais? ¿Por qué me maltratais? ¿Por qué me sacudis?

EUCLIÓN

Y tú me lo preguntas, racimo de horca, ladrón y mil veces ladrón.

ESTRÓFILO

¿Pues yo qué os he robado?

EUCLIÓN

Suéltalo, suéltalo pronto.

ESTRÓFILO

¿Y qué es lo que suelto?

EUCLIÓN

¿Y me lo preguntas todavía?

ESTRÓFILO

Pero... es que yo no he robado nada.

EUCLIÓN

Vamos, dame lo que te llevas. ¿Lo harás?

ESTRÓFILO

¡Otra! ¿pero qué quereis que haga?

EUCLIÓN

Si eso no puedes llevártelo.

ESTRÓFILO

¿Mas qué es lo que reclamais?

EUCLIÓN

Que te sirvas dejar eso. Basta ya de majaderías, que no estoy de humor de bromas.

ESTRÓFILO

¿Pero qué es lo que quereis que deje, cielos? ¿No podeis llamar las cosas por sus nombres? Por mi fé, si yo nada he tomado, ni he tocado á nada, señor. .

EUCLIÓN

Enséñame las manos.

ESTRÓFILO

Ahí las teneis.

EUCLIÓN

Enséñamelas.

ESTRÓFILO

¡Pues ahí están!...

EUCLIÓN

Yá las veo; pero enséñame la otra.

ESTRÓFILO

Los fantasmas y la bilis han trastornado el cerebro de ese hombre... ¿No es esto inferirme una injuria?

EUCLIÓN

Una gran injuria, sí, porque hace tiempo que deberias estar ahorcado. Mas no tardará la cosa si te obstinas en no confesar.

ESTRÓFILO

Dale! ¿y qué quereis que confiese?

EUCLIÓN

¿Qué te has llevado de aquí?

ESTRÓFILO

Que los dioses me exterminen, si yo he puesto la mano en nada que os pertenezca...

EUCLIÓN

Eso querría yo: que no hubieses tocado. Vaya, pues sacude la capa.

ESTRÓFILO

Como querais.

EUCLIÓN

Mira no tengas algo entre las túnicas...

ESTRÓFILO

Registradme dónde y como gusteis.

EUCLIÓN

¡Miren, el bribón... con qué dulzura habla! Para que nos traguemos que no ha hecho el robo. Conozco tus trapacerías. Vamos, enséñame bien de nuevo la mano derecha.

ESTRÓFILO

Héla ahí.

EUCLIÓN

La izquierda ahora...

ESTRÓFILO

Ahí teneis las dos.

EUCLIÓN

Renuncio á seguir registrándote... Mas, ¡ea! suelta eso.

ESTRÓFILO

¿Otra vez? Pero qué suelto.

EUCLIÓN

Lo dices en chanza: si lo tienes...

ESTRÓFILO

¿Que lo tengo?... Pero qué tengo?

EUCLIÓN

¿No lo digo? Si necesitará que se lo explique... Entrégame lo que quiera que tengas mio.

ESTRÓFILO

Vamos, este viejo está loco, me acaba de registrar á su arbitrio, y nada suyo ha encontrado en mi poder, y todavia...

EUCLIÓN

Aguarda, aguarda. ¿Quién era el otro que se hallaba aquí contigo?... ¡Por mi vida! me he perdido: ese otro andará revolviendo por ahi dentro... *(Aparte.)* Y el caso es que abandonaré al uno, y tal vez se me escape el otro. Pero, en fin, á este lo he registrado bien y nada tiene... *(Alto.)* Vete, pues, donde quieras: y que Júpiter y los dioses te confundan...

ESTRÓFILO

¡Vaya una manera de dar gracias!...

EUCLIÓN

Ahora me voy á ir hacia dentro, y te aseguro que he de estrangular á tu camarada... ¡Huye de mi presencia!.. ¿Te acabarás de ir, si ó no?

ESTRÓFILO

Ya me voy.

EUCLIÓN

Y guárdate de que yo te vuelva á ver. (*Vase.*)

Escena III

ESTRÓFILO.

Permitan los dioses que yo muera de mala muerte, si no juego, en el mismo dia de hoy, una mala pasada á ese viejo. De seguro no se atreve ya á dejar su tesoro escondido aquí: pero me pienso que mudará de escondrijo, y lo llevará á otra parte... ¡Ah! oigo el ruido de la puerta... el viejo que sale ya sin duda con su dinero... Alejémonos un poco de la entrada.

Escena IV

EUCLIÓN, ESTRÓFILO.

EUCLIÓN

(Saliendo del templo y sin reparar en Estrófilo) Yo que me imaginaba que sin temor podía uno fiarse de la Buena Fé, y en un pelo ha estado que no me *tizne el rostro*... Si no sobreviene lo del cuervo me quedo enteramente arrruinado. A fé mia que querría ver venir hacia mí al cuervo que me ha dado el aviso: le diria algo de bueno, y aún le daría alguna cosita de comer... no obstante que *dar es perder*. Pero en fin, ahora estamos sólo en el caso de buscar un sitio aislado, donde pueda esconder esto. El bosque de Silvano se halla fuera de las murallas, es un lugar bien desierto, y cubierto de espesos sáuces: allí elegiré un sitio á propósito... Decidido: lo confiaré mejor á Silvano que á la Buena Fé. (*Váse.*)

ESTRÓFILO

¡Bien! ¡Magnífico! Soy el niño mimado de los dioses. Ahora le tomaré la delantera, treparé á la copa de un arbol y desde allí observaré donde esconde las monedas el viejo... Mi amo en verdad me ordenó que

le esperase aquí... ¡bah! resuelto... arriesgaré un vapuleo en cambio de una rica fortuna. (*Márchase.*)

Escena V

LYCÓNIDES, EUNOMIA, FEDRA

LYCÓNIDES

Os lo he dicho, madre mía: sabeis ya lo mismo que yo cuanto hay sobre la hija de Euclión. Os ruego y suplico de nuevo lo que os he suplicado antes de ahora: que hableis con mi tio, madre mia.

EUNOMIA

Tú sabes bien, hijo mío, que mi voluntad es la tuya. Confío que obtendré de mi hermano lo que deseas; y la causa es justa, si como me aseguras, fué en un momento de ceguedad.

LYCÓNIDES

Habia yo de engañaros, madre mía?

FEDRA

(*En el interior de la casa de Euclión.*) Socorro, nodriza mia!... ¡Este dolor horrible me mata! ¡Juno, Lucina, yo te imploro!

LYCÓNIDES

Ahí teneis la prueba, madre mía: esos

gritos de dolor os anuncian que va á nacer un hijo.

EUNOMIA

Vente conmigo, hijo, á casa de mi hermano, para pedirle lo que exijes, y obtendremos de él lo que deseas.

LYCÓNIDES

Id para allá, querida, madre, que os sigo al momento... (*Vase Eunomia.*)—Me sorprende no encontrar aquí á mi siervo Estrófilo, cuando le ordené que me esperase en este sitio... Mas, bien reflexionado, si el pobre me está prestando su ayuda en otro lado, no es justo que me irrite con él.—Vamos dentro. Veamos lo que pasa en ese consejo donde mi suerte se decide. (*Váse.*)

Escena VI

ESTRÓFILO

Héme aquí ya, más rico yo solo que todos los grifones de las montañas de oro. En cuanto á esos pobres reyezuelos, esos mendigos coronados, no los cuento para nada. Yo soy ahora el mismísimo famoso rey Filipo. ¡Buen día para mí! – Como partí de aquí bien á tiempo de llegar el primero, me subí á la copa de un árbol, mucho

antes que llegara, y desde allí pude atisbar dónde escondía el viejo las monedas. No bien se hubo marchado, bájome de mi árbol, y desentierro una olla repleta de oro. Me retiro de allí y veo entrar al viejo en su casa. El no ha podido apercibirse de mí, porque tuve la precaución de desviarme un poco del sendero.., Ah! pues héle aquí!... Vuelo á mi casa á ocultar esta fortuna.

Escena VII.

EUCLIÓN

¡Me han perdido! ¡me han muerto! ¡me han asesinado!... ¿Adónde iré? ¿adónde no iré?... ¡Alto ahí! ¡alto ahí!... ¡Al ladrón! ¡al ladrón!... ¿Pero dónde está?... yo no veo nada... me he quedado ciego... no sé, no sé dónde voy, ni sé dónde estoy. ni sé tampoco quien soy... (*Dirigiéndose al público.*) Yo os ruego encarecidamente, yo os suplico que vengais en mi auxilio: decidme, por los dioses, quién se la ha llevado... ¡Y se embozan en sus túnicas blancas, dándose aires de gentes de bien!... ¿Pero qué, por qué os reis?... ¡Oh! os conozco perfectamente á todos; sé que hay aquí muchos que ocultan su iniquidad bajo esos blancos trajes y que se sientan entre las gentes honradas... ¿Qué dices tú?... de ti

puedo fiarme, pues tienes el aspecto de una buena persona... ¿Dónde está el ladrón? no me hagas morir... di quién se la ha llevado... ¡Tú lo ignoras!... ah, mísero de mí, estoy perdido, absolutamente arruinado. Día fatal que me ha traido lágrimas amargas, negros pesares, el hambre y la indigencia!... Soy ahora en la tierra el mas infortunado de los ancianos. ¿De qué me sirve la vida, si he perdido el tesoro mío, que con tanto afan venía custodiando?... Me he privado de lo más necesario, me he abstenido de todo goce, y ahora otros se estarán divirtiendo á costa de mi fortuna... ¡Ah! esta idea me mata: no puedo resistirla...

Escena VIII

LICÓNIDES, EUCLIÓN

LYCÓNIDES

¿Quién es este hombre que así se lamenta y llora en nuestra puerta?... Es Euclión si no me engaño. Estamos perdidos: todo se ha descubierto. Sabe sin duda lo de la hija. ¿Qué partido debo tomar en vista de esto? ¿Debo irme ó quedarme? ¿Debo presentarme á él ó huir de su presencia? No sé verdaderamente lo que hacer.

EUCLIÓN

¿Quién habla ahí?

LYCÓNIDES

Soy yo... un desdichado.

EUCLIÓN

El desdichado del todo soy yo, el miseramente perdido, el hombre infeliz á quien van á concluir las desgracias y los sufrimientos.

LYCÓNIDES

Tened buen ánimo.

EUCLIÓN

¿Y cómo es posible, decidme, que lo tenga?

LYCÓNIDES

Porque yo soy, os lo confieso, el autor de la desgracia que os atormenta.

EUCLIÓN

¡Dioses! ¡qué oigo!

LYCÓNIDES

La verdad.

EUCLIÓN

¿Y qué mal te he hecho yo, jóven, para que causes la ruina mia y la de mis pobres hijos?

LYCÓNIDES

Un dios fué quien me sedujo y me atrajo hácia ella.

EUCLIÓN

¡Cómo!...

LYCÓNIDES

Confieso que soy culpable, conozco que he faltado, y por ello vengo á rogaros que me perdoneis.

EUCLIÓN

¿Y por qué tuviste el atrevimiento de tocar á lo que no te pertenecía?

LYCÓNIDES

¿Qué quereis? el mal está ya hecho, y no puede impedirse. Sin duda los dioses lo han querido así porque de otro modo el hecho no hubiera acontecido.

EUCLIÓN

Yo creo que los dioses lo han permitido para que yo te haga estrangular en mi casa.

LYCÓNIDES

No digais eso.

EUCLIÓN

¿Quién te ha dado el derecho de poner mano sin mi voluntad sobre una cosa que constituye todo mi bien?

LYCÓNIDES

Lo hice, señor, embriagado y ciego de amor.

EUCLIÓN

Hombre atrevidísimo, ¿y aún tienes el descaro de venirte ante mí con ese impúdico lenguaje? De modo que si ese fuera el derecho, todos le tendríamos de arrebatar sus alhajas á las matronas, en plena luz del dia; y, cuando se nos arrestase, nos escusaríamos con decir que habíamos obrado ébrios y ciegos de amor ¡Bien viles pasiones serían, por mi alma, el vino y el amor, si autorizáran al enamorado y al ébrio á que hiciesen cuanto se les antojase!

LYCÓNIDES

Sin embargo, he venido yo mismo á suplicaros que perdoneis mi falta.

EUCLIÓN

Aborrezco á estos que hacen el mal y se vienen luego escusando. Tú sabías bien que ella no te pertenecía, y, por lo tanto, debiste dejarla intacta.

LYCÓNIDES

Pero en fin, puesto que ya tuve aquel atrevimiento, no demando otra cosa sino quedarme con ella.

EUCLIÓN

¿Tú te vás á quedar con una cosa mia en contra de mi voluntad?

LYCÓNIDES

Yo no quiero que sea contra vuestra voluntad. Sino digo que me parece conveniente que sea para mí.

EUCLIÓN

Si no me entregas...

LYCÓNIDES

¿Qué quereis que os entregue?

EUCLIÓN

El tesoro que me has robado: si nó, al punto te cito ante el pretor y te envuelvo en un proceso.

LYCÓNIDES

¿Pues yo os he robado algo? ¿de dónde, y qué es ello?

EUCLIÓN

¡Qué Júpiter te sea propicio como es cierto que lo ignoras!

LYCÓNIDES

Al ménos es preciso que me determineis bien qué es lo que reclamais.

EUCLIÓN

Te pido mi marmita llena de oro... la que tú mismo acabas de confesar que me has robado.

LYCÓNIDES

Por mi vida, ni yo he dicho tal cosa, ni ménos la he hecho.

EUCLIÓN

¿Lo niegas?

LYCÓNIDES

Rotundamente lo niego: ni tengo noticias de semejante oro, ni sé qué marmita es esa.

EUCLIÓN

La que me has robado en el bosque de Silvano. Vamos, devuélvemela. Partiré la mitad contigo. Aunque tú has sido para mí un ladrón, no quiero hacerme al ladrón desagradable. Vé inmediatamente por ella.

LYCÓNIDES

Habeis perdido la cabeza, cuando me tratais de ladrón. Me creia, Euclión, que os habiais enterado de otro asunto que me concierne. El asunto es importante y deseo hablaros de él con tranquilidad, y cuando tengais tiempo.

EUCLIÓN

Dime de buena fe: ¿tú no me has arrebatado mi tesoro?

LYCÓNIDES

Os lo aseguro, por mi fe.

EUCLIÓN

¿Y no sabes tú quién me lo ha robado?

LYCÓNIDES

No, por mi honor.

EUCLIÓN

Y si lo llegaras á saber, ¿me denunciarás quién ha sido?

LYCÓNIDES

Si lo haré.

EUCLIÓN

¿Y no partirás con él, ni ocultarás al ladrón?

LYCÓNIDES

No.

EUCLIÓN

¿Y si faltas á tu palabra?...

LYCÓNIDES

Entonces... ¡que el gran Júpiter haga de mí lo que quiera!

EUCLIÓN

Me basta... Habla ahora: ¿qué quieres?

LYCÓNIDES

Por si no sabeis quién es mi familia, os diré que Megadoro vuestro vecino, es mi

tío; mi padre se llama Antímaco, yo me llamo Lycónides, mi madre Eunomia.

EUCLIÓN

Conozco á tu familia. Pero ¿qué quieres?

LYCÓNIDES

Quiero saber lo siguiente. Vos teneis una hija...

EUCLIÓN

Ciertamente, la cual en este momento se halla en casa.

LYCÓNIDES

La teneis prometida en matrimonio á mi tío, según me han dicho.

EUCLIÓN

Estás perfectamente enterado.

LYCÓNIDES

Pues bien, mi tío me ha encargado deciros que renuncia á su mano.

EUCLIÓN

Que renuncia, cuando todo está dispuesto, cuando se han hecho todos los preparativos... ¡Que todos los inmortales, dioses y diosas, le confundan, pues él ha sido la causa de que este infeliz, este infortunado haya perdido hoy todo cuanto poseía!

LYCÓNIDES

Vaya, ánimo, no le maldigais. Tal vez este acontecimiento sea para vuestro bien y el de vuestra hija. Así debeis impetrarlo de los dioses.

EUCLIÓN

¡Quiéralo así el Cielo!

LYCÓNIDES

Que él me sea á mí también propicio. Ahora escuchad, Euclión. No hay hombre tan vil que no se avergüence, que no quiera disculparse de una falta que haya podido cometer. Os ruego, pues, que si he ofendido, sin conocimiento, á vos y á vuestra hija, que me lo perdoneis, y que me la deis por esposa. Confieso que he inferido un ultraje á vuestra buena hija en la velada de Céres, por efecto del vino y por impulso de la juventud.

EUCLIÓN

¡Dioses! ¿qué crimen osas confesarme?

LYCÓNIDES

¿Y de qué sirve yá que os lamenteis de ese modo? Por esta razón, y en obsequio mio, retira mi tio su palabra. Entrad en vuestra casa, averiguad, y vereis si el hecho es como yo lo afirmo.

EUCLIÓN

Me veo completamente hundido. Todas las desdichas se acumulan hoy sobre mí. Entremos, é indagaremos lo ocurrido. (*Vase.*)

LYCÓNIDES

Soy con vos al punto... Este negocio parece que se pone ya en puerto de salvación... pero no puedo imaginar dónde se hallará mi siervo Estrófilo. Voy á esperarle aún, un corto momento, y luego me iré en busca de ese buen hombre. Mientras tanto, podrá él enterarse por la anciana nodriza, y sirvienta de la hija, de todo cuanto ha sucedido.

ACTO QUINTO

Escena primera

ESTRÓFILO, LICÓNIDES

ESTRÓFILO

Dioses inmortales, de qué satisfacción tan cumplida me haceis disfrutar en este dia... Soy dueño de una olla, que pesa cuatro libras, cargada de oro: ¿quién es más rico que yo? ¿Hay en Atenas uno á quien los dioses hayan favorecido más espléndidamente?

LYCÓNIDES

Me parece haber oido hablar á álguien...

ESTRÓFILO

¿No es mi amo ese que veo?...

LYCÓNIDES

¿No es Estrófilo mi esclavo?...

ESTRÓFILO

El mismo es.

LYCÓNIDES

Pues no es otro sino él.

ESTRÓFILO

Acerquémonos á hablarle.

LYCÓNIDES

Avancemos. Supongo que, según mis órdenes, habrás visto á la anciana nodriza de Fedra.

ESTRÓFILO

¿Por qué no he de decirlo? ¿por qué no he de contarle yo la gran riqueza que la fortuna me ha deparado?... Y además, debo en el acto pedirle que me *manumita*. Me decido, pues, á hablarle. (*Alto.*) Me he hallado...

LYCÓNIDES

¿Qué te has hallado?

ESTRÓFILO

Nada de eso que hace que los chiquillos lancen gritos de alegría, cuando lo encuentran en una haba.

LYCÓNIDES

¿Empiezas ya con bufonerías según tu costumbre?

ESTRÓFILO

Poco á poco, señor: yo me explicaré. Escuchad.

LYCÓNIDES

Ea, ya estás explicándote.

ESTRÓFILO

Me he hallado hoy, señor, una riqueza inmensa.

LYCÓNIDES

¿En dónde?

ESTRÓFILO

Una marmita llena de oro que pesa cuatro libras.

LYCÓNIDES

¿Qué oigo?

ESTRÓFILO

Se la he pescado al viejo Euclión.

LYCÓNIDES

¿Y dónde tienes ese dinero?

ESTRÓFILO

En un arca en la casa. Ahora os demando que me concedais mi libertad.

LYCÓNIDES

¿Que te otorgue la libertad, costal repugnante de crímenes?...

ESTRÓFILO

Vaya, señor... conociendo vuestras ma-

ñas me he complacido en probaros: de seguro ya estábais dispuesto á arrebatármelo. La verdad, ¿qué hubierais hecho si me la hubiera hallado en efecto?

LYCÓNIDES

¿Te vas á venir ahora con socarronerias?.. Ya estás trayendo aquí esa marmita, en un vuelo.

ESTRÓFILO

¿Que la traiga?...

LYCÓNIDES

Que la traigas, si, para devolvérsela á ese hombre.

ESTRÓFILO

¿Y de dónde la voy á sacar?

LIYCÓNIDES

Del arca, donde poco há confesaste que la tenías.

ESTRÓFILO

Pero, ¡por Hércules! si son bromas mías...

LYCÓNIDES

¿Sabes bien lo que te espera?

ESTRÓFILO

Matadme si quereis; pero ni una pa-

labra más conseguireis arrancarme.

. . . . . .

SUPLEMENTO DE CODRO URCÉO (8).

LYCÓNIDES

Que quieras que nó, como yo te haga colgar en el palo atado de piés y manos, bien abierto de piernas, so tunante .. Pero ¿por qué me contengo en apretar los fauces á este pillastre? ¿Por qué no le hago echar el alma por la boca?... ¿Me la dás? Dí sí ó nó. *(Cogiéndole del cuello.)*

ESTRÓFILO

Bien, bien, os la daré.

LICÓNIDES

Pero ha de ser inmediatamente.

ESTRÓFILO

La tendreis... ¡mas dejadme respirar!... ¡ay! ¡ay! (*Despues de soltarle Lycónides.*) ¡Pero, señor! ¿qué quereis que yo os entregue?

LYCÓNIDES

¿Pues acaso lo ignoras, bribonazo?... ¿Osarás negar, cuando me lo has dicho,

hace un momento, que habias robado una marmita con cuatro libras de monedas de oro?... ¡Hola, azotadores!!!..

ESTRÓFILO

¡Dos palabras, señor!

LYCÓNIDES

No hay palabras que valgan. ¡A mi, azotadores! Pronto.

AZOTADORES

¿Qué quereis?

LYCÓNIDES

Que prepareis unas cadenas.

ESTRÓFILO

Escuchadme, señor, un momento; un momento, y después podreis condenarme, si gustais.

LYCÓNIDES

Te oigo pues; pero pronto lo que hayas de decir.

ESTRÓFILO

Señor, si ordenais que me torturen hasta darme muerte ¿qué vais á conseguir con esto? Por de pronto perdereis un esclavo, y no lograreis lo que anhelais. En cambio, si me ofreciéreis mi libertad, como premio, haríais de mi cuanto qui-

siérais, y se verían satisfechos vuestros deseos. La naturaleza ¡ay! nos ha hecho á todos libres, y por natural instinto apetecemos todos la dulce libertad. El peor, el más afrentoso de todos los males es la servidumbre: por eso Júpiter comienza por hacer esclavo al mortal á quien aborrece.

LYCÓNIDES

Y en verdad, que no discurre mal.

ESTRÓFILO

Escuchad ahora lo que sigue. En esta nuestra edad son los amos por todo extremo codiciosos, son verdaderos Harpagones, Harpyias y Tántalos. Pobres en medio de su opulencia, como yo digo, perecen de sed en medio del vasto Océano, y no hay para ellos nunca riquezas bastante suficientes; ni los de Creso, ni los de Midas, ni todos los tesoros de la Persia bastarían á saciar el ansia infernal de los tales señores. Ellos se comportan inicuamente con los míseros siervos, y los siervos les corresponden con la misma iniquidad; mientras que si las cosas se hicieran de otra manera, por ambas partes, no podría menos de suceder lo que sería justo. Pero no; la reposteria, la despensa, los armarios, todo lo encierran bajo cien llaves estos viejos miserables; y cosas que en la vida dan ellos á gustar ni aún á sus mismos hijos, las escamotean para sí los es-

clavos diestros, astutos y rateros, abriendo las cerraduras con doscientas llaves falsas: que roban, que engullen y devoran y ni con todas las horcas del mundo se conseguirá que confiesen sus numerosos latrocinios. Así la audaz esclavitud se venga de su estado con semejantes burlas y trapacerias. Como que solo la generosidad podría hacer que los esclavos fueran servidores fieles y leales.

LYCÓNIDES

Has hablado bien, aunque no poco, como prometiste. Más veamos; si te otorgo la libertad, ¿me entregarás tú á mi lo que deseo?

ESTRÓFILO

Te lo entregaré. Pero necesito que pactemos ante testigos; y perdonadme, mi amo, esta desconfianza.

LYCÓNIDES

Enhorabuena. Vengan cien testigos, si quieres. Consiento en ello.

ESTRÓFILO

(*Llamando.*) ¡Eunomia! ¡Megadoro! Venid, os ruego, si lo teneis á bien. Salid y á seguida os marchareis, pues pronto quedará terminado nuestro convenio.

MEGADORO

¿Quién nos llama? Aquí me tienes, Lycónides.

EUNOMIA

Aquí me tienes, Estrófilo, ¿qué ocurre? Hablad.

LYCÓNIDES

Es asunto breve.

MEGADORO

¿Qué hay?

ESTRÓFILO

Os llamo para servir de testigos. Si yo traigo á este sitio una marmita repleta de oro, de peso de cuatro libras y se la entrego á Lycónides, él me manumitirá y quedaré dueño de mi persona. ¿No me lo prometes así?

LYCÓNIDES

Te lo prometo.

ESTRÓFILO

(*Á Megadoro y á Eunomia.*) ¿Habeis oido bien lo que ha dicho?

MEGADORO

Lo hemos oído.

ESTRÓFILO

Pues júramelo ahora por Júpiter.

LYCÓNIDES

(*Aparte.*) ¡A qué cosas me está obligando mi compasión por la desgracia ajena! (*A Estrófilo.*) Eres un insolente.—(*Aparte.*) Sin embargo, hagamos lo que exije.

ESTRÓFILO

¡Ah, señor! la buena fé no es la que más abunda en nuestros tiempos. Se redactan escrituras, comparecen testigos, el notario consigna la fecha y el lugar, y con todo nos encontramos luego con un hábil que nos lo niega todo con su retórica.

LYCÓNIDES

A ver si quieres que terminemos pronto.

ESTRÓFILO

Toma: ahí tienes ese pedazo de pedernal.

LYCÓNIDES

«Si yo te faltáre, de mala fé, que Júpiter me arrebate todos mis bienes, sin que la ciudad sea turbada por la guerra, como yo dejo caer este pedernal!» Estás ya contento? He hecho cuanto has exigido.

ESTRÓFILO

Estoy satisfecho: y ahora mismo voy á traer el dinero.

LYCÓNIDES

Vuela con las alas del Pegaso, y devora el espacio cuando vengas.

Escena II

LYCÓNIDES, ESTRÓFILO, MEGADORO
EUCLIÓN, EUNOMIA

LYCÓNIDES

Cosa pesada es para un hombre decente un semejante siervo razonador, que quiere saber más que su dueño. Pero vaya á la horca el tal liberto Estrófilo con tal que me traiga esa marmita rellena de oro puro. Me propongo enjugar las lágrimas de mi suegro Euclión y devolverle su alegría, á fin de lograr la mano de esa hija suya, que acaba de dar á luz un hijo, de quien yo soy el padre. Pero he aquí á Estrófilo que viene cargado Me parece que trae la dichosa marmita. La trae efectivamente.

ESTRÓFILO

Aquí tienes mi hallazgo, según lo convenido: ¡una olla de oro, de cuatro libras! ¿He tardado mucho?

LYCÓNIDES

¡Dioses inmortales! ¡qué es lo que veo!

¡qué espléndido tesoro! más de tres ó cuatro veces seiscientos filipos de oro. Llamemos, llamemos sin tardanza á Euclión. ¡Euclión! ¡Euclión!

MEGADORO

¡Euclión! ¡Euclión!

EUCLIÓN

¿Qué hay?

LYCÓNIDES

Bajad. Los dioses os protegen. Tenemos en nuestro poder la marmita.

EUCLIÓN

¿La teneis de verdad... ú os burlais?

LYCÓNIDES

Os afirmamos que está en nuestro poder: acudid, bajad volando.

EUCLIÓN

¡Oh, gran Júpiter! ¡oh, Dios de mi hogar! ¡oh, Juno! ¡oh, tú, Alcides, descubridor de los tesoros!: al fin os habeis apiadado de éste mísero anciano. ¡Ay, olla queridita, con cuanto gusto te estrecha tu antiguo amigo sobre su corazón: con qué delicia te beso! Nunca me hartaré de darte abrazos. ¡Oh, mi esperanza! ¡oh, mi vida! al fin mi duelo se disipa.

LYCÓNIDES

(*Aparte.*) Crei siempre que la falta de dinero constituía una gran desgracia para todo el mundo, niños, hombres y viejos: pues la indigencia prostituye á los jóvenes, obliga á robar á los hombres y reduce á la mendicidad á los ancianos; pero, por lo que veo, es todavia peor... tener más dinero que el necesario. ¡Cuántas amarguras no ha causado al bueno de Euclión la pérdida de su marmita!

EUCLIÓN

¿Y á quién deberé yo mostrar mi gratitud más merecidamente?: ¿á los dioses que no abandonan á los hombres honrados, ó á mis bravos amigos, ó á las unos y á los otros juntamente? Si, á los unos y á los otros. Y en primer lugar á ti, mi querido Lycónides, principal autor de tan gran beneficio... Yo te regalo, pues, mi tesoro: acéptalo de buen grado: yo quiero que te pertenezca, del propio modo que mi hija, y lo declaro en presencia de Megadoro y de su hermana la estimable Eunomia.

LYCÓNIDES

Contad, Euclión, mi querido suegro, con mi debido reconocimiento.

EUCLIÓN

Me lo probarás cumplidamente, si de

buena voluntad quieres recibir mi regalo al mismo tiempo que mi persona.

LYCÓNIDES

Recibo el uno y la otra, y quiero que sea mi casa de Euclión.

ESTRÓFILO

Todo no está concluído. Acordaos que me debeis mi libertad.

LYCÓNIDES

Tienes razón. Sé libre, Estrófilo: te lo has merecido. Márchate dentro á seguir preparando la cena, aún no concluida de aderezar.

ESTRÓFILO

(*Al público.*) Espectadores! el avaro Euclión ha cambiado de carácter: súbitamente se ha tornado liberal y generoso...

Ahora, vosotros, mostrad
vuestra generosa gracia.
y, si el drama os ha gustado,
aplaudid con toda el alma,

FIN DE LA COMEDIA LA MARMITA.

LOS CAUTIVOS

PERSONAJES DEL DRAMA

El parásito Ergásilo.
El anciano Hegión.
El lorario ó Corrector.
Filócrates y Tíndaro } *Cautivos.*
Aristofonte.
Un siervo de Hegión.
Filopolemo.
Estalagmo.

La escena tiene lugar en Calydon de Etolia.

LOS CAUTIVOS

PRÓLOGO

EL JEFE DE LA CATERVA, *en traje de prólogo.—Tíndaro y Filócrates, encadenados, delante de la casa de Hegión.)*

Esos dos *Cautivos* que veis ahí de pie... (*señalando á Tíndaro y á Filócrates*) esos dos cautivos que están ahí de pie... están de pie, y no están sentados. Vosotros me sois testigos de que yo no miento.—El viejo Hegión, que habita en esa casa (*indicándola*) es el padre de este de acá (*señalando á Tíndaro.*)—Pues, ¿cómo se encuentra en calidad de cautivo, direis vosotros, en la

casa misma de su propio padre?—Eso es lo que, por vía de introducción, me propongo esplicaros, si os dignais prestarme vuestra atención.

Tenia Hegión dos hijos. Era el uno de ellos niño de cuatro años, cuando le fué robado por un siervo suyo, que se huyó con él á la Elida, y lo vendió al padre de este otro cautivo (*apuntando con el dedo á Filócrates*). ¿Quedais enterados? Perfectamente... Pero uno que está allá en lo último *de la cávea* me significa que no me ha oido bien... Pues, oye: acércate más: y, si no encontrares lugar donde sentarte, lo tendrás donde pasearte... ¡Vaya! por estos así los pobres histriones nos veriamos reducidos á pedir una limosna. Si te crees que por darte á ti gusto tengo yo el deber de reventarme... ¡te equivocas! — Á vosotros, ¡oh, ciudadanos! los que por razon de vuestra fortuna podeis estar inscritos en los libros de los censores, á vosotros debo el resto de la historia, y voy al punto á pagaros mi deuda.

Pues, como deciamos, el pícaro del esclavo, que se escapó, llevándose al niño

pequeñuelo de su amo, lo vendió al padre de este otro (*señalando otra vez á Filócrates*); y el hombre, apénas lo hubo comprado, se lo regaló en peculio á su hijo: como que ambos eran de la misma edad próximamente... y ahora vedle aquí (*mostrando á Tíndaro*) de siervo en la casa de su padre, ¡y el padre sin saberlo! ¡Míseros mortales! los dioses nos hacen rodar como una bola.

Ya sabeis de qué manera el viejo perdió á uno de sus hijos. Pues el otro hallábase, no há mucho, en el ejército de Etolia, combatiendo contra los eléos, cuando por uno de aquellos accidentes tan comunes en la guerra, ha sido hecho prisionero y vendido en Elida al médico Menarco; Hegión compra desde entonces cuantos prisioneros puede de aquel país, con la esperanza de librarlo por medio de un canje;—¡y sin saber que es un hijo suyo este que ahora tiene en la casa!

Ayer mismo se enteró que entre los prisioneros eléos venía un caballero de familia rica y distinguida; y, sin reparar en precio,—como que su único anhelo es re-

dimir á su hijo, volverle á ver entrar en su hogar,—compró al cuestor esos *dos cautivos*, que formaban parte del botin.

Á su vez los dos cautivos han ideado una estratagema, por medio de la cual, el esclavo proporcionará la evasión á su amo, cambiándose recíprocamente los nombres y los trajes. El de acá (*señalando á Tíndaro*) se llamará Filócrates; y aquel otro (*indicando á Filócrates*) tomará el nombre de Tíndaro: cada uno de ellos va á pasar por el otro en el día de hoy. El joven esclavo conducirá con exquisita habilidad el artificio hasta conseguir la libertad de su dueño; y sucederá más:—que su ardid salvará también al hermano suyo prisionero de los eléos, el cual será restituido á su anciano padre y á su patria, y todo... ¡por una casualidad!: es decir, que en esta, como en otra multitud de ocasiones, antes se deberá el bien á la casualidad que á la prudencia de los hombres.—Así tienen fraguada su estratagema estos cautivos, sin pensar en más consecuencias, sino en que se quede aquí el joven esclavo; y se quedará... ¡siendo siervo de su propio pa-

dre! ¡ignorando que se halla reducido á la esclavitud en su misma casa paterna!... Desdichada humanidad! y qué poca cosa somos, si bien en ello se reflexiona!

Ya sabeis lo que nosotros vamos á representar, como si fuera un hecho real; pero que para vosotros no será más que una fábula. Y á propósito, necesito añadir dos palabras, con el objeto de haceros una advertencia. Sabed que esta comedia no será indigna de vuestra atención: esta pieza es de un género enteramente nuevo: en ella no oireis frases impúdicas, de esas que no pueden repetirse; ni hay en esta fábula perjuro mercader de esclavos, ni maliciosa cortesana, ni militar fanfarrón. —Tampoco vayais á alarmaros, por lo que os he indicado de la guerra de los etólios con los eléos: ellos combatirán léjos de la escena, muy léjos de aquí. Sería una imbecilidad que nosotros, cuyos papeles son de actores cómicos, quisiéramos á la vez hacer pasos de tragedia. Con todo, si alguno de los presentes se encuentra deseoso de peleas, que promueva riña con cualquiera; y si dá con un adversario, por

poco que sea, algo más valiente que él... yo contra él me pondré de su parte; y se trabará una tan tremenda que á buen seguro ha de perder para siempre la afición á tales espectáculos.

Y, con esto, me retiro... ¡Jueces equitativos en la paz, valerosos soldados en la pelea... yo os saludo!

ACTO PRIMERO

Escena primera.

ERGÁSILO, EL PARÁSITO.

Los jovenes se divierten dándome el nombre de *ramera* (*scortum*), porque en los banquetes soy siempre comensal INVOCATUS (*no-invitado*). Estos burlones de oficio se creen sin duda ellos mismos que me dicen una simpleza, y yo afirmo que no lo és. Y si nó, juzgad vosotros mismos: ¿no es cierto que todo amante cuando tiene que echar en la mesa los dados á la suerte, INVOCA ante todo á su QUERIDA? Luego las rameras (SCORTA) son *invocadas*. (INVOCATA.) ¿Si ó no? Evidentísimamente.—¿Y los parásitos? ¡Por Hércules! los parásitos con mucha más razón se pueden llamar INVOCATI (nó-invitados); á los parásitos nadie nos invita ni deja de invitarnos; y, sin embargo, nos colamos como los ratones, para engullir en todas partes de la comida ajena. Mas ¡ay! tambien cuando llegan las vacaciones y temporadas de campo, viene la suspensión de

ejercicio para nuestras mandíbulas; y, así como los caracoles durante los calores languidecen en su concha, alimentándose de su propio jugo, porque no les cae entonces el rocío, tal los pobres parásitos en el tiempo de vacaciones viven encerrados en sus conchas, nutriéndose de sus propias carnes mientras que se recrean en sus granjas los ricos en cuyas casas engullen por costumbre. ¡Ah! Durante esta muerta temporada, el parásito se queda consumido, escuálido como lebrel de caza; pero vuelve la época de los negocios, y tórnase de nuevo mastín de raza vigorosa... ladrando por devorar.... Por lo demás, el oficio tiene en verdad sus sufrimientos, el parásito debe estar dispuesto siempre á recibir bofetadas, siempre dispuesto á dejarse estrellar cacharros y copas sobre su cabeza. Sin ésto .. por ¡Hércules! que se eche el saco de mendigo á la espalda, y se vaya á la Puerta Trigémina. ¡Y cómo me temo que sea ésta la suerte que me esté reservada!... Mi REY, (1) mi anfitrión ha caido en manos de los enemigos.—(Porque sabed que se hallan en guerra los etolios con los de la Elida: la Etolia es ésta).—Pues bien, los eléos han hecho prisionero á Filopólemo, hijo del anciano que habita en esa morada (*señalándola*), morada que para mí es un objeto de dolor, casa que no pueden mirar mis ojos sin derramar copiosas lágrimas.—El

mísero viejo, por causa de la pérdida del hijo, se ha entregado á una ocupación poco decorosa y que repugna á su carácter: se ha dedicado al comercio de cautivos, á ver si le es dado hallarse con uno con quien pueda canjear á su hijo querido.—Voy ahora á visitarle.... Mas veo que se abre la puerta por la que yo tantas y tantas veces he salido saturado de ricos manjares.

Escena II

HEGIÓN, EL SIERVO CORRECTOR, ERGÁSILO.

Los dos Cautivos en el fondo de la escena. Esclavos cerca de la casa.

HEGIÓN (*Al corrector*).

¡Hola! escucha. A estos dos prisioneros que compré ayer á los cuestores, en la venta del botín, pónles cadenas por separado, y quítales esos pesados hierros conque los tienes sujetos: permiteles que se paseen en el interior de la casa ó en sus alrededores, si lo desean; pero sin que se les pierda un momento de vista: hombre libre cautivo es como ave salvaje... con una ocasión que se le presente de huir, la aprovecha, y, cuando el pájaro

ha volado, es ya de todo punto imposible el atraparlo.

EL CORRECTOR

Ni un solo hombre habrá, á fe mia, que no prefiera la libertad á la servidumbre.

HEGIÓN

¡Hola!... pues hasta ahora no me habias mostrado que tenias tal opinión.

EL CORRECTOR

¡Como hasta hoy no he tenido con qué compraros mi libertad!... ¡Si quisierais que os *pagara* con los talones... ya veriais!...

HEGIÓN

Pues te advierto que si alguna vez ensayas *pagarme* de esa suerte... yo sé tambien la *ganancia* que debo proporcionarte.

EL CORRECTOR

Imitaria al ave de que hablabais hace poco.

HEGIÓN

Guárdate no sea que yo, para que la imites mejor, te haga encerrar en una jaula.. ¡Vaya, vaya! basta de conversación, y cuídate de cumplir lo que he ordenado. ¡Márchate de aquí!

ERGÁSILO—(*Aparte*).

¡Con cuántas veras le pido á los dioses que logre lo que desea, porque si ha perdido irremisiblemente á su hijo... ¡ah! entonces yo, pobre parásito, soy tambien hombre perdido! De esta juventud nada puede uno esperar: son unos completos egoistas. Sólo podía exceptuarse al excelente hijo de Hegión: él era el único que conservaba las costumbres de la edad de oro: ni una sola vez le desarrugué la frente, sin ser inmediatamente recompensado. Y el padre es, en verdad, una buena persona, un padre digno de tal hijo.

EGÍÓN.—(*Aparte.*)

Voy á llegarme á la casa de mi hermano, á ver si mis otros cautivos han estado en orden, durante la noche, y me vuelvo en seguida á la casa.

ERGÁSILO.—(*Aparte.*)

Duéleme que este buen anciano, por amor á su hijo, se vea precisado á desempeñar el oficio de carcelero; pero... si no hay otro medio de que consiga su noble propósito, que ejerza aunque sea el oficio de verdugo...

HEGIÓN

¿Quién habla ahí?

ERCÁSILO.—(*Con aire compungido.*)

Soy yo, que me consumo de tristeza; yo que me siento enflaquecer, languidecer, debilitarme, perecer miserablemente: me he quedado en el hueso y el pellejo de puro escuálido. Nada de lo que cómo en mi casa me satisface; y cualquier pequeña cosa que me dan en la ajena. . ¡me sienta tan bien!...

HEGIÓN

Que los dioses te guarden, Ergásilo.

ERGÁSILO

Ellos te protejan, Egión.. (*Lloriqueando.*) ¡hi! ¡hi!...

HEGIÓN

No llores, hombre.

ERGÁSILO

¡Que no le llore! ¡Que no llore yo á aquel joven incomparable!

HEGIÓN

Siempre te he tenido por un verdadero amigo de mí hijo, y sé cuanto él te estimaba tambien.

ERGÁSILO

No conocemos el precio de un bien, sino cuando lo hemos perdido. Yo hoy lo ex-

perimento. Hasta que tu hijo ha sido cautivado por los enemigos no he apreciado lo mucho que valía

HEGIÓN

Pues si un estraño se querella de tal manera de su desgracia, considérese cuanta será la aflicción de un padre de quien era el único hijo.

ERGÁSILO

¿Yo extraño á él? extraña el á mí? No me lo digas, Hegión, y sobre todo, guárdate de creerlo. Tú le amabas como hijo único; ¡oh! pues para mí era más que único, más que todo cuanto hay único en el mundo.

HEGIÓN

Alabo que sientas como desgracia propia la desgracia de tu amigo. Pero, vamos, ten ánimo.

ERGÁSILO

¿Y cómo he de tenerlo, viendo en la inacción mi bizarro *ejército masticador?*...

HEGIÓN

Pero qué ¿no has encontrado aun quien quiera tomar á su cargo el mando de ese tu *desocupado ejército?*

ERGÁSILO

El mando, que á tu querido Filopólemo

le había tocado en suerte,—desde que él se halla cautivo, ¿podrás creerlo? no ha habido ni uno que quiera aceptarlo.

HEGIÓN

¡Por Pólux! y ¿cómo hemos de maravi, llarnos de que todos rehusen ese mando- si tú has menester en tu ejército un sin número de tropas de todas las regiones? Tú has de llevar en él ante todo á los *pistorienses*, que se dividen en bandas numerosas; luego necesitas á los *panicéos* y *placentinos;* luego á los *turdetanos* y *ficedulenses;* y por último á un sin fin de *tropas marítimas*, sin las cuales te es imposible pasar de manera alguna (1).

ERGÁSILO

¡Ved como los grandes genios languidecen en la oscuridad: un general como yo, y privado sin embargo de empleo!...

HEGIÓN

Consuélate, hombre, me halaga la esperanza de volver á ver á mi hijo dentro de pocos días. ¿Ves ahí á ese prisionero? pues es un joven de Eléa, de familia noble y pu-

(1) En este pasaje los nombres geográficos *panicéos*, *placentinos*, *turditanos*, etc. tienen un doble sentido; pues recuerdan ciertos *pueblos* y á la vez ciertos *manjares* ó cosas de comer: *panis* el pan, *placenta* la torta, *turdus* el tordo, etc.

diente, y me prometo que hemos de estipular un cambio.

ERGÁSILO

¡Los dioses y las diosas lo permitan!

HEGIÓN

Vaya ¿dónde estás hoy invitado á comer?

ERGÁSILO

En ninguna parte, que yo sepa. ¿Por qué me lo preguntas?

HEGIÓN

Porque hoy es el día de mi natalicio y deseaba convidarte.

ERGÁSILO

¡Con qué gracia lo has dicho!...

HEGIÓN

¡Pero, amigo, te has de contentar con poco!...

ERGÁSILO

Con tal que no sea *muy poco*... pues con «*esa comida*» me regalo yo en mi casa todos los días.

HEGIÓN

Vamos, decídete. ¿Quedamos convenidos?

ERGÁSILO

«*Queda hecho el trato; pero con reserva de*

poder aceptar otros ofrecimientos si se me hicieran tales que á mi juicio y al de mis amigos fueran preferibles.» Me doy á ti mediante condiciones, como si consumáramos la venta de un *fundo*.

HEGIÓN

¡Un *fundo!*... ¡una sima *sin fondo* es lo que tu acabas de adjudicarme.—De todas maneras, si has de venir, que vengas á la hora oportuna.

ERGÁSILO

Por mi parte ahora mismo estoy dispuesto.

HEGIÓN

Vé á ver ántes si puedes por ahí cazar una liebre; porque aquí no te espera más que un erizo; ya sabes mi régimen; habitualmente sigue una senda escabrosa.

ERGÁSILO

No has de lograr arredrarme por eso, querido Hegión: es trabajo perdido. Vendré entonces *con los dientes calzados*.

HEGIÓN

Mira que mi comida es áspera y mala...

ERGÁSILO

Por vida mia; ¿tienes acaso por costumbre comer abrojos?

HEGIÓN

Es que en mi mesa hace el gasto la tierra...

ERGÁSILO

La tierra produce jabalíes...

HEGIÓN

Y tambien muchas legumbres...

ERGÁSILO

Pues te las guardas para cuando haya enfermos en tu casa.—¿Tienes algo que ordenarme?

HEGIÓN

Que no vengas muy tarde.

ERGÁSILO

¡Bah! eso se llama *advertir* al hombre *advertido*. (*Vase*)

HEGIÓN

Me vuelvo hacia dentro á tirar un pequeño cálculo del dinero, (y no será ya mucho), que aun me debe quedar en la casa de mi banquero; y, á seguida, como dije hace poco, me marcharé casa de mi hermano.

ACTO SEGUNDO

Escena primera

EL CORRECTOR Y LOS CAUTIVOS, FILÓCRATES Y TÍNDARO.

Otros esclavos de Hegión.

EL CORRECTOR

Puesto que los inmortales dioses han querido haceros probar esta miseria, es preciso sufrirla resignadamente: no hay otro modo de mitigarla. Vosotros erais de condición libre en vuestro país segun entiendo: pues, si ahora os veis reducidos á la servidumbre, no hay más sino conformaros con vuestro estado, y obligar al señor, con vuestra conducta humilde, á que os trate con dulzura. Cualquier cosa, que haga el señor, está siempre bien hecha... ¿entendeis? aunque sea una indignidad.—(*Lloran los dos cautivos*).—Vamos á ver: y de ¿qué os va á servir ese llanto? un

mal de ojos que añadireis á los demás. En la adversidad el recurso más eficaz es tener buen ánimo.

FILÓCRATES

¡Vernos cargados con estas cadenas!... ¡qué vergüenza para nosotros!...

EL CORRECTOR

Y, ¡qué disgusto para el amo si os hicera soltar esas ligaduras, y os permitiera estar á vuestra libertad... despues de haberos comprado por tan buenas monedas!

FILÓCRATES

¿Pues qué podria temer? Nosotros sabríamos bien cuál era nuestro deber, si él se fiára de nosotros.

EL CORRECTOR

Ya lo creo: huir. Conozco perfectamente vuestro deseo.

FILÓCRATES

¿Huir nosotros? ¿y adónde?

EL CORRECTOR

¡Toma! á vuestro país.

FILÓCRATES

¡Qué indignidad! ¿Personas como nosotros iríamos á imitar á unos esclavos fugitivos?

EL CORRECTOR

¿Y por qué no? Si la ocasión se presentara, yo os aconsejo que la aprovecheis.

FILÓCRATES

Quisiéramos, amigos, que nos concediérais un solo favor.

EL CORRECTOR

¿Qué es lo que quereis?

FILÓCRATES

Que nos permitais hablar un momento solos, sin la presencia de éstos (*indicando á los esclavos que están en el fondo del teatro*), y sin la de vosotros (*señala al Corrector y á sus compañeros*).

EL CORRECTOR

Concedido. (*Á los cautivos,*) Alejaros de aquí. (*Á los esclavos.*) Y nosotros retirémonos un poco — (*Á Filócrates*) Pero os advierto que la conversación ha de ser breve.

FILÓCRATES

Es asunto de un momento. Tíndaro, acércate por aquí.

EL CORRECTOR.—(*Á los demás.*)

Apartaos del lado de ellos.

TINDARO.—(*Á los mismos,*)

Os estaremos eternamente agradecidos

á este favor que colma nuestro deseo.

FILÓCRATES.—(*Á Tíndaro*).

Vente por este lado, te he dicho.—Es indispensable que esta gente no nos escuche ni una sola palabra, que no puedan apercibirse en lo más mínimo de nuestro plan. La astucia no es astucia si no se emplea con toda perfección; y se convierte en una desgracia tremenda, si llega á descubrirse. Si nosotros convenimos en pasar yo por tu esclavo y tu por mi señor, es preciso que obremos con constante atención y con prudencia; que la cosa se haga con entera habilidad, con serenidad completa, como hombres de entendimiento y de corazon. La empresa es difícil y es menester no dormirse ni un solo momento.

TÍNDARO

E spero que quedareis satisfecho de mí

FILÓCRATES

Así me lo prometo.

TÍNDARO

Lo veis que por salvar vuestra persona, que me es tan querida, arriesgo yo mi cabeza que no me es menos aprecible.

FILÓCRATES

Y sé muy bien

TINDARO

Si lo sabeis, señor, acordaros de ello, cuando hayais conseguido vuestro intento. La mayoría de los hombres mientras andan en pretensiones de una cosa son todos sujetos excelentes: pero despues del deseo cumplido, la bondad se trueca en deslealtad é indigna perfidia. No lo digo por vos; hasta ahora no tengo el menor motivo de recelo respecto de vuestros sentimientos; lo que os acabo de manifestar á mi mismo padre se lo hubiera advertido tambien.

FILÓCRATES

¡Por Pólux! Á tí si que me atreveria yo á llamarte mi padre, porque realmente estás siendo un segundo padre para mí, querido Tindaro.

TÍNDARO

Vamos, ya escucho tus *órdenes*.

FILÓCRATES

No sé cuantas veces tengo que repetírtelo para que lo grabes en tu memoria: yo *no soy* tu amo; *soy tu esclavo*. Puesto que los dioses han querido que, despues de haber sido tu señor, sea hoy tu compañero de cautiverio, en lugar de mandarte, como antes lo hacia por mi derecho, ahora te suplico con toda mi alma, por el infortunio á que me ves reducido, por las

bondades de mi padre para contigo, por la comun servidumbre á que nos ha sujetado el brazo del enemigo, que no me guardes en estos momentos ningún género de respetos ni de consideraciones: ni más ni menos que como yo no te los dispensaba cuando te hallabas á mi servicio. —Acuérdate bien de ello: no te olvides ni un solo momento de lo que eras antes y de lo que eres en la actualidad.

TÍNDARO

De que yo soy vuestra persona y vos sois la mia ¿no es esto?

FILÓCRATES

Exactamente. Si puedes fijarlo bien en tu memoria, debemos prometernos un éxito feliz en nuestra empresa.

Escena II.

HEGIÓN, FILÓCRATES, TÍNDARO.

HEGIÓN.—(*Saliendo de su casa y hablando á los que se hallan dentro.*)

Me volveré á entrar tan luego como averigüe de ellos lo que deseo saber. (*Á los esclavos.*) ¿Donde están esos á quienes dije que se les tolerara pasear por los alrededores de nuestra casa?

FILÓCRATES.—(*Presentándose á Hegión,*)

¡Por Pólux! veo que para que no os cueste trabajo el buscarnos, habeis tomado vuestras precauciones, con estas cadenas, y los centinelas estos que nos rodean.

HEGIÓN

Para el que cree que puede ser burlado ¡ah! toda vigilancia es poca: y aún así, el que cree que está más en guardia corre el riesgo de ser engañado. ¿No os parece razón suficiente para que yo os custodie con el mayor cuidado el que me hayais costado tan crecida suma y el que yo haya dado mi dinero en moneda contante?

FILÓCRATES

Seguramente. Nosotros no debemos quejarnos, en verdad, porque nos hagais vigilar de este modo; pero tampoco, por vuestra parte, deberías llevar á mal el que nosotros, si se nos ofreciera la ocasión de huir, también la aprovecháramos.

HEGIÓN

¡Ay! Yo tengo un hijo prisionero en vuestro país, como vosotros lo estais en el nuestro.

FILÓCRATES

¿Prisionero?

HEGIÓN

Sí.

TÍNDARO

No somos, pues, los únicos que se han visto obligados á rendirse...

HEGIÓN.—(*Á Filócrates, que cree ser esclavo de Tíndaro.*)

Ven tú hacia acá: deseo dirigirte á solas algunas preguntas... ¡Y cuidado con engañarme!

FILÓCRATES

Te prometo lealmente decirte cuanto sepa: en cuanto á lo que ignore no podré hacer más que confesarte mi ignorancia.

TÍNDARO.—(*Aparte.*)

¡Ea! Ya tenemos á nuestro viejo en la *barbería*... ¡Mi amo le va á *hacer la barba*... de lo lindo!... ¡Ni siquiera me lo cubre con un peinador para no ensuciarle el traje!... ¿Y qué es lo que le irá á hacer?.. ¿lo irá á *afeitar* ó le va á *cortar el pelo* solamente?... Yo no lo sé; pero por mucha moderación que gaste, espero que lo *desollará* primorosamente.

HEGIÓN.—(*Á Filócrates.*)

Contéstame con franqueza: ¿qué es preferible para tí, ser esclavo ó ser hombre libre?

FILÓCRATES

La situación en que menos se sufre, se-

ñor, es siempre preferible; es verdad que hasta ahora no ha sido dura ni enojosa mi servidumbre; pues en mi patria gozaba de los miramientos que se tienen al hijo de familia.

TÍNDARO.—(*Aparte.*)

¡Preciosa contestación! Ya no daría yo un talento ni aun por el mismo famoso Tales; pues toda la ponderada sabiduría del filósofo de Mileto es nada en comparación con la de mi amo: ¡con qué discreción acomoda su lenguaje á la triste condición de esclavo!...

HEGIÓN.—(*Á Filócrates.*)

Dime: ¿de qué familia es ese Filócrates?

FILÓCRATES

De la familia *Polyplusiana*, que es de las más poderosas é ilustres de nuestro país.

HEGIÓN

Y á él ¿en qué consideración se le tiene?

FILÓCRATES

¿Á él? á él le dispensan las mayores atenciones los personajes primeros de la Elida.

HEGIÓN

¿Y su fortuna es tan grande como la consideración y el prestigio de que, según tú afirmas, goza entre los suyos?

FILÓCRATES

El viejo tiene el riñón bien cubierto.

HEGIÓN

¿Qué has dicho? ¿Vive su padre?

FILÓCRATES

Vivo lo dejamos cuando de allí salimos. Si está vivo ó muerto en este momento, Plutón es el único que puede saberlo.

TÍNDARO.—(*Aparte.*)

¡Nuestro asunto está salvado!... ¿Qué tal? ¡Cómo tambien el hombre *filosofa!* Ya veis que no es un embustero *vulgar*.

HEGIÓN. (*Á Filócrates.*)

¿Cómo se llama su padre?

FILÓCRATES

Thesauro-Chrysónico-Chriysides.

HEGIÓN

Sin duda le llamarán así por sus inmensas riquezas, ¿eh?

FILÓCRATES

Á causa de su avaricia y de su insolencia. Su verdadero nombre es Theodoromédo.

HEGIÓN

¿Qué dices? ¿Con que su padre es apretado?

FILÓCRATES

¡Por Pólux! Apretado y reapretado. Para que sepais qué clase de hombre es el tal viejo, figuraos que cuando hace una ofrenda á su dios Genio, no se sirve jamás sino de vasos de barro samio, temiendo que su Genio se los robe. Juzgad, pues, la confianza que le inspiraráu los demás.

HEGIÓN

Sígueme. (*Aparte*). Quiero hacer más preguntas á este otro. (*Se acercan ambos á Tíndaro, que el viejo cree ser Filócrates.*) Filócrates, tu esclavo es un buen muchacho. Me ha dejado satisfecho. Ya sé por él cual es tu familia, pues todo me lo ha confesado. Si me quieres tú ser ahora igualmente sincero, lograrás un buen resultado. No te olvides de lo que ya tengo averiguado por él.

TÍNDARO.—(*Creido Filócrates.*)

Hegión, mi esclavo ha cumplido con su deber, descubriéndote la verdad.,. Confieso que yo deseaba ocultar mi rango, mi nacimiento, mi fortuna;... pero habiéndolo yo perdido ya todo, patria y libertad, considero justo que él se muestre sumiso contigo más bien que conmigo: el hierro del enemigo ha hecho mi condición igual á la suya. En otro tiempo se hubiera mi-

rado más en las palabras; hoy ni aún en sus obras tiene que guardarme contemplaciones. ¿Qué quereis, Hegión? la fortuna dispone de los hombres y los oprime y avasalla á su antojo: yo era libre y héme ahora esclavo; he caído desde la posición más elevada á la más infame bajeza; yo estaba acostumbrado á mandar y ahora tengo que obedecer. Y si el amo que he encontrado es para mi tal como yo lo fuí para mi servidumbre, no tendré al menos que obedecer órdenes injustas ni violentas. Ya sabeis, pues, de lo que queria hablaros, contando con vuestro beneplácito.

HEGIÓN

Habla, habla sin temor, prosigue.

TÍNDARO

Pues bien: yo era libre como lo era tambien vuestro hijo; la mano del enemigo me ha arrebatado lo mismo que á él la libertad; él se halla reducido á la esclavitud en mi patria como yo lo estoy en la vuestra .. pues acordaros que *hay un Dios testigo de todas nuestras palabras y de todas nuestras acciones*, y que según como vos me trateis á mi en vuestra casa, así ese Dios velará por él en la Elida. El bienhechor obtiene su recompensa, pero tambien el que obra mal debe esperar el mal del propio modo. Como vos llorais á vuestro hijo,

asi mi padre se estará doliendo de la pérdida del suyo.

HEGIÓN

Todo eso lo sé muy bien. ¿Pero tú me confirmas todo cuanto este me ha revelado?

TÍNDARO

Sí, Hegión. Mi padre posee cuantiosas riquezas, y soy de noble origen. Pero yo os ruego encarecidamente que mi fortuna no excite vuestra codicia. Mi padre, aunque soy su hijo único, antes querría dejarme sirviendo en vuestra casa, vestido y alimentado á vuestras expensas, que verme en nuestro país vergonzosamente reducido á la mendicidad.

HEGIÓN

Gracias á la bondad de los dioses y á la virtud de mis padres, yo soy dueño de una buena fortuna. No soy tampoco de aquellos que consideran honrada toda clase de ganancia. He visto á muchas gentes hacerse ricas con enormes lucros; pero yo creo que en algunas ocasiones vale más perder que ganar. ¡Cuántas veces he maldecido el oro, reflexionando los horrendos crímenes que ha producido!

Prést ame una poca atención y sabrás cuáles son mis intenciones. Mi hijo se halla prisionero y esclavo en Elida; pues de-

volvédmelo y yo en cambio ni un dracma exigiré por tu emancipación ni por la de tu esclavo. A este solo precio os otorgo la estimada libertad.

TÍNDARO

Me parece vuestra proposición justisisima, y sois una persona excelente. Pero decidme: ¿vuestro hijo se encuentra empleado en el servício público, ó es siervo de algún particular?

HEGIÓN

Es esclavo del médico Menarco.

FILÓCRATES

¿De Menarco? ¡Por Pólux! pues si es un cliente de ese (*señalando á Tíndaro.*) La terminación de vuestro asunto es cosa tan fácil... como el que haya goteras cuando llueve.

HEGIÓN

Haz cuanto puedas por la redención de mi hijo.

TÍNDARO

Tened seguridad de ello. Pero quisiera pediros una gracia, Hegión.

HEGIÓN

Todo cuanto tú quieras con tal que no sea en contra de mis intereses.

TÍNDARO

Escuchad: vais á saberlo. No pretendo yo que me dejeis partir antes de que os sea devuelto vuestro hijo; pero quiero que me dejeis disponer de Tíndaro, fijando antes por él el precio que gusteis, y lo enviaremos á mi padre para que arregle con él el rescate de vuestro hijo.

HEGIÓN

Nó. nó; cuando se haya acordado una tregua, enviaremos mejor á otro cualquiera para que desempeñe todas las comisiones que querais.

TÍNDARO

Si enviais á cualquiera otro es como si nada hiciérais. Mi siervo Tíndaro es el que conviene que vaya, y yo os aseguro que, apenas haya llegado, quedará el negocio concluido. No podeis enviar á mi padre otro mensajero más fiel, ni que le inspire mayor confianza. Es su esclavo predilecto, y no hay nadie á quien pueda él entregar vuestro hijo más gustosamente.. No abrigueis el menor recelo: yo respondo de su fidelidad con mi cabeza. Cuento con toda seguridad con su lealtad, porque Tíndaro sabe el gran cariño que le profeso.

HEGIÓN

Bueno: pues fijaremos su precio, y le enviaremos bajo tu caución.

TÍNDARO

La acepto. Pero procedamos lo más pronto posible á la ejecución.

HEGIÓN

¿Quedamos convenidos en que, si no vuelve, tú tendrás que dar por él la cantidad de veinte minas? (cerca de 600 pesetas).

TÍNDARO

Queda resuelto y convenido.

HEGIÓN.—(*A los Lorarios.*)

Quitad los hierros á ese esclavo. (*Indicándoles á Filócrates.*) Desatádselos á los dos...

TÍNDARO

¡Que los dioses os colmen de beneficios, en remuneración del bien que nos dispensais, rompiendo generosamente nuestras cadenas! En verdad que no me disgusta tener mi cuello libre de esa maldita argolla.

HEGIÓN

Cuando se hace el bien á los buenos, el beneficio es fecundo para el bienhechor. Ya puedes enviar tu esclavo á Elida y darle instrucciones de todo cuanto debe decir á tu padre. ¿Quieres que le llame?

TÍNDARO

Llámalo.

Escena III

HEGIÓN, FILÓCRATES Y TÍNDARO

HEGIÓN

¡Ojalá que la cosa salga bien para mí, para mi hijo y para vosotros!... En calidad de amo nuevo tuyo te ordeno que ejecutes lo que te mande tu antiguo señor, con toda exactitud. Acabo de concertar el dejarte á su disposición, prévia una estimación de veinte minas.

FILÓCRATES

Por mi parte me encuentro favorablemente dispuesto, tanto por vos como por él. Ambos podeis manejarme como un aro: hacedme rodar por aquí, por allí, por donde querais. Estoy á vuestras órdenes.

HEGIÓN

Con ese bello caracter, con esa disposición á servir con solicitud, demuestras que entiendes tu verdadero interés. Vamos, sígueme. (*Á Tíndaro tenido por Filócrates.*) Ahí tienes al hombre.

TÍNDARO

Os agradezco infinito, Hegión, vuestra

lealtad concediéndome enviar á mi padre ese mensajero que podrá darle cuenta de mi situación, y explicarle lo que debe ejecutar en obsequio mio. (*Á Filócrates.*) *Tíndaro*, acabo de acordar con Hegión el enviarte á Élida á la casa de mis padres; y que si no vuelves, le indemnizaré con la suma de veinte minas, en cuya cantidad quedas valorado.

FILÓCRATES

No creo que habeis concertado ninguna insensatez, pues vuestro padre me recibirá perfectamente á mí, ó á cualquiera otra persona que vaya en vuestro nombre.

TÍNDARO

Pues quiero que fijes bien tu atención en lo que has de hacerle saber, inmediatamente que llegues á nuestra patria.

FILÓCRATES

Filócrates, emplearé en la gestión de este negocio el mismo celo que sabeis he desplegado siempre en todo lo que os interesa; estad seguro que os serviré con todo mi corazón, con mi alma toda y con todas mis fuerzas.

TÍNDARO

Eso es hacer lo que se debe. Pues óyeme bien. En primer lugar saluda de mi parte a mi padre y á mi madre, á mis parientes

y á cualquier amigo mio que te encontrares: díles que lo paso bien, y que he caido en las manos del más bondadoso de los hombres, el cual me ha tratado y me trata cada dia con la más extremada benevolencia.

FILÓCRATES

Recomendación supérflua, pues fácilmente me hubiera acordado por mi mismo de hacerlo.

TÍNDARO

Y que si no fuera porque tengo á mi lado quien me vigila, me creeria en plena libertad. Comunica por último á mi padre el pacto que Hegión y yo tenemos hecho con relación á lo de su hijo.

FILÓCRATES

Me estais diciendo todo cuanto sé perfectamente: vuestras explicaciones no sirven más que para retardarme.

TÍNDARO

Que mi padre le dé libertad y lo envie aqui á cambio de nosotros dos.

FILÓCRATES

Está bien, no se me olvidará.

HEGIÓN

Sobre todo, Tíndaro, que sea con la

mayor prontitud... pues á unos y á otros nos interesa grandemente.

FILÓCRATES

Creed, Hegión, que si grande es el deseo vuestro de ver á vuestro hijo, no menos impaciente estará él de abrazar al suyo....

FILÓCRATES.—(*A Tíndaro.*)

¿No teneis ninguna otra cosa que comunicarme para vuestro padre?

TÍNDARO

Asegúrale que quedo en buena salud. Puedes ¡oh, Tíndaro! añadirle que entre los dos no ha habido jamás la menor discordia: que no me has faltado en lo más pequeño; que no me has dado ni el más leve motivo de quejarme; que á pesar de mi desgracia, no has dejado de serme leal y obediente; que tu fé y tu celo no se han visto desmentidos en mis peligros é infortunios. Y estoy seguro que, cuando mi padre conoza tu conducta, no ha de ser tan avaro que rehuse el otogarte la libertad en agradecimiento; y si yo vuelvo, sabré hacerle que te la conceda con entera complacencia; pues á tus cuidados, á tu honradez, á tu virtud y á tu prudencia deberé el volverme á encontrar en el seno de mi familia. Tú me has proporcionado dicha tan inapreciable, descubriéndole á Hegión mi nacimiento y mi fortuna. Con

tu ingenio has roto las cadenas de tu señor. Esa es tu obra.

FILÓCRATES

He hecho con vos, señor, todo cuanto estais recordando, y os agradezco con todo mi corazón que no lo hayais olvidado. Pero, en verdad, vos mereciais que me comportase de tal manera; mas si yo hiciera del mismo modo mención del mucho bien que os debo, el día concluiria antes que mi relato: pues aunque la suerte os hubiera hecho mi siervo, no hubiérais podido tributarme deferencias más extremadas.

HEGIÓN

¡Qué corazones tan nobles, dioses inmortales!... ¡me hacen derramar lágrimas de enternecimiento!... Ved ahi una entrañable mútua amistad .. ¡Con qué alabanzas tan delicadas ha correspondido el esclavo á su señor!

FILÓCRATES

¡Por Pólux! los elogios que me prodiga no son ni la centésima parte de los que él merece.

HEGIÓN

Despues de haberle servido tan cumplidamente, se te ofrece la ocasión de coronar ¡oh, Tíndaro! tu bella obra, desempe-

ñando la misión que te ha confiado, con toda fidelidad.

TÍNDARO

No me es posible, Hegión, manifestar mi buena voluntad sino con mis obras, y procurando con ardorosa solicitud el éxito deseado. Y para convenceros de ello, pongo por testigo al poderoso Júpiter, de que nunca dejaré de ser fiel á Filócrates.

HEGIÓN

Eres un hombre de bien.

FILÓCRATES

Y que jamás dejaré de ejecutar en interés suyo lo mismo y del propio modo que en el mío.

TÍNDARO

¡Quiera el cielo que tus acciones y sus efectos correspondan á tus palabras! Y ya que no he dicho cuanto hubiera sido mi deseo... escucha sin incomodarte mis últimas advertencias: piensa bien, por los dioses te lo suplico, que bajo mi palabra, y mediante caución, se te envía á mi casa paterna, y que mi vida se queda en prenda de la tuya. No vayas á olvidarlo, despues que te alejes, dejándome aquí solo en la servidumbre, considerándote tú libre, no vayas á condenar al abandono á tu fiador, ni me descanses, ¡por los cielos!

hasta que traigas al hijo de este anciano para permutarnos. No olvides que son cincuenta minas que tendría que pagar si tú no parecieras; con que sé fiel, para el que te ha sido fiel, y que tu lealtad probada no se desvanezca nunca. Mi padre, estoy seguro, segurísimo, no faltará al cumplimiento de su deber. Conserva mi amistad que será eterna, y acepta la de este anciano que se te ofrece. Por esta tu mano que yo oprimo con la mía, con toda el alma te ruego que me pagues con la fidelidad que yo he tenido para contigo. Reflexiona, Tíndaro, que tú eres en estos momentos mi dueño, mi protector y mi padre. En tus manos pongo mi suerte y mis esperanzas.

FILÓCRATES

Basta, señor... ¿Quedareis contento con que se cumplan satisfactoriamente todos vuestros encargos?

TÍNDARO

Completamente.

FILÓCRATES

Pues yo os prometo que volveré y que se colmarán vuestros deseos. ¿No teneis más que ordenarme?

TÍNDARO

Que vuelvas cuanto antes, ya lo sabes.

FILÓCRATES

Eso no es menester advertirlo.

HEGIÓN.—(*Á Filócrates.*)

Sígueme, y haré que mi banquero te entregue dinero para el viaje, y al mismo tiempo iré á recoger un papel casa del pretor.

TÍNDARO

¿Qué papel?

HEGIÓN

Un documento que debe presentar á la gente del ejército para que le permitan el paso para la Elida.—Tú (*Á Tíndaro*) éntrate en la casa.

TÍNDARO.—(*Á Filócrates.*)

¡Que lleves un viaje feliz!

FILÓCRATES

¡Que el cielo os conserve en completa salud!

HEGIÓN.—(*Aparte.*)

¡Por el dios Pólux que he asegurado mi fortuna, comprando estos *Cautivos* á los cuestores, en la venta del botín! Me parece, ¡loados sean los dioses! que tengo redimido á mi hijo de la servidumbre; y, sin embargo, por cuánto tiempo estuve vaci-

lante sobre si los compraria ó no los compraria!... (*Á los Esclavos.*)—Siervos! guardadme á este cautivo dentro de la casa, y que no me ponga un pié fuera de ella, sin que vaya acompañado de uno que le vigile. Yo estoy aqui de vuelta en un segundo.—(*Aparte*). Vamos á visitar mis otros cautivos en la casa de mi hermano y al mismo tiempo nos informaremos si entre ellos hay alguno que conozca á este jóven.—(*Á Filócrates.*) Y tú, vente conmigo, y ante todo te dejaré á ti despachado. Este es ahora mi asunto más apremiante.

ACTO TERCERO

Escena primera

ERGÁSILO

¡Infortunado mortal el que, buscándose la vida, solo á duras penas encuentra qué comer; y más infeliz aún el que penosamente lo busca y no lo halla!... ¡pero el desdichado sobre todos los desdichados es el que siente el aguijón del hambre y no tiene que llevar á la boca!...

¡Día maldito! ¡Con cuánto gusto te arrancaría los ojos, si pudiera, por la fatal influencia que me estás ejerciendo sobre todo el mundo!.. No he conocido jamás un famélico más harto de ayunos que este desgraciado, ni de menos suerte en todas sus tentativas de procurarse pábulo para el estómago... Mi vientre y mis mandíbulas celebran hoy la gran fiesta del Hambre!... ¡Mal haya mil veces el oficio de parásito! Esta juventud endurecida está dejando perecer á los pobres bufones en la indigencia. No se hace ya caso de estos *Espartiatas* de la ínfima clase, de

estos míseros *Sufrelapos*, de estos desventurados parásicos, poseedores de frases agradables; pero sin viandas que comer, ni dinero con que comprarlas. Hoy no se brinda con un banquete sino al que puede devolver el convite... Pero, ¿qué más? si hasta van ellos mismos al mercado, al mercado que en otro tiempo era dominio exclusivo de los parásitos!... y luego desde el foro se encaminan casa de los viles mercaderes de meretrices, con la cabeza erguida, como si fueran á la asamblea del pueblo á juzgar á los criminales!... Tanto les importa un bufón como un bledo: no tienen amor á nadie, á nadie más que á sí propios. Hace poco, cuando me sali de aquí, me encaminé hacia el foro, y aproximándome á un grupo de jóvenes: «yo os saludo,» les dije, dónde se come hoy?— Ni una palabra.—¿Quién ha sido el que ha contestado: en mi casa?» Mudos como estatuas: ni aun siquiera se mofaban de mí. —¿Dónde cenaremos, por lo menos? Me hacen señas de que no. Apelo á uno de mis chistes favoritos, á uno de aquellos graciosos cuentos, que en otra época me aseguraban la bucólica de un mes entero. Nadie absolutamente se ríe. No hay duda es una confabulación infame. Ni uno solo se dignaba imitar siquiera al perro enfurecido; ya que no fuera de risa, que al menos me hubieran enseñado los dientes. Viendo que aquellos mancebos se diver-

tían conmigo, los abandoné. Despues me fuí en busca de otros; luego de otros; luego de otros más... en todas partes la misma acogida. Se han dado la consigna como los mercaderes de aceite en el Velabro (2). Me marché, por último de allí, corrido de verme tan indignamente burlado Y como yo, toda la turba de parásitos se consumía, dando vueltas inútilmente.—Estoy resuelto á demandar justicia, con arreglo á la *ley bárbara*, contra esta juventud coaligada para privarnos de los víveres y de la vida. Yo envolveré en un lindo proceso á los culpables, y pediré en gordo contra ellos: haré que se les condene á que den diez comidas, á mi discreción, atendida la carestía de las subsistencias. Es del todo necesario hacerlo así. —Ahora dirijo mi rumbo hacia el puerto: allí está la única esperanza que me resta de pescar una cena; si tambien se me frustra.. no habrá otro remedio sino volverme en casa del viejo, y aceptar su insípido banquete.

Escena II

HEGIÓN, ARISTOFONTE

HEGIÓN

¡Qué cosa más grata que conseguir uno su provecho unido al del bien público!... Eso me ha sucedido á mí ayer con la compra de esos prisioneros... Todos cuantos

me ven se apresuran á darme el parabien. Por cierto que con tanta detención y con tanta charla me encontraba ya rendido, y me creía que nunca iba á llegar la hora de verme libre de aquel diluvio de felicitaciones. Por fin pude llegar á la casa del pretor; y, despues que tomé un poco de aliento, exigí el pase, me lo despacharon, se lo entregué á Tíndaro, y se marchó el hombre hacia su país. A seguida me vine hacia la casa, pasándome antes por la de mi hermano, donde tengo mis otros cautivos ¿Hay entre vosotros, les pregunté, alguno que conozca á Filócrates de Eléa? Y este que viene aquí (*señalando á Aristofonte*) me contestó: ¿A Filócrates? es amigo mío.—Bueno, pues en mi casa se encuentra. Entonces me rogó que le dispensara el favor de ver á su camarada, y se lo he concedido, ordenando que le soltaran las cadenas-(*á Aristofonte*).—Sígueme. Voy á satisfacer tu deseo, conduciéndote al lado de tu amigo.

Escena III

TÍNDARO

En este momento en vez de vivir, preferiría no haber existido nunca. Toda esperanza, todo recurso, todo auxilio se ha perdido. Este es el día en que no hay para mi pobre vida esperanza alguna de salva-

ción. No encuentro por donde salir en este caso tan terrible; no vislumbro ni un rayo de esperanza en esta espantosa tenebrosidad. ¿De qué manera voy á ocultar mis astucias y engaños? ¿Con qué velo voy á cubrir mis intrigas y trapacerías? No hay conmiseración posible para mis imposturas, ni hay escape que valga para mis iniquidades. La audacia no encuentra refugio, ni hay asilo para el engaño. Todo el misterio se ha descubierto; se ha puesto en evidencia la impostura, y toda esta farsa es ya clara como la luz del día. No encuentro medio de evitarme la horrible muerte que me espera, en pago de nuestro engaño. Me ha perdido ese Aristofonte que acaba de entrar: ese hombre me conoce y es amigo y pariente de Filócrates. La misma Diosa de la *Salud*, aunque quisiera, no podría salvarme... A menos que no sacara yo de esta cabeza alguna nueva maquinación... ¿Pero cuál, diantres?... ¿qué es lo que ya puedo inventar?... No me vienen á la imaginacióu .. más que estúpidas imbecilidades.,. Estoy enteramente atrapado.

Escena IV

HEGIÓN, TÍNDARO Y ARISTOFONTE

HEGIÓN

¿Cómo es que ese hombre se ha salido fuera de la casa?

TÍNDARO

¡Ah! estoy muerto.., El enemigo se acerca, pobre Tíndaro. ¿Qué diré? ¿qué alegaré? ¿qué es lo que puedo confesar? ¿qué es lo que debo negar? No sé ¡cielos! qué resolución tomar... ¡¡El medio de salir de esta situación!!.. ¡Maldito Aristofonte! ¿por qué los dioses no te llevaron á los infiernos, antes que hubieses sido arrebatado de tu patria? Tú has venido con tu fatídica presencia á derrumbar todos nuestros planes. Todo este asunto está perdido, si no imagino alguna audaz extratagema.

HEGIÓN

(A Aristofonte.) Por aquí... Ahí lo tienes. Acércate y háblale.

TÍNDARO

(*Volviéndose de espaldas á Aristofonte.*) ¿Hay algun mortal más desgraciado que yo?

ARISTOFONTE

¿Qué es eso, Tíndaro? ¿por qué huyes de mi vista? ¿por qué ese aire de desprecio, como si yo fuera para ti un desconocido? Esclavo soy ciertamente, como tú lo eres tambien. Pero yo en mi país era de condicion libre, y tú, desde niño, has vivido en la servidumbre.

HEGIÓN

¡Por el dios Pólux! pues yo no me mara-

villo que se aleje y que evite tus miradas, y ni aun me estrañaría que te mostrase aversion, cuando estás llamándole Tíndaro en vez de Filócrates.

TÍNDARO

¡Hegión! ese hombre en Élida es tenido por loco furioso. No presteis oidos á nada de cuanto os hable. Se le ha visto en su casa perseguir con una pica á su padre y á su madre. Además, de vez en cuando le dá ese pícaro mal para el que es bueno echar saliva sobre el paciente (3). ¡Señor! ¡os aconsejo que huyais de su lado!...

HEGION

¡Qué se lo lleven léjos de mí!

ARISTOFONTE

(A Tíndaro.) ¡Cómo, bribon! ¿tú dices que yo estoy demente? ¿que yo he perseguido con una pica á mi padre y á mi madre? ¿que yo padezco una enfermedad cuyo preservativo es escupirme?

HEGIÓN

No tienes por qué ruborizarte de ello. Muchos se ven afligidos de ese mal y han encontrado en la saliva un remedio muy saludable.

ARISTOFONTE

¿De modo que vos creeis lo que dice ese infame?

HEGION

¿Pero qué es lo que yo creo?

ARISTOFONTE

¡¡Que yo estoy loco!!

TÍNDARO

(A Hegión.) ¡Mirad, mirad que ojos tan furiosos os echa! Lo mejor es que os retireis. ¡Hegión! lo que yo os he anunciado ántes: el acceso se apodera de él. Tened cuidado con vos, señor.

HEGIÓN

Desde que le ví darte el nombre de Tíndaro, me apercibí que no estaba en el uso de su razon.

TÍNDARO

Como que á veces se le olvida hasta su propio nombre, y no sabe decir quién es él mismo.

HEGION

Pues él se decía amigo tuyo...

TÍNDARO

¡Amigo mio!... En la vida lo he tratado... Alcméon, Orestes y Lycurgo son mis amigos del mismo modo que él.

ARISTOFONTE

Cómo, racimo de horca, te atreves á se-

guírme injuriando? ¿Dices que yo no te conozco?

HEGIÓN

Pues es claro: como que le llamas Tíndaro en vez de Filócrates... Al que ves no le conoces; y estás nombrando al que no ves.

ARISTOFONTE

(*A Hegion.*) Al contrario; él reniega de lo que es, y dice ser lo que no es.

TÍNDARO

En efecto, si tú vas á ganar á Filócrates en decir la verdad.

ARISTOFONTE

Cielos! veo que este infame va á producir la convicción de la verdad con sus mentiras. ¡Por Hércules! mírame, mírame á la cara.

TÍNDARO

(*Mirándole.*) ¿Y bien qué?

ARISTOFONTE

¿Y te atreves aún á negar que tú eres Tíndaro? ¿Osarás todavía sostener que tú eres Filócrates?

TÍNDARO

Lo digo y lo repito.

ARISTOFONTE

Hegión, ¿y vos le dareis crédito?

HEGIÓN

Más que á tí y más que á mí mismo; porque el Tíndaro que tú pretendes ver se ha vuelto hoy á la Élida y va á casa del padre de ese que tienes delante.

ARISTOFONTE

¿Pero que padre (4) decís, si ese es un esclavo?

TÍNDARO

(*A Aristofonte.*) Y tú tambien eres esclavo, así como antes has sido libre: como yo me prometo volverlo á ser si consigo que recobre su libertad el hijo de Hegión.

ARISTOFONTE

¿Qué dices, miserable? ¿Tienes el descaro de asegurar que eres libre?

TÍNDARO

Yo no he dicho que *soy Libre; sino Filócrates* (5).

ARISTOFONTE

¿Qué significa esto? Este malvado está jugando con vos, Hegión. Él es y ha sido siempre esclavo; y en la vida ha tenido á su servicio más esclavo que él mismo.

TÍNDARO

Perque tú eres un mísero indigente en tu patria, que no tienes que comer, quisieras que el mundo entero te igualase. Mas no hay de qué sorprenderse: los pobres, de ordinario, son enemigos envidiosos de los ricos.

ARISTOFONTE

Guárdate, Hegión, de creerle con lijereza, porque, ó yo me engaño, ó medita alguna fechoría digna de él. Acaba de asegurar que está trabajando por el rescate de vuestro hijo, y no me gusta esto de ningún modo.

TÍNDARO

Demasiado sé que no verás con satisfacción que esto se realice; pero yo cumpliré mi promesa, ¡así los dioses me ayuden! Yo le restituiré su hijo, y él en cambio me entregará á mis padres: con este objeto he enviado á Tíndaro á mi casa paterna.

ARISTOFONTE

Pero si Tíndaro eres tú y no hay más esclavo de ese nombre que tú en nuestro país.

TÍNDARO

¿Cuándo acabarás de echarme en cara esta servidumbre á que me ha reducido la suerte de las armas?

ARISTOFONTE

¡Ira del Cielo! no puedo contenerme.

TÍNDARO.—(*Á Hegión.*)

¡ Ay, señor! ¿Lo veis? ¡Huíd! Mirad que nos vá á apedrear, si no dais orden de que le aten.

ARISTOFONTE

¡Estoy dado á los infiernos!

TÍNDARO

Despide fuego por los ojos: ¡cuerdas, Hegión! ¡pronto, cuerdas! ¿No ves como todo su cuerpo se tiñe de manchas lividas? La atrabilis que le atormenta.

ARISTOFONTE

Á tí sí que, de ejecutar este anciano lo que debe, hará que te dé tormento la pez negra, y que arrojes llamas por esa cabeza.

TÍNDARO

Ya no dice sino extravagancias; enteramente yá es presa de las Fúrias.

HEGIÓN

¡Por Hércules! ¿y si hago yo que le aten?

TÍNDARO

Eso es lo que aconseja la prudencia.

ARISTOFONTE

El suplicio estoy pasando de no tener una gran piedra con que aplastar el cerebro á ese truhan que me está llamando loco.

TÍNDARO

Que busca una piedra: ¿no lo has oido?

ARISTOFONTE

¡Hegión! deseo hablaros á solas.

HEGIÓN

Pues no te acerques, te suplico. Háblame desde donde estás, que yo te puedo escuchar desde léjos.

TINDARO

¡Por Pólux! si os aproximais á él, os arrancará las narices de raíz.

ARISTOFONTE

Hegión, no creais que estoy loco, ni lo he estado en mi vida, ni yo adolezco de ninguno de los males que ese hombre me atribuye. Sin embargo, si os causo miedo, haced que me aten, yo consiento en ello; pero con tal que ordeneis atar tambien á ese miserable.

TÍNDARO

¿Á mí? á mí no; que lo encadenen á él, si ese es su gusto.

ARISTOFONTE

Cállate, mentido Filócrates, yo haré que seas reconocido por el verdadero Tindaro. ¿Por qué me estás haciendo señas?

TÍNDARO

¿Que te estoy haciendo señas?—(*Á Hegión.*) ¡Cielos! ¡A qué no se atrevería si vos no estuviérais presente!

HEGIÓN.—(*Comenzando á desconfiar.*)

Dime: ¿qué te parece á tí que haría este loco, si yo me aproximara á él?...

TÍNDARO

Tonterías: se burlaría de vos. Os empezaría á contar majaderías sin piés ni cabeza No le faltan más que las vestiduras; por lo demás es el mismo Ayax en persona el que teneis delante de vuestros ojos.

HEGIÓN

Pues mira: no me importa, me voy á él.

TÍNDARO.—(*Aparte.*)

¡Dioses inmortales, estoy perdido! ¡Me encuentro entre la espada y la pared, y no sé qué partido tomar!

HEGIÓN

Aristofonte, estoy dispuesto á escucharte, si tienes algo que decirme.

ARISTOFONTE

Vais á oir de mis labios la verdad, que hasta ahora os ha parecido mentira. Mas, ante todo, necesito disuadiros de la idea de que yo soy un maniaco: yo no padezco locura alguna ni sufro otro mal que el de la servidumbre; pero... ¡que el Rey de los dioses y de los hombres no me conceda volver á pisar el suelo de mi patria, si ese infame no es tan Filócrates como vos y como yo!

HEGIÓN

Entonces, dime, ¿quién es ese hombre?

ARISTOFONTE

El mismo que os he dicho, señor, desde un principio. Si vos averiguais lo contrario, me someto sin restricciones y para siempre, á vivir en vuestra casa privado de mi familia y de mi libertad.

HEGIÓN.—(*Á Tíndaro.*)

¿Y qué tienes tú que responder á esto?

TÍNDARO

Que vos sois mi dueño y señor, y yo soy vuestro esclavo.

HEGIÓN

Esa no es la cuestión. Se te pregunta si eres ó no de condición libre.

TÍNDARO

Lo he sido, señor.

ARISTOFONTE

¡Falso! jamás lo ha sido. Vamos, se está mofando.

TÍNDARO

¿Y tú que sabes? ¿Fuiste tú acaso la partera de mi madre para hablar con todo ese atrevimiento?

ARISTOFONTE

¿Pues no te he visto yo á tí niño pequeño, siéndolo yo tambien?

TÍNDARO

¡Toma! tambien yo, hombre hecho, te estoy viendo á tí ahora mismo, que no eres ningun niño... ¡Anda! se te vuelve la cosa en contra... Mira... lo más acertado sería que no te mezclases en mis asuntos; ¿por ventura, dí, me cuido yo de los tuyos?

HEGIÓN.—(*Á Aristofonte.*)

¿El padre de este se llama Thesauro—Chrysónico—Chrysides?

ARISTOFONTE

En la vida he oido pronunciar semejante nombre. El padre de Filócrates se llama Theodoromédo.

TÍNDARO

¡Ahora sí que acabo de recibir el golpe de muerte!... Calma, corazón mío, suspende tus naturales movimientos. Tú estás brincando, y en cambio yo, de miedo, apenas puedo sostenerme.

HEGIÓN.—(*Encolerizado.*)

¿Estás dispuesto á proporcionarme al punto la prueba de que este traidor ha sido un esclavo en Élida y que no es ni se llama Filócrates?...

ASISTOFONTE

Tan cumplida, como que nada puede aducirse contra esa afirmación... ¿Más el verdadero Filócrates dónde se eccuentra en este momento?

HEGIÓN

Donde yo no querría que se hallara, y donde él estará muy grandemente. ¡Ah! me ha partido, me ha descoyuntado este infame con su perfidia; con sus engaños me ha conducido á donde ha querido. Pero, en fin, ¿qué debo yo creer?

ARISTOFONTE

Por mi parte nada os he dicho que no podais averiguar cumplidamente.

HEGION

¿Conque es cierto?

ARISTOFONTE

¡En la vida oireis una verdad más exacta!... como que Filócrates ha sido amigo mio desde la niñez.

HEGIÓN

¿Y cuáles son las señas de ese tu camarada Filócrates?

ARISTOFONTE

Voy á deciroslas; rostro macilento, nariz aguda, cútis blanco, los ojos negros, el cabello algo rubio, crespo y ensortijado.

HEGIÓN

¡Es su retrato!

TÍNDARO.—(*Aparte.*)

¡En qué atolladero estoy metido!... (*En tono irónico.*) ¡Lastima de varas que se van hoy á romper en mis costillas!...

HEGIÓN

Me han engañado inícuamente: yá lo veo.

TÍNDARO.—(*Aparte: con ironía.*)

Grillos queridos, ¿por qué tardais en venir á abrazaros á mis piernas, á fin de que yo os tome bajo mi custodia?

HEGIÓN

¡Ah! estos infames prisioneros se han

mofado hoy de mí completamente. El uno se ha fingido esclavo y el otro ha simulado ser hombre libre... *Se han comido la almendra y me han dejado en prenda la cáscara!... Imbécil! Me he dejado tiznar el rostro con toda clase de colores!...* (*Mirando á Tíndaro.*) Ah! Pues, por lo menos éste. aseguro que no se ha de burlar más de mí... Cólafo, Cordalion, Córax! ¡Hola! ¡Venid al punto con las correas!...

EL CORRECTOR.—(*Aparte*).

¡Vaya una hora de enviarnos á hacer leña!

Escena V

HEGIÓN, TÍNDARO, ARISTOFONTE.

(*Esclavos Correctores.*)

HEGIÓN

¡Ponedle las esposas á ese infame!...

TÍNDARO

¿Qué significa esto? ¿Qué delito he cometido?

HEGIÓN

¿Y te atreves á preguntarlo, sembrador, escardador y ahora gran segador de males?

TÍNDARO

¿Y por qué no me habeis llamado primero desterronador?: pues el desterronar precede siempre á la carda en las faenas de la labranza.

HEGIÓN

¿Pero no veis con qué descaro me provoca?

TÍNDARO

El esclavo inocente y sin culpa debe hablar siempre con confianza; y sobre todo á su señor.

HEGIÓN

Atadle las manos fuertemente, os ordeno.

TÍNDARO

Sois mi dueño: mandad que me las corten, si quereis. Pero dignaos manifestarme el motivo de vuestro enojo: ¿por qué es esto, señor?

HEGIÓN

Porque habiendo puesto en ti toda mi confianza, tus mentiras y tus ardides han desconcertado, han destruido todos mis proyectos; han echado por tierra todas mis esperanzas. Tú me has arrebatado á Filócrates con tus imposturas. Le tuve por esclavo y á tí por hombre libre, dando

crédito á vuestras palabras, y ahora resulta que habeis permutado los nombres!...

TÍNDARO

Confieso que es verdad cuanto decís; declaro que él se os ha escapado con la ayuda de mis estratagemas y artificios; pero ¿qué motivo es este, por Hércules, para que estalle contra mí vuestro furor?

HEGIÓN

¡Con terribles tormentos tienes que pagarlo!...

TÍNDARO

Con tal que yo no me haya hecho merecedor de la muerte, poco me importa. Aunque yo sucumba aquí, aunque Filócrates no regrese, como lo ha prometido... con el sacrificio de mi vida, quedará realizada una acción memorable: ¡como que he arrancado á mi señor de la servidumbre y de manos de sus enemigos, restituyéndolo libre á sus padres y á su patria, habiendo preferido arriesgar mi cabeza antes que dejar de salvarle!...

HEGIÓN

Pues ve á gozar de tu gloria á orillas del Aqueronte.

TÍNDARO

El que perece por virtud no muere.

HEGIÓN

Cuando en castigo de tu engaño te haya hecho sufrir los más crueles tormentos, y cuando la muerte les ponga término.... que digan despues si has muerto ó si has perecido; poco me importa: con tal que perezcas, me es indiferente que prediquen que vives.

TÍNDARO

Por el dios Pólux, que si llegas á ejecutar tal cosa no la realizarás impunemente; pues si regresa mi amo Filócrates, como de ello estoy segurísimo...

ARISTOFONTE

¡Oh dioses inmortales! acabo de penetrar este misterio!... ¡ya lo comprendo todo!...: mi amigo Filócrates se encuentra en libertad y con sus padres. ¡Cuánto me alegro! como que á nádie quiero más entrañablemente que á él. Y ¡cuánto siento ahora el flaco servicio que he hecho al pobre Tíndaro! ¡Por mi indiscreción y mis palabras me lo cargan de cadenas!...

HEGIÓN.—(*A Tíndaro.*)

¿No te recomendé que me confesaras la verdad?

TÍNDARO

Ciertamente, señor, que me lo exigisteis.

HEGIÓN

Pues entonces, ¿por qué has osado mentir?

TÍNDARO

Porque la verdad hubiera perdido al que deseaba servir, y una mentira le salvaba.

HEGIÓN

Pues cara te ha de costar.

TÍNDARO

Sea en buen hora. He salvado á mi dueño y el haberle salvado me produce una satisfaccion: ¿pues para qué me habia colocado á su lado su padre y señor mio, sino para custodiarle? ¿Creeis que en esto he obrado malamente?

HEGIÓN

Pésimamente.

TÍNDARO

Pues yo afirmo que me he portado bien: mi juicio en este punto difiere del vuestro. ¡Ah! reflexionadlo bien ¡oh, Hegión! si uno de vuestros siervos se hubiera producido de análoga manera con vuestro hijo ¡cuánta gratitud no le guardaríais!... ¿A un esclavo tal no le otorgaríais gustoso la libertad?... ¿No sería para vos vuestro sier-

vo más estimado?... Francamente, señor...

HEGIÓN

No digo que no.

TÍNDARO

¿Pues entonces por qué os irritais con tra mí?

HEGIÓN

Porque has sido con él más leal que conmigo.

TÍNDARO

¡Y qué!... ¿Pretendíais que un día y una noche fueran suficientes para cambiar el corazon de un cautivo, de un esclavo novicio recientemente colocado á vuestro servicio, hasta el punto de que prefiriese vuestro interés al de aquel con quien había pasado la vida desde la niñez?

HEGIÓN

Pues mira, exigele á él el premio de tus servicios.—(*A los esclavos*). Conducídmelo donde le carguen de fuertes y pesadas cadenas. (*A Tíndaro.*) Y desde allí, derecho irás á las canteras; y en lugar de las ocho piedras que los otros me cortan al cabo del día, tú tendrás que hacer el doble de trabajo. Y si no... haremos que te se llame *Sexcentóplago* (seiscientos azotes).

ARISTOFONTE

En nombre de los dioses y de la humanidad, os ruego que no *perdais* á ese infeliz.

HEGIÓN

¡Oh, no! Se *tendrá cuidado* con él: por la noche me lo encadenarán y custodiarán perfectamente; y, durante el dia, arrancará piedras en los subterráneos. Quiero prolongar su suplicio y no acabar con él en un solo dia.

ARISTOFONTE

¿Pero es cierto que lo vais á hacer?...

HEGIÓN

Más cierto que el que ha de llegar un dia en que tengo que morir.—Llevadle, sin pérdida de tiempo, á la fragua de Hipólito y decidle que le aplique unas gruesas esposas; y, desde allí, conducídmelo á las afueras, á la casa de mi liberto Córdalo, y que lo lleven á trabajar en las canteras... ¡Ah! recomendadle especialmente, de mi parte, que no me lo trate sino tan mal como al que trate peor.

TÍNDARO

¿Por qué he de anhelar que me conserveis la vida, á pesar vuestro?... Peor para vos si peligra mi vida... Despues de morir,

nada tengo que temer de la muerte. Aunque mi vida se prolongara hasta una extrema vejez, siempre seria breve el tiempo que me restara de padecer... Pasadlo bien, señor,.. aunque, en verdad, mereceríais otra despedida.—Y en cuanto á tí, oh Aristofonte, que los dioses te paguen el servicio que me has hecho. Tú y solo tú eres el autor de mis infortunios.

HEGIÓN

Llevadlo de una vez.

TÍNDARO

¡Una gracia, señor!..- Si regresa Filólócrates, permitidme siquiera verme con él.

HEGIÓN

¡La vida os vá, si no me lo quitais al punto de mi presencia!

TÍNDARO

¡Oh! esta es una brutal violencia, ¡por Hércules!: arrastrarme, llevarme á empellones de esta manera...

Escena VI

HEGION, ARISTOFONTE

HEGIÓN

Ya lo conducen al calabozo, como se me-

rece. Así servirá de lección á los demás cautivos, para que ningun otro se atreva á seguir su ejemplo... ¡Ah! Sin éste que me lo ha descubierto todo, no hay duda, me llevan con sus engaños donde se les hubiera antojado, tirándome de la brida. De nadie, de nadie [absolutamente me he de fiar en adelante: bueno es haber sido burlado miserablemente una vez. ¡Qué desgracia tan enorme la mia!: abrigaba la esperanza de rescatar á mi pobre hijo y mi esperanza se ha desvanecido.... Perdí á aquel pobre niño de cuatro años, que me robó el esclavo, y no he vuelto á saber nada ni del esclavo ni de aquel hijo...; ahora, el otro mayor cae en poder de los enemigos... ¡qué suerte tan funesta me persigue! haber tenido hijos para quedarme sin ellos! *(A Aristofonte.)* Sígueme por aquí: te volveré á conducir al lugar de donde te traje. No quiero tener compasión de nadie puesto que nadie se apiada de mí.

ARISTOFONTE

Hoy me desperté entre cadenas. Entiendo que mañana me sucederá lo mismo.

ACTO CUARTO

Escena primera

ERGÁSILO

Oh! soberano Júpiter! tú me salvas la vida, y me colmas de bienes en este momento! Qué de felicidades me esperan! grandes, opíparas cenas, gloria, provecho, placeres, juegos, risas, alegrías, fiestas, pompas, abundancia, ricos vinos, manjares suculentos, dicha completa!... De hoy en adelante ya no tendré que suplicar á nadie. Héme aquí ya en estado de proteger á un amigo ó de perder á un enemigo... de tal manera me ha colmado de felicidad este dia venturoso! Acabo de lograr una riquísima herencia sin los gastos del sacrificio... Ahora voy á toda prisa á buscar al pobre viejo Hegión; pues le traigo el mayor bien que él podia demandar al Cielo, y mucho más. Ciertamente mi negocio está hecho. Ahora voy, á la manera de los esclavos de comedia, á recoger mi manto sobre el cuello para ser el primero

de quien oiga tan grata noticia, y cuento que por ella me asegurará la comida para el resto de mis dias.

Escena II

HEGIÓN, ERGÁSILO

HEGIÓN

Cuanto más medito en esta aventura tanto más se redobla el despecho en mi alma... Haberme dejado *tiznar el rostro* de esta manera, y no haberme apercibido ni remotamente de ello!... Cuando este hecho se divulgue, voy á ser la irrisión de la ciudad.. No hay duda: cuando me presente en el foro, de seguro van á gritar todos; «ahí vá, ahí vá el viejo bobalicón que cree todo cuanto le dicen!»—Pero no es Ergásilo ese que veo venir y que trae recogido el manto! ¿Qué es lo que irá á hacer?

ERGÁSILO.—(*Aparte.*)

Basta de tardanzas. Ergásilo, y á desempeñar cuanto antes tu misión. Fuera todo el mundo y nádie se oponga en mi camino, si no se encuentra mal con su existencia. Al que me impida el paso le aplasto las narices.

HEGIÓN

Este hombre se prepara para el pugilato.

ERGÁSILO

Que lo voy á hacer como lo digo. Que cada cual prosiga su camino, sin detenerse á hablar de sus negocios en esta plaza, porque mi puño es una balista, mi codo una catapulta y mis hombros un ariete: con las rodillas derribaré por tierra á aquel que se me oponga y dejaré sin dientes á todo mortal con quien tropiece.

HEGIÓN

¿Qué amenazas son estas? En verdad que no salgo de mi asombro.

ERGÁSILO

Cuidado que se ha de acordar para siempre de este sitio, y de esta hora y de mí!... El primero que tropiece conmigo, encuentra la muerte.

HEGIÓN

¿Pero qué proyectos traerá entre manos, cuando pronuncia tan tremendas amenazas?

ERGÁSILO

Lo prevengo de antemano, para que si alguno se ve cogido, lo sea por su culpa. Manteneros en vuestras casas. Evitad todos, os digo, mi violencia.

HEGIÓN

¡Por vida de Pólux! para mostrarse tan

inflado, de seguro que le han inflado tambien á él el estómago. Compadezco al pobre tonto, de cuya mesa haya salido tan arrogante.

ERGÁSILO

¡Ay de los panaderos que alimentan á sus cerdos con salvado, lo cual produce un olor tan fétido que no se puede pasar por delante de sus tahonas!... como yo tropiece con uno de estos animales en la vía pública, por mi fé, que á los cerdos y á sus amos los he de sacar el salvado del cuerpo.

HEGIÓN

¡Soberbio edicto! ¡y con qué tono de rey! Nada, sin duda está bien repleto: porque la majestad de éste reside en el estómago.

ERGÁSILO

Guay tambien de los pescadores que traen á vender al pueblo, en jumentillos pescado podrido, cuya fetidez hace huir de la plaza á los que se pasean en los Pórticos! Yo les restregaré en el rostro sus canastas de pescado, para que aprendan á no infestar las narices de las gentes; y en cuanto á los carniceros que arrancan á las ovejas sus tiernos recentales, que venden corderos para los sacrificios, y dan carne de carnero por carne de castrón... si me encuentro en la calle con alguno de estos endurecidos carneros, aseguro que el amo

y la res lo han de pasar malamente.

HEGIÓN

Bravo! el hombre dicta sus ordenanzas como un edil. ¿Si le habrán nombrado los etolios *agoránomo?*

ERGÁSILO

Yo no soy yá parásito; yo soy un rey, el más régio de los reyes. Tantos y tan soberbios son los socorros que me trae la nave que acaba de fondear en el puerto. Mas ¿por qué tardo en inundar de alegria el oorazon del viejo Hegión, que es en este instante el más afortunado de los mortales?

HEGIÓN

¿Qué grata noticia será la que me trae este diablo tan alborozado?

ERGÁSILO.—(*Llamando á la puerta.*)

¡Hola! ¿Dónde demonios estais? ¿No hay quien abra esta puerta?

HEGIÓN

Vamos, este danzante viene á cenar conmigo.

ERGÁSILO

Abridme al punto las hojas de esta puerta ó las derribo á puñetazos.

HEGIÓN

Me han entrado ganas de dirigirle la palabra.—¡Ergásilo!

ERGÁSILO.—(*Sin volverse.*)

¿Quién dice por ahí Ergásilo?

HEGIÓN

Oye, mírame.

ERGÁSILO

Me pides una cosa que no te concede ni te concederá la fortuna. Pero ¿quién eres tú?

HEGIÓN

Mírame, hombre. Soy Hegión.

ERGÁSILO

¡Oh, tú el más venturoso de cuantos hombres hay en el mundo, ¡cuán á tiempo has llegado!

HEGIÓN

¿Sin duda encontraste alguien con quien cenar en el puerto, y por eso despreciaste mi convite?

ERGÁSILO

Echa esa mano.

HEGIÓN

¿Mi mano?

ERGÁSILO

Dame esa mano á seguida.

HEGIÓN

Tómala.

ERGÁSILO

Ahora... regocíjate.

HEGIÓN

¿Y por qué quieres que me regocije?

ERGÁSILO

Porque yo te lo mando. Vamos, alégrate te digo.

HEGIÓN

¡Por el dios Pólux! mis quebrantos no me permiten alegrarme.

ERGÁSILO

Fuera ya el mal humor. Al punto voy á borrar de tu semblante todas las huellas del pesar. Te digo que te regocijes con toda confianza.

HEGIÓN

¡Vaya! pues me alegro, aunque no sé por qué.

ERGÁSILO

Haces bien. Ahora vas á dar tus órdenes.

HEGIÓN

¿Pero qué órdenes tengo que dar?

ERGÁSILO

Ordena que enciendan un gran fuego.

HEGIÓN

¿Un gran fuego?

ERGÁSILO

Sí; pero un fuego enorme.

HEGIÓN

¡Qué buitre eres! ¿Te crees tú que, por solo darte gusto, voy á hacer arder mi casa?

ERGÁSILO

No hay que incomodarse. ¿Es que no quieres hacer que pongan al fuego las calderas? ¿No quieres que se limpie la vajilla? que se preparen ardientes hornillas para el jamon y las viandas, y que vaya alguno á comprar pescado?...

HEGIÓN

¡Vamos! este sueña despierto.

ERGÁSILO

Que otro vaya á comprar puerco, cordero y pollos?...

HEGIÓN

Sabrías darte buena vida, si tuvieras con qué.

ERGÁSILO

¿Y jamones, mariscos, salmones, rodaballos, lenguados y blando queso?...

HEGIÓN

Más fácil te será nombrar todas esas cosas que comerlas en mi casa ¡oh Ergásilo!

ERGÁSILO

¿Crees, pues, que yo te lo exijo en interés mío?

HEGIÓN

No hay que hacerse ilusiones, querido mio. En mi casa no saborearás ni hoy ni en toda tu vida esos ricos manjares que acabas de nombrar. Te suplico, pues, que no me traigas aquí más que tu apetito ordinario.

ERGÁSILO

¿Y qué haremos si tú mismo te empeñas en hacer ese gasto, aun impidiéndotelo yo?

HEGIÓN

¿Yo?

ERGÁSILO

Si, tú.

HEGIÓN

Serás tú mi amo en este momento.

ERGÁSILO

No soy tu amo, sino tu mejor amigo. Dime ¿quieres que haga tu felicidad?

HEGIÓN

¡Quién no quiere mejor la felicidad que la desgracia!

ERGÁSILO

Pues dame tu mano.

HEGIÓN

Ahí la tienes.

ERGÁSILO

¡Ay, Hegión! los dioses todos te protegen.

HEGIÓN

Pues no *siento* en qué...

ERGÁSILO

Ya lo creo, no *sientes* porque no estás metido en una *sentina* (1). Haz que preparen prontamente los vasos puros para el sacrificio y que traigan un carnero cebado, el mejor que encuentren.

(1) En el original dice: estás en un *espinar (in senticeto)*. Pero hemos dado esta traducción para conservar en castellano un juego de palabras análogo al del texto, y que expresa la misma idea.

HEGIÓN

¿Para qué?

ERGÁSILO

Para inmolarlo.

HEGIÓN

¿A qué dios?

ERGÁSILO

¡A mí! Yo soy para ti en este momento el soberano Júpiter: soy para ti la salvación, la fortuna, la dicha, la alegría. Por consecuencia procura con ópimas ofrendas merecer la protección de este dios.

HEGIÓN

Parece que tú *me* tienes ánsia de devorar.

ERGÁSILO

¡*Á mí, no á tí!*...

HEGIÓN

Como te parezca... ese hambre no me hace á mí sufrir.

ERGÁSILO

¡Ya lo creo! ese es hábito tuyo desde la infancia.

HEGIÓN

¡Que Júpiter y los dioses te confundan!..

ERGÁSILO

Que te confundan á tí. ¡Por Hércules! lo justo sería que me dieras las gracias por mis noticias: tan gran provisión de felicidad te traigo del puerto... con que ya me estás complaciendo...

HEGIÓN

¡Vete allá, nécio del diablo!... has acudido tarde; ya no es tiempo.

ERGÁSILO

Si hubiera venido antes, es cuando podrías haberme dicho eso con motivo; pero ahora... recibe, Hegión, esta alegría que te traigo: acabo de ver, en el puerto, en un barco de la república, á tu hijo Filopólemo vivo, sano y salvo, acompañado del joven eleo, y de Estalagmo, aquel esclavo que se te fugó, llevándose el niño tuyo de cuatro años...

HEGIÓN

¡Anda enhoramala!... ¿te estás burlando de mí?

ERGÁSILO

Así me ayude la sagrada diosa de la Hartura y me tenga siempre por uno de los suyos, según es cierto que lo he visto, Hegión!...

HEGIÓN

¿Á mi hijo?

ERGÁSILO

Á tu hijo, á mi Génio tutelar.

HEGIÓN

¿Y á mi *Cautivo* aquel de la Élida?

ERGÁSILO

Per Apollinem (a).

HEGIÓN

¿Y á mi siervo Estalagmo, el que robó á mi hijo?

ERGÁSILO

Per Coram (b).

HEGIÓN

¿Mucho tiempo há?

ERGÁSILO

Per Prœneste (c).

HEGIÓN

¿Es verdad que ha llegado?

ERGÁSILO

Per Signiam (d).

HEGIÓN

Dime: ¿estás seguro de ello?

(a) Sí, por Apolo.
(b) Sí, por Cora.
(b) Sí, por Preneste.
(d) Por Signia.

ERGÁSILO

Per Phrusinonem (e).

HEGIÓN

¿Pero tú lo has visto bien?

ERGÁSILO

Per Alatriam.

HEGIÓN

¿Por qué estás ahí jurando por ciudades bárbaras?

ERGÁSILO

Porque son tan difíciles de digerir, como la comida que tú me ofreciste.

HEGIÓN

¡Maldita sea tu vida!

ERGÁSILO

Ojalá!... ¡ya que no me crees, cuando te estoy hablando la pura verdad.—Y á propósito: de qué nación era Estalagmo cuando se fué de aquí?

(e) Lo juro, por Frusinona.—Son ciudades latinas. En el original el parásito las cita en griego. Queriendo nosotros conservar el efecto que se propuso Plauto con esas fórmulas exóticas, las hemos puesto en latin, siguiendo el ejemplo del docto Naudet.

HEGIÓN

Siciliano.

ERGÁSILO

Ea, pues ya no es siciliano: ahora es boyo: lleva en el cuello un dogal de Boya; sin duda le han dado esa *esposa*, para que pueda procrear hijos, y no tenga necesidad de llevarse los de otros.

HEGIÓN

Vamos, con formalidad... ¿es cierto lo que me has dicho?

ERGÁSILO

¿Pues no ha de ser?

HEGIÓN

¡Dioses inmortales! Me siento revivir con esa noticia... si dices la verdad.

ERGÁSILO

¿Cómo lo dudas aún, despues de mis solemnes juramentos? En fin, si tú no tienes fé en mis palabras, vete tú mismo al puerto.

HEGIÓN

Eso es lo más acertado. Tú éntrate y prepara todo lo necesario. Toma cuanto quieras, pide, dispon á tu antojo. Te hago mi despensero.

ERGÁSILO.—(*Dándose golpes en el vientre.*)

¡Por Hércules! si mis vaticinios no se cumplen, me mueles con un garrote.

HEGIÓN

¡Ah! yo te prometo que si no me has engañado, te espera una buena mesa para el resto de tus dias.

ERGÁSILO

¿En dónde?

HEGIÓN

En mi casa y en la de mi hijo.

ERGÁSILO

¿*Me prometes eso?*

HEGIÓN

Te lo prometo.

ERGÁSILO

Pues yo te respondo de que ha llegado tu hijo.

HEGIÓN

Prepáralo todo lo mejor que puedas.

ERGÁSILO

Con bien vaya y vuelvas pronto. (*Váse Hegión.*)

Escena III

ERGÁSILO

Se marcha... ¡y me confía por completo la administración de las provisiones!... ¡Dioses inmortales! ¡cuánta cabeza voy á cortar hoy!... ¡Pobres cerdos y jabalíes! ¡qué calamidad os amenaza! ¡qué destrucción de perniles y de jamones! ¡qué horrible matanza! ¡bien les voy á dar que hacer á los carniceros y tocineros!... Pero en verdad que es perder el tiempo si me entretengo en enumerar todos los manjares que pueden reparar este estómago... Tomemos posesión de nuestra prefectura: comencemos por dictar sentencia contra el tocino; y luego iremos á socorrer á esos desgraciados perniles que están colgados, sin haber sido judicialmente condenados.

Escena IV

UN ESCLAVO DE HEGIÓN

¡Que Júpiter y los dioses todos te exterminen, maldito Ergásilo, á tí y tu insaciable vientre, y á todos los parásitos del mundo, y á cuantos de aquí en adelante os invitaren á comer! ¡Qué desolación, qué calamidad, qué estrago ha caído sobre nuestra casa! ¡Parecía un lobo hambrien-

to; yo temblaba creyendo que iba á devorarme.., ¡Ay qué horror cuando le vi enseñarme los dientes!... Derecho se encaminó á la despensa é hizo *razzia* con todo. Cogió un gran cuchillo y degolló tres cerdos. Ollas, jarros, todo lo ha destrozado; no perdonando más vasijas que aquellas que tenían la capacidad de un modio... ¿Pues no preguntó al cocinero si no sería mejor que se llevasen las tinajas mismas á la lumbre?... Despensas, armarios, todo lo ha violentado.— Esclavos, no lo perdais de vista, por los cielos, mientras yo voy en busca de nuestro viejo. No hay más sino que es menester que se provea el pobre señor nuevamente de todo, si es que quiere tomar alguna cosa, pues al paso con que el tal Ergásilo lo anda todo destrozando, poco debe quedar ya en este momento.

ACTO QUINTO

Escena primera

HEGIÓN, FILOPÓLEMO, FILÓCRATES, ESTALAGMO *encadenado, esclavos que le conducen.*

HEGIÓN.—(*Á Filopólemo.*)

¡Cuántas gracias tenemos que dar á los dioses, hijo mío! Al fin te han concedido volver al lado de tu padre, librándome del gran tormento que he venido sufriendo mientras me he visto privado de tí... (*Indicando á Estalagmo.*) ¡Al cabo cayó en nuestro poder!... (*Á Filócrates.*) ¡Y éste cuán fiel y honradamente ha cumplido con nosotros!

FILOPÓLEMO

Basta ya de lástimas y de congojas, padre mío: suficientes lágrimas hemos derramado. Ya me habeis referido en el puerto esa historia de tristezas. Ocupémonos ahora tan solo de lo presente.

FILOCRATES

Y bien, Hegión: ¿Qué debo yo esperar ahora de vos, habiéndoos cumplido mi palabra y habiéndoos traido en libertad á vuestro hijo?

HEGIÓN

Es tan grande tu servicio, amigo Filócrates, que jamás podremos ni mi hijo ni yo demostrarte dignamente nuestro reconocimiento.

FILOPÓLEMO

Sí, podeis, padre mío, y yo podré tambien. Los dioses nos concederán el medio de recompensar á nuestro bienhechor por el servicio que le debemos. Ahora mismo teneis en vuestra mano el corresponderle.

HEGIÓN

Entonces ¿á qué más palabras? (*Á Filócrates.*) ¿Qué puedes tú exigir de mí que yo no no te conceda al momento?

FILÓCRATES

Pues bien: el único favor que os pido es que me devolvais al esclavo que os he dejado en prenda. Fué siempre más celoso de mi bien que del suyo mismo, y deseo vivamente premiar, en cuanto pueda, sus inmensos ceneficios.

HEGIÓN

El que tú me has dispensado á mí, ¡oh Filócrates! te hace acreedor no digo yo á lo que pides, sino á todo cuanto quieras exigir de mí. Pero no te has de incomodar, Filócrates; cegado de cólera he tratado con crueldad á ese pobre muchacho.

FILÓCRATES

¡Qué habeis hecho, cielos?

HEGIÓN

Enviarle encadenado á las canteras, cuando supe que me habíais engañado.

FILÓCRATES

¡Oh, mísero de mí!... ¡que un ser tan bueno haya sufrido esa tribulación por causa mia!

HEGIÓN

En compensación de ese error, no quiero que me dés ni lo más mínimo por su rescate: ¡que venga, y que obtenga gratis su libertad!

FILÓCRATES

Por el dios Pólux: eso es obrar noblemente. Mas os ruego que mandeis traerle cuanto ántes.

HEGIÓN

Al momento. ¡Hola! ¿Dónde estais? Uno

cualquiera que vaya volando en busca de Tíndaro. (*Á Filopólemo y á Filócrates.*) Y vosotros entraros dentro, mientras yo hago unas preguntas á esta *estátua* (*señalando á Estalagmo*)..... *merecedora de latigazos* sin compasión. Veremos si consigo averiguar qué ha sído de mí hijo menor. Podeis lavaros entretanto.

FILOPÓLEMO

Vente por aquí conmigo, querido Filócrates.

FILÓCRATES

Ya te sigo.

Escena II

HEGIÓN, ESTALAGMO

HEGIÓN

Acércate, hombre de bien, mi amable esclavo, hermoso.

ESTALAGMO

¿Y qué ha de hacer uno, cuando un hombre como vos falta tan descaradamente á la verdad? Con que yó hermoso, y amable, y hombre de bien? Ni lo fuí, ni lo soy, ni lo seré en mi vida, ni lo quiero ser. No conteis jamás con ello.

HEGIÓN

Mira: yá sabes la suerte que te espera Pero si tú te decidieras á confesar la verdad, las cosas podrian ir algo mejor para tí. Háblame leal y sinceramente... Pero ¿qué leal y sinceramente si éste en todos los dias de su vida ha dicho ni ha hecho nada que sea bueno?

ESTALAGMO

¿Convenido, y qué? ¿Os creis que me voy á ruborizar por eso?

HEGIÓN

Ya te sacaré yo, bribon, los colores; como que te voy á poner morado desde los piés á la cabeza.

ESTALAGMO

¡Asustarme á mí, con el látigo, como si fuera un novato!... Bah! bah! dejaros de esas amenazas, y decid de una vez lo que quereis saber para contestaros.

HEGIÓN

Buen parlanchin estás! quiero que nuestra conversación sea breve, ¿lo oyes?

ESTALAGMO

Como os dé la gana.

HEGIÓN.—*(Aparte.)*

Cuando muchacho era dócil; pero lo que

es ahora... (*Á Estalagmo.*) Vamos al asunto: escúchame con atencion, y respóndeme punto por punto á lo que te pregunte. Si dices la verdad, cree que tu suerte será menos mala,

ESTALAGMO

Majaderias! ¿Creeis que yo no sé perfectamente la suerte que me tengo ganada?

HEGIÓN

Pero puedes mejorarla en parte, si no en todo.

ESTALAGMO

No podrá ser mucha la mejoría... ¡Buenas cosas me esperan!... pero bien merecidas las tengo. En efecto: que me fugué, que me llevé tu hijo, y que lo vendí...

HEGIÓN

¿A quién?

ESTALAGMO

Á Theodoromedo Polyplusio, en Élida por seis minas.

HEGIÓN

¡Dioses iumortales! al padre del amigo Filócrates!...

ESTALAGMO

Lo conozco mejor que á vos, como que le he visto infinidad de veces.

HEGIÓN

¡Júpiter soberano! ¡Sálvame á mí y á mi hijo!—Filócrates, por tu Genio protector, sal inmediatamente, te suplico.

Escena III

FILÓCRATES, HEGIÓN, ESTALAGMO

FILÓCRATES

Aquí me teneis, Hegión. Estoy a vuestras órdenes.

HEGIÓN—*(Indicando á Estalagmo.)*

Este hombre dice que vendió mi hijo á tu padre en Élida por seis minas.

FILÓCRATES

¿Cuánto tiempo hará de eso?

ESTALAGMO

Hará unos veinte años.

FILÓCRATES

¡Mentira!

ESTALAGMO

¿Pero quién miente, tú ó yo?.. Tu padre, siendo tú niño, te lo dió en peculio; tenia él entonces unos cuatro años.

FILÓCRATES

¿Su nombre?.. Si dices la verdad, debes saber cómo se llamaba.

ESTALAGMO

Llamábase Pegnión; y vosotros le disteis el nombre de Tíndaro.

FILÓCRATES

¿Y cómo es que yo no te he reconocido?

ESTALAGMO

¡Oh! de ordinario olvidamos y despreciamos á aquellos de quienes nada tenemos que esperar.

FILÓCRATES

Explícate. ¿el que tú vendiste á mi padre, recuerdas bien si fué el mismo que se me dió á mí en peculio?

ESTALAGMO

El mismísimo, el hijo de Hegión.

HEGIÓN

¿Y te consta á tí si vive aún?

ESTALAGMO

Yo recibí el dinero: no me cuidé de más.

HEGIÓN

¿Y qué dices tú ahora, Filócrates?..

FILÓCRATES

Que, según estos indicios, Hegión, Tíndaro es vuestro hijo: niños de la misma edad nos educamos juntos honrada y honestamente desde la infancia, hasta la adolescencia.

HEGIÓN

Si ambos decís verdad, héme aquí contento y pesaroso á la par. Pesaroso, sí, porque le he tratado duramente, siendo mi hijo de mi vida... Haberle yo mismo hecho menos bien y más mal del que debía!... El tormento suyo es ahora mismo mi tormento. ¡Oh! si lo pasado estuviera en mi poder! (*Viendo venir á Tíndaro.*) ¡Miradle, con un atavío indigno de su virtud!

Escena IV

TÍNDARO, HEGIÓN, FILÓCRATES, ESTALAGMO

TÍNDARO

Mil veces he visto pintados los suplicios del infierno; pero no hay infierno comparable al de esas malditas canteras donde me han arrojado: el cuerpo y los miembros todos se estenúan allí y se rinden de fatiga. No bien puse el pie en ellas, eso sí,

me empezaron á tratar como á los niños de los patricios: así como á estos se les dan ánades, codornices ó mochuelos para que se diviertan, así á mí me pusieron en la mano esta *piocha* (1) para que me entretuviera. (*Señatando el pico que trae de la cantera en la mano.*) Pero veo á mi amo delante de la puerta... ¡Cielos! y á mi joven señor tambien que ha regresado de la Elida.

HEGIÓN

Los dioses te guarden, hijo mio, hijo mio tan deseado.

TÍNDARO

¡Cómo *hijo mio!*... Ah! ya sé por qué me llamais hijo vuestro... sin duda porque en este momento me *sacais á la luz*, ¿eh?

FILÓCRATES

Salve, querido Tíndaro.

TÍNDARO

Con bien vengais vos por quien tanto estoy padeciendo.

FILÓCRATES

En cambio ahora te vas á ver libre y

(1) Otro juego de palabras: en latin la voz *upupa*, del texto, era el nombre de un ave y el de un instrumento de cantero, que sin duda tenía este nombre por su figura:—como entre nosotros las voces *pico*, *piocha*, etc., tienen doble sentido.

colmado de bienes. Aquí tienes á tu padre; y al esclavo que te robó de esta casa, cuando eras un tierno niño de cuatro años. Te vendió por seis minas á mi padre y este te puso á mi servicio, siendo yo un niño tambien. Nosotros nos hemos traido de la Elida al raptor y él mismo acaba de revelárnoslo todo.

TÍNDARO

¿Y qué es del hijo de este? (*señalando á Hegión*).

FILÓCRATES

¿Tu hermano? ahí dentro lo tienes.

TÍNDARO

¿Qué decís? De verdad habeis traido al hijo que se hallaba prisionero?

FILÓCRATES

¿No te acabo de decir que se encuentra aquí dentro de la casa?

TÍNDARO

¡Por el dios Pólux, que habeis realizado una bella obra!

FILÓCRATES

Tienes aquí, repito, á tu padre, (*indicando á Hegión*) y este es el raptor tuyo, el que te sustrajo en tu niñez de la casa paterna (*indicando al esclavo*).

TÍNDARO

¿Sí? pues ahora que soy hombre, yo, entregaré al vejarrón este al verdugo, en castigo de su robo.

FILÓCRATES

Y muy bien que lo merece.

TÍNDARO

A fe mía que le he de dar la debida recompensa. (*A Hegión.*) Pero decidme, por favor: ¿es esto cierto? ¿Es verdad que sois mi padre?

HEGIÓN

Sí, hijo de mi alma. Yo soy tu padre.

TÍNDARO

Reflexiono efectivamente.., y evocando mis recuerdos... se me presenta, como á través de una nube, la memoria de haber oido que mi padre se llamaba Hegión.

HEGIÓN

Yo soy, hijo mío.

FILÓCRATES

¡Ea! prontamente á aligerar á vuestro hijo de esas cadenas y á cargárselas á este vil esclavo.

HEGIÓN

Ya lo creo que debemos comenzar por

ahí. Entremos dentro y hagamos venir al herrero para que quite á mi hijo esos hierros y se los *regalaremos* á este miserable.

ESTALAGMO.—(*Irónicamente.*)

¿Un *regalo?*... no vendrá mal, porque ¡pobre de mí! no tengo peculio.

EL ORADOR DE LA CATERVA

¡Oh, espectadores! ya habreis observado que esta comedia es un espejo de buenas costumbres. No habeis visto en ella ni impúdicas caricias, ni amores libertinos, ni suposición de muchacho, ni escamoteo de dinero, ni mancebo entregado al amor de liviana meretriz, á escondidas de su padre. Rara vez los poetas componen comedias así, en que los buenos aprendan á ser mejores.

Ahora ¡oh, público! si á todos
Os ha sido grato el drama...
¡Amantes de la virtud!
Venga, en premio, una palmada.

Fin de la comedia LOS CAUTIVOS

NOTAS

A LA AULULARIA

(1) La araña era insecto de buen agüero.

(2) *Póstumo* decíase también del que había nacido el último.

(3) Hay en este pasaje un juego de palabras. Megadoro emplea la expresión *hacer juegos* (*ludos fácere*) en el sentido de zumbarse, chancearse; y Euclión en el de costear juegos públicos.

(4) La vieja Estáfira, apasionada por el vino *puro*, caracteriza las desgracias que le aguardan por la que ella considera la mayor de todas: *tenerlo que beber mezclado*.

(5) Se refiere al *talento* ático (mil dracmas) equivalente á algo más de mil duros de nuestra moneda.

(6) Alude á la palabra *ladrón*. En el original dice «*de tres letras*,» porque ladrón en latin, *fur*, tiene tres letras solamente.

(7) En el texto hay aquí un juego de palalabras de difícil traducción. Euclión dice que en su vida ha visto un animal más *flaco* (*mage curionem*). Megadoro, jugando del vocablo, le pregunta empleando la misma palabra, qué tiene el cordero de *curión*, *esto es*, *de jefe de curia*.

(8) Hasta aquí el texto de Plauto. Lo demas

se ha perdido. Antonio Codro Urceo, profesor célebre en las aulas de Bolonia, á fines del siglo XV, completó esta comedia inspirándose en el argumento atribuido al gramático Prisciano.

A LOS CAUTIVOS

(1) Cada patricio era, en efecto, un *rey* con su corte de clientes y de parásitos. La denominación de *rey* y de *reina* dada á los señores y matronas romanas se conservó hasta la época del Imperio.

(2) El Velabro era un barrio de Roma cerca del Aventino, donde estaban principalmente las tiendas de comestibles.

(3) La saliva se empleaba contra la *epilepsia*, el mal de ojo, el mal caduco, para evitar los efectos de las palabras de mal agüero, y hasta para curar las heridas de la mano... Así se halla consignado en un largo capítulo del libro XXVIII de las *Historias de Plinio*, intitulado *De sortilegiis et saliva hominum*.

(4) Los derechos y relaciones de la paternidad no existían sino para los *hombres libres*.

(5) Aquí Plauto vuelve á jugar del vocablo. *Liber* (*libre*) significa también el dios Baco. Tíndaro toma en esta última acepción la palabra empleada por Aristofonte, y por eso contesta: «Yo no he dicho que soy *Baco* (*libre*), sino que soy *Filócrates*.

ÍNDICE

	Páginas
Plauto y su teatro.....	5
La Aulularia ó la Marmita.....	23
Los cautivos.....	115
Notas.....	217

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU
CEU
15008148

TOMOS

Alfredo de Musset.-Las noches.—Poemas. 76 y 136
Poesías asiáticas..... 77
Shakespeare..... 78-82-112
El Lazarillo de Tormes. 79
Leyendas y tradiciones..... 83
Poemas gaélicos... 84-85-90
Lamartine..... 86
Séneca.—Tragedias... 87
Dickens..... 89
Antología griega..... 92
Rousseau..... 93
La Musa Helénica..... 95
El Diablo Cojuelo..... 96
Cantares populares... 97
Poesías ascéticas y religiosas..... 98
Terencio.—Comedias.. 99
Quintana.—D. Alvaro de Luna..... 100
Augusto Barbier..... 101
Pedro M.ª Barrera.... 102
El día de fiesta por la mañana y por la tarde 103
María de Zayas y Sotomayor.—Novelas.. 104
Tirso de Molina.—El Burlador de Sevilla y Convidado de Piedra 105
Ollantay.—Drama en verso quechúa..... 106
Diderot.—La religiosa. No es un cuento.... 107
Sófocles.—Filotectes (tragedia).—Juvenal (sátiras)..... 108
Goethe.—Fausto... 109 y 110
Modelos de literatura china..... 111
Edgardo Poé..... 113
Virtud al uso y mística á la moda..... 114

TOMOS

Obras escogidas del Padre Feijoo..... 115
Plauto y su teatro..... 116
Miscelánea de Autores españoles..... 117
Poesías sueltas de don Manuel Quintana... 118
D. Miguel de los Santos Alvarez.—Tentativas literarias. 119-120-122
G. Belmonte Muller... 121
El abate Prévost.—Manon Lescaut..... 123
Erckmann Chatrian.—La señora Teresa... 124
Julia de Asensi.—Novelas cortas..... 125
Goya..... 126
Edgar Quinet.—Ahasvérus..... 127 y 128
Gutiérrez de Alba.—Poemas y leyendas. 129-130
Cuentos de Perrault... 131
Biografía de Colón.... 132
Cervantes.—Entremeses..... 134
Campoamor.—El Drama Universal..... 135
Sánchez Pérez.—Actualidades de antaño. 137
Viajes de Gulliver á diversos países remotos 139-140
Aventuras de Robinsón Crusoé..... 141-142
Duque de Rivas.—El Moro Expósito..... 143-144
Tirso de Molina.—El Vergonzoso en Palacio..... 145
Voltaire.—Cándido ó el optimismo..... 146
Juan de Timoneda.—El Patrañuelo..... 147

	TOMOS
Moratín.—Poesías....	148
Alocuciones militares.	149
Fray Luis de Granada.—Sermones.....	150
Canciones patrióticas..	151
Discursos selectos.	152 y 154
Compendio del «Quijote».....	153
Curiosidades históricas.....	155 y 156
Máximas y pensamientos.....	157
Romancero popular...	158
Curiosidades literarias..	159
Cartas escogidas.....	160
Conocimientos útiles .	161
Vocabulario artístico.	162
Epigramas clásicos...	163
Chateaubriand. Viajes.	164
Iriarte y Samaniego.—Fábulas.....	165
Romancillos anónimos.....	166
Baltasar Gracián.—El Discreto.....	167
Lope de Rueda.—Pasos y comedias.....	168
Lope de Vega.—La moza de cántaro....	169

BIBLIOTECA CLÁSICA

Colección de las obras más selectas de clásicos griegos, latinos, españoles, ingleses, alemanes, italianos, franceses, etc., etc.

Se publica en tomos en 8.° de 400 á 500 páginas.

Todas las traducciones son directas del idioma en que han sido escritas las obras originales, y están hechas por personas competentes.

Precio de cada tomo: **3** pesetas en rústica y **4** pesetas encuadernado en tela ó pasta.

Van publicados 230 tomos, que pueden adquirirse por subscripción tomando los volúmenes que se deseen

DIRECCIÓN:

PERLADO, PÁEZ Y C.ª (SUCESORES DE HERNANDO)

Arenal, 11. — Madrid.